ALFAGUARA

Cuaderno ideal

Brenda Lozano

ALFAGUARA

Cuaderno ideal

Brenda Lozano

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Introducción

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25

26
27
28
29
30

Créditos
Grupo Santillana

A Diego, Emiliano y Patricio.

"Pues siempre está el amor de temor lleno."
Carta de Penélope a Ulises, Heroidas, OVIDIO

"Sea, oh sea, you're the homeland of waves,
the waves are sea-children.
The sea is their mother
and their sister's the notebook,
It's been that way now for many a century.
And they lived very well.
And prayed often.
The sea to God
and the children to God.
And after, they resettled in the sky.
From where they sprayed rain,
and on that rainy spot a house grew.
The house lived well.
It taught the doors and windows to play
shore, immortality, dream and notebook.
Once upon a time."
The Song of the Notebook, ALEXANDER VVDENSKY

"A hundred thousand welcomes! I could weep,
And I could laugh; I am light, and heavy. Welcome!"
The Tragedy of Coriolanus, SHAKESPEARE

1

Hoy me sonrió un enano.

Cuando niña pensaba que el sacapuntas eléctrico era lo que me separaba de la vida adulta. Entre el sacapuntas de plástico azul y el sacapuntas eléctrico —en la oficina de mi padre o en el escritorio de la maestra— estaba la distancia entre la infancia y la vida adulta.

A los veintiún años, en una cena, le hicieron unas preguntas a Proust. Entre ellas, cuál era su pájaro favorito. La golondrina, respondió. Proust no inventó las preguntas conocidas como "El cuestionario Proust", simplemente fueron tan buenas sus respuestas que por eso el cuestionario se hizo célebre. Le hicieron el cuestionario dos veces. Tenía quince años cuando le preguntaron cuál era su color favorito. La belleza no depende de los colores sino de su armonía, respondió.

Cuando yo tenía quince años aún pensaba que el sacapuntas eléctrico me separaba de la vida adulta. Y si me hubieran preguntado cuál era mi color favorito habría respondido que el de mi sacapuntas azul, pero el pájaro favorito de Proust es también mi pájaro favorito.

Si pudiera metamorfosearme en pájaro me transformaría en una golondrina.

Cambiar. Desconocerse es más importante que conocerse.

Jonás y yo resolvimos juntos un crucigrama esta noche. Hicimos buen equipo. Un tipo de crucigrama con un montón de casillas en blanco, numeradas. Había que descifrar a qué

letra del alfabeto correspondía cada número, luego descifrar el título, el autor y el texto. Él delineó con rojo las palabras de tres letras, yo con azul las palabras de cuatro letras. Era un fragmento de *Primer amor*. El fragmento trataba sobre el amor entre los padres del personaje. Nos tomó más de una hora resolverlo entre los dos. El crucigrama es una buena muestra de cómo funcionamos en pareja, en este departamento. Una maqueta, una escala enana. Su doctorado en matemáticas fue muy útil para resolver el crucigrama. Mi licenciatura en comunicación me ayudó a dar con el apellido del autor. A partir del apellido, pudimos descifrar el resto del texto gracias al orden que Jonás suele darle a todo. Significativo que apareciera tantas veces la palabra madre. La madre de Jonás murió una semana antes de que nos conociéramos y hoy, justo este domingo, sería su cumpleaños. Cada que Jonás leía en voz alta la palabra "madre" se me encogía el corazón.

Hoy volví a ver al mismo enano que me sonrió hace unos días en la calle. Esta vez lo vi sentado de espaldas, en una fonda. Revisaba algo en el celular, me parece que leía las noticias. Los pies, las suelas de sus zapatos, no tocaban el piso, las rodillas no estaban flexionadas. Rectas las piernas del enano sentado en la silla de plástico.

Esta noche escuchamos distintas versiones de *Wild is the Wind* acostados en la cama. Entre David Bowie y Nina Simone yo me quedo con Bowie, Jonás se queda con Nina Simone.

Encontré mi combinación: cuaderno Scribe para diario y cuaderno Ideal para la ficción. Éste es mi matrimonio. Géminis por fin se hace uno. Hoy es un día feliz en el que encontré cuadernos Scribe e Ideal arrumbados, empolvados, en una papelería en la calle Alfonso Reyes. Eran los últimos. Es muy difícil encontrar cuadernos Scribe e Ideal, pero la pasión de Alfonso Reyes por la ficción tiene resonancias en su calle. Me parece que Reyes podría hacer esquina con Borges, la pasarían haciendo bromas entre sus calles, pero entonces ¿qué fenómenos paranormales ocurrirían en esa papelería?

Song of the Notebook. Así se titula el poema que Alexander

Vvedensky escribió en un cuaderno de tapas grises entre 1932 y 1933. El poemario se titula *The Gray Notebook*, simplemente por el color de las tapas.

Un concierto de árboles y arbustos. El viento entre las ramas de los árboles: la canción del cuaderno en su versión original. Silencio. Escucha esa canción.

Si Jonás se transformara en pájaro podría pedirle que me deje volar a su lado, como en *Wild is the Wind*.

Me gustaría cenar con Jonás, pero hoy no regresa a la casa. "Voy a cenar con mi papá", dice el mensaje. Le llamé. Nos peleamos por teléfono por una tontería. Se quedará a dormir allá. Me arrepiento de haber comenzado la discusión.

El enano de la cuadra. Hoy llevaba un traje de tres piezas y un bastón minúsculo. Esta noche intercambiamos miradas. Me sentí como el enano, a otra escala en la vida y con la necesidad de apoyarme en un minúsculo bastón.

El enano, sí, es un enano. Es un vecino. Probablemente con credencial de elector. Con un pasado amoroso y un historial bancario. Es decir, el enano es también una idea. De alguien que vive a otra escala, de alguien que vive entre objetos demasiado grandes, demasiado pesados o demasiado altos. De alguien que vive en un sistema, en una rutina, en la vida diaria. Y sin embargo.

Hoy fui a tomar café con mi amiga Tania. En la Escandón, Prosperidad hace esquina con Progreso. Leí las intersecciones de las calles como si fueran galletas chinas.

¿Dónde estoy? En una silla, sí, pero siento que estoy en medio del mar. Nado hacia adelante y me alejo. Nado al frente, pero voy hacia atrás. Me parece que la playa está más lejos que antes.

Esta noche Tania, tomando una cerveza, me dijo muy tranquila que su prima de Acapulco le dijo que para no ahogarse en el mar había que nadar en diagonal. Esperar el

impulso de las olas y no nadar al frente, sino en diagonal.

¿Cómo se nada en diagonal en la vida?

Añoro la mañana en que despertaré transformada en golondrina. Ahora imagino a dos golondrinas sosteniendo un listón en el aire. En el listón se lee claramente “Cuaderno Ideal”. La golondrina del lado izquierdo soy yo, la golondrina del lado derecho es el enano de la cuadra.

Dos personas metamorfoseadas en animales cobran la misma proporción. La mejor forma de conocer a alguien es cuando cambia de forma.

Si un grupo de metal se metamorfosea mientras toca en el Foro Alicia quedaría una banda de zorros vestidos de negro. Si la orquesta de la UNAM se metamorfosea en la sala Nezahualcóyotl durante el concierto quedarían zorros vestidos de negro. Es una ecuación sencilla: equis es igual a metamorfosis. Es preciso despejar equis para saber qué animal serías.

Una de las cosas que no me gusta de los plumones es que son plumones. Escribo a mano, tengo la letra chica. Usted comprenderá las molestias que esto me ocasiona.

Este sábado por la tarde Jonás y yo fuimos a una inauguración en una galería. Vimos a una mujer fascinada por estar en la fiesta un tanto más que en la exposición. Las piezas fueron mera burocracia para divertirse. Eso, justamente, me cayó bien de ella. Alguien que fue a pasarla bien sin más. Hay gente que prefiere el ruido, no las nueces, dijo Jonás en referencia a esa mujer que bailaba pasos exagerados. Eso tiene Jonás, a veces se toma en serio lo que no debe tomarse con tanta seriedad. Jonás, obviamente, no baila.

En la pista, escuché a alguien mencionar que allí estaba El artista más importante de México. Esa frase, al parecer, tiene el mismo número atómico que el uranio. Algunos se acercaron a conversar con él. Más tarde, El artista más

importante de México tomó de la cintura a una joven, bailaron cumbias sicodélicas. Me pareció que es buen bailarín. Algunas personas interrumpían su baile, de cuando en cuando, para conversar con él. Lástima que la mujer que prefiere el ruido que las nueces no bailó cumbias sicodélicas con El artista más importante de México, la pista hubiera ardido en llamas.

El secreto de la gente que se acercó a interrumpir el baile de El artista más importante de México, ahora que lo pienso, quizás está en la palabra "importante". En el DF podríamos fundar la secta a esa palabra.

Nos fuimos de la fiesta de la galería. Hicimos algunas compras para preparar la cena. Me pareció ver a Oscar Wilde en el supermercado. Alguna vez vi a Fernando Pessoa escogiendo fruta en el mercado de los jueves.

Hoy es domingo. Jonás ahora está en casa de su amigo Marcos. Aquí en la casa es domingo de dilema. Qué se fue al carajo antes, ¿la tía solterona o la poesía que le gusta leer?

Es domingo de hacer dichos inútiles.

Todos los textos de noche son pardos.

Todos los cuadernos, igual que un edificio naciente, son obra negra.

Cuadernero a tus cuadernos.

¿Y sabes? Un cuaderno puede ser una vía láctea de letras.

¿Qué es lo ideal? El peso ideal, la estatura ideal. La casa, el sueldo, el trabajo ideal. El libro ideal. La persona ideal. A mí la campana del camión de la basura me parece ideal: ningún accidente, ningún desastre, ninguna catástrofe tiene la delicadeza de anunciar su llegada.

Estoy nadando en diagonal, mira. Se hace tarde, ¿por qué no regresas de casa de tu amigo Marcos? No te voy a hacer el

cuestionario Proust, mejor te hago el cuestionario Beckett. Mira, ven.

1. ¿Pierna derecha o pierna izquierda?

2. ¿Compañía o soledad?

3. ¿Cómo traducirías al español la palabra *lessness*?

4. ¿Cuántas veces chupas una piedra antes de guardártela en el bolsillo?

5. Un cuarto oscuro, una voz te habla. ¿Qué te dice?

6. Las personas que amas viven en botes de basura y tienes una galleta de chocochip, ¿cómo la divides?

7. ¿Un rey con un carrito de supermercado o un vagabundo con una corona de cartón de Burger King?

8. ¿De qué hablamos cuando hablamos de Godot?

Un modo de metamorfosearse en golondrina es escribiendo: soy una golondrina. Pero ¿puede ser la palabra escrita como una canción que rompe el silencio?

Ah, la música. Me gusta tanto la música. Pero no la de los pájaros. Me gusta la música que puedo cantar en la cocina mientras cocino, en la calle mientras camino. Ya sé qué canción traes pegada, Jonás. Cántamela. Cantas bien, anda.

¿Qué género, qué tipo de música nos gusta? Es difícil decirlo si Ovidio es el primer punk y Los Ramones son un clásico. ¿No es así ahora que nuestra Alejandría es Internet y Aristófanes de Bizancio somos todos?

La música, qué buena es. Si tuviera que escoger diez canciones entre toda la música que conozco escogería una canción de Bob Marley y una de Bach. Las dos convivirían en la misma lista, con el mismo garbo. Las canciones más distantes entre sí serían como dos desconocidos que se llevan

bien al instante.

Jonás toca el piano muy bien. Tiene las manos lindas, los dedos largos. No es bueno sacando música de oído. Por lo general, toca de memoria. Repasa las partituras que están sobre el piano, en casa de sus padres, cuando se le olvida algo. Su espectro es el de esos siete o diez cuadernos deshojados, las piezas favoritas de su padre. Jonás toca los preludios y fugas de Bach muy bien. Si yo tratara de tocar a Bach en el piano, lo que mejor me saldrían serían los gemidos de Glenn Gould.

La otra noche, mientras hacíamos quesadillas su hermana y yo, Jonás intentó sacar *Wild is the Wind* al piano. Un desastre.

¿Qué hago yo? ¿A qué me dedico? Aparte de trabajar en una oficina, ¿qué hago? Hago toda clase de líneas. Este domingo he hecho muchas líneas como esta:

He trazado líneas con un lápiz azul. Líneas azul marino, más o menos la misma cantidad de líneas pautadas por página. He trazado líneas con los ojos abiertos y con los ojos cerrados. Con la mano derecha y con la mano izquierda. Ahora mismo estoy cerrando los ojos mientras escribo esta línea. Como soltar las manos del volante, mira lo chueco que voy. Sin embargo, es preciso tener un cuaderno si se quiere experimentar todos los tipos de líneas que somos capaces de hacer.

He hecho líneas con un lápiz escolar azul. Me he dado cuenta que las líneas repetidas de arriba abajo en algo se parecen a las olas. Cito al mar:

“El mar es el agua más pura y la más sucia, bebible y saludable para los peces, imbebible y mortífera para los hombres”, escribió Simone Weil. En otras palabras, las escaleras que suben y bajan son las mismas.

Es verdad, estoy en medio del mar. Pensé que estaba nadando hacia adelante, pero me estoy alejando. Qué extraña sensación de creer que uno se está acercando cuando en realidad se está alejando. Quizás deba preguntar detalles a la prima de Tania o preguntar en la costera de Acapulco.

En este cuaderno Ideal hay tres líneas gruesas: el mar, el enano y la golondrina. Son tres hermanos hablando de Jonás. Mi Jonás. El mar es el hermano mayor, el enano es el de en medio, la golondrina es la más joven, mi favorita. El mar siempre ha estado celoso de la golondrina. Cuando niños el mar trató de regalar a su hermana al ropavejero.

El ropavejero debió haber tenido un equivalente griego. En algún margen de la mitología griega el ropavejero original atraía las cosas a su carreta con el poder de la mente.

Mi cuaderno Ideal es música de bolsillo.

Un cuaderno ideal es también un karaoke. Un cuaderno ideal en su infancia sirve de posavasos, en edad madura sirve para trabar puertas. Un cuaderno ideal en edad reproductiva abre sus dos páginas aunque sea tarde, se abre de páginas incluso un domingo por la madrugada, como ahora. Un cuaderno ideal también es un teléfono. Un cuaderno ideal permite una metamorfosis griega en medio de una oficina como en la que trabajo. Un cuaderno ideal no se escribe en tercera persona, ni en primera ni en segunda, se escribe en las tres porque es ideal. La misma suerte corren los tiempos verbales. Un cuaderno ideal es breve, fragmentario, inconexo, largo o anecdótico. Un cuaderno ideal también puede abrazarte. Hace

de todo, permite todo porque Hermes es el padre todopoderoso de los cuadernos.

Un cuaderno ideal tiene efectos especiales, escucha:

Un edificio se desploma.

Una ciudad se colapsa.

El mar se abre en dos.

Cae una tormenta.

Un cuaderno ideal sabe, ante todo, que no puede ser ideal porque lo ideal es algo que está siempre un paso adelante y no delante de ti, pluma Bic.

Busqué la marca de cuadernos Ideal en Internet, pero no encontré nada. Ni una foto, ni una historia. Nada. Apenas una mención de un escritor diciendo que existe, que es la Moleskine mexicana. Y esto al margen: "La marca Ideal no tiene página de Internet". Es verdad.

Pensé en buscar, preguntar en las papelerías viejas por aquí, la historia de los cuadernos Ideal. También pensé en inventar esa historia. Una cronología, una crónica, una tradición oral. Inventarla. Como la *Ilíada* de los cuadernos, de lo oral a lo escrito. Un largo poema de los cuadernos. La guerra de los cuadernos estalla entre dos bandos: el de cuadrícula y el rayado. El caballo de Troya es un lápiz HB, Helena es una bella goma blanca. La historia de los cuadernos Ideal tiene todos los elementos para ser un poema épico.

Esta noche cenamos en el restaurante japonés. Me dijo que harán un viaje familiar durante una temporada indefinida. Se van en familia los tres, Marina, su hermana, Jonás y su padre. Se van a España. Su mamá era española, llegó al DF poco antes de estudiar la carrera de química. Tengo muchas ganas de visitar a la familia de mi ma, es algo que le gustaba hacer en su cumpleaños y que ya no pudo hacer esta vez, dijo. No *La Ilíada,* empieza *La Odisea.* En esta historia yo soy Penélope.

Pero ¿esto me acerca o me aleja?

¿Estas escaleras suben o bajan?

2

¿Cuándo vuelves, Jonás? No sé, respondió esta mañana. Estaba por levantarme de la cama. Me abrazó y sí, lo hicimos por la mañana. Ni una línea más sin decirlo, voy a decirlo ya: el año pasado tuve un accidente en el que casi me quedo y al poco tiempo descubrí el sexo con Jonás. Quiero decir, el buen sexo. En ese orden.

El sexo y el amor. Ese orden. La muerte de la mamá de Jonás. Mi no muerte. Ese desorden.

Cumplí treinta años. Llegué temprano a un tema, llegué tarde a otro. Y aquí estoy, anotando en este cuadernito palabras grandes como muerte y sexo. ¿Qué le hacemos? Es probable que más adelante entre en detalles. Lo anuncio ahora como lo hace la campana del camión de la basura.

¿Te cuento algo que no te he contado? Mi letra se encoge con el tiempo. Y ahora se encogió el cuaderno. Este cuaderno es más chico que el anterior. Si hay una escala miniatura de los hombres y de los cuadernos, ¿hay una escala miniatura de las historias?

Conocí a Jonás porque es amigo de Tania. Eran amigos cercanos en la preparatoria. Hacía tiempo que no se veían, pero Tania estuvo cerca de él durante la agonía de su madre. Unos días después del velorio, Tania invitó a Jonás a tomar café a su casa. El doctor me había recomendado caminar todas las tardes como parte de la recuperación. Esa tarde soleada, al caminar, pensé que me sentía muy bien, que estaba totalmente recuperada. Decidí comprar nieve de mango y tocar el timbre de mi amiga Tania. Ella, desde el

interfón, me invitó a pasar. Esa tarde platicamos los tres. A Jonás le encantó la nieve de mango. Nos mudamos a vivir juntos un mes después.

Nadie sabía si iba a despertar. Yo tampoco lo sabía. Lo primero que escuché al despertar fue a una de las enfermeras cantando una canción de Shakira. Una de las dos enfermeras que llevaba mi camilla le cantaba a la otra una canción de Shakira. Esto no puede ser la muerte, pensé. Supe que estaba de vuelta. De vuelta a la vida. Estaba de vuelta a la vida y a su magnífica vulgaridad: qué chingón, pensé, aquí estoy. Abrí los ojos.

Hoy caminando por la calle me encontré con la siguiente post-it: "Para Marta, una torta de jamón y pollo, sin cebolla. Para Miguel, una de milanesa con todo, sin mayonesa." Probablemente al hombre que escribió esa post-it no le gusta Shakira. Una pena, tan buen recordatorio. Me pregunto qué tipo de música comparto con ese hombre.

Jonás se va pronto a España con su familia, yo me quedo aquí en el departamento. Con nuestro gato negro, nuestro Telémaco.

Dije que descubrí el sexo con Jonás. ¿Tiene que ver con la experiencia por la que pasé, tiene que ver con la suya, tiene que ver con la combinación de ambas? ¿Tiene que ver con perder el miedo a la muerte? ¿Tiene que ver nuestra edad? ¿Con qué tiene que ver el que dos personas decidan experimentar como no lo habían hecho antes?

¿Se le puede perder el miedo a la muerte? Quiero decir, ¿se le puede perder el miedo de raíz?

Esta vez busqué "un cuaderno ideal" en Internet. Encontré esta pregunta en un foro: "¿Cómo es tu cuaderno ideal?" Y la respuesta de un adolescente: "Con tapas duras, con divisiones para ocho materias. Incluye lápices de colores, calculadora, goma, sacapuntas, regla, etcétera. Puedes ponerle fotos o dejarle la portada de color azul (como el mar)."

Me gustó tanto ese paréntesis marino que aquí lo traje, como un perro que trae en el hocico la pelota del vecino. Y, dime, ¿no está México en una especie de paréntesis marino?

¿Sabes, Jonás? Me quedé pensando en lo que hablamos la otra noche en la cena. Las frases y su naturaleza animal. Quizás podríamos hacer un zoológico, catalogar las especies de líneas.

Líneas en los muebles. Líneas invisibles. Líneas de las novelas que nos gustan y de las novelas que no nos gustan (jaulas separadas, sí). Líneas azules de los cuadernos escolares. Líneas perpendiculares y paralelas. Líneas, filas, colas (¿te conté que en la fila de un banco una mujer me dijo que sus gemelos vivían cosas parecidas, que mientras uno se pegaba al otro le salía súbitamente un moretón?). Líneas de metro (¿te acuerdas que me contaste en un vagón de metro la vez que de niño intentaste escapar de casa por la ventana del baño?). Línea ecuatorial (no existe este tipo de línea, pero tampoco es invisible, es una categoría extraña, ¿qué hacemos con la línea fantasma?). Línea paterna, línea materna.

Chuy es la mujer que limpia la casa una vez por semana, trabajaba conmigo antes de mudarme con Jonás. Esta tarde me dejó una post-it en la mesa: “Nada más para decirle que se le volvió a olvidar comprarme mi cloro. Ya cómpreme mi cloro y mis fibras verdes, no de las amarillas porque ya sabe que esas esponjas no sirven, esas no me gustan. Gracias.”

Esta mañana leí algo curioso. Desde el taxi leí una frase en la ventana de una tienda esotérica: “El amor hace que lo ideal se vuelva real”. Discuto con esa ventana: el amor no hace que lo ideal se vuelva real, al contrario; la realidad nos orilla a los ideales. No hay reversa ni sentido contrario.

¿Sabes? El gobierno de este país no es ideal. Hoy leí un dato curioso sobre la antigua Grecia: La estatua de Zeus en Olimpia medía doce metros. El faro de Alejandría medía ciento treinta y cuatro metros. Fácilmente un edificio en el DF mide eso o más. Entonces, ¿cuánto debería medir la estatua

del presidente que dejó un saldo atroz de muertos en el país?

Llamada de mi amigo Antonio. Me contó que pateó una banqueta hasta lastimarse el pie. Por qué, le pregunté. Porque un coche tapaba la salida del mío afuera del velorio de mi amigo, dijo.

¿Hay noventa mil banquetas para patearlas a lo largo y ancho del país?

Otra cosa me gustaría decirle a la ventana de la tienda esotérica. Me gustaría ser una carta del tarot. Si fuera una carta del tarot me gustaría ser la mujer de los lápices, las plumas y los cuadernos. Ahora que todo se hace en computadora, quizás podría ser una santa. La Santa del Papel. La Virgen de la Papelería. La Madonna del Xerox, me llamarían en algunas oficinas. Alguien me rezaría todas las mañanas antes de ponerse la corbata.

En mi vida de la Santa del Bond, La Virgen de la Papelería, la Madonna del Xerox, un oficinista me diría: usted antes era una persona común y corriente, ¿cómo se transformó? Yo respondería: Mira adentro de tu portafolios, hijo, allí encontrarás el milagro. Adentro encontraría *Las metamorfosis* de Ovidio. El hombre quedaría desconcertado. Con una voz angelical, con destellos luminosos, me aparecería en su sueño y le diría: Lee el libro, hijo, tú también puedes experimentar una transformación.

¿Por qué la fijación con las metamorfosis? Si no en animal, en otra cosa nos transformamos. Yo creo que por eso, y no antes, Jonás y yo estamos juntos.

No puedo creer que escribí que alguien me rezaría todas las mañanas antes de ponerse la corbata. Pero no lo voy a borrar, me gusta la vida peregrina de la Madonna del Xerox. Sus sandalias. Su vestido blanco. Sus manos juntas. Su piel pálida como el papel. Su blanco silencio.

Hoy se fue Jonás, Marina y su padre se van mañana. Lo fui a dejar al aeropuerto. Hoy no escribí nada. Ahora que saqué la

pluma de mi bolsa encontré varios tickets. Los acomodé cronológicamente en la mesa. La narrativa de mi día en tickets.

Hoy no leí nada. Y esto, en todo el día, es todo lo que he escrito.

Tercera noche sin Jonás. Tengo sueño. Estoy acostada. El gato juega en la sala con el lápiz que se me cayó; yo tengo cada vez más sueño. El gato y yo somos como los dos turnos en la recepción de una oficina: alguno de los dos atiende el mostrador. No sé, desde luego, qué quiere decir eso, pero es el tipo de cosas que escribo como jugando con este lápiz. Escribir es mi forma de ser gato y de tirar pelos, o frases, en el sillón.

Antes de dormir pienso que no estaría mal un monumento al enano. Sería buen recordatorio de los que viven a otra escala de la vida. ¿Debería incluirme? Aunque voy a una oficina, ¿escribir y leer tienen otra escala con relación a la llamada vida productiva?

Me pregunto cómo vive alguien que no ha estado, que no conoce, que no se imagina su propio fondo. Ese fondo al que se llega únicamente por medio del dolor.

Hace poco escuché a un escritor hablando de la muerte en una entrevista. Fumaba, se reía socarronamente, sostenía una copa de vino tinto.

Dijo muy sonriente al entrevistador con los labios algo morados: “La historia trata sobre la muerte en todos los aspectos y, caray, ¡escribir esta novela me está matando!” Hizo con la boca la forma de un huevo al pronunciar la última vocal. No le creí. Ese escritor tiene cara de que lo peor que le ha pasado en sus treinta y tantos años —aparte de un condón roto una de las tantas veces que quizás le ha sido infiel a su esposa— es haber perdido un vuelo.

¿Y si hacemos el monumento al escritor becado?

Santo Niño de las Becas, mira esa hermosa procesión de Jóvenes Creadores que te llevan cargando en el nicho. Tantos jóvenes, tantas flores, tantos colores. La banda del pueblo toca las primeras notas basadas en uno de sus proyectos.

Te extraño, Jonás. Ya sé que te lo he dicho muchas veces, pero me encanta cómo hueles, me gusta cómo sabes. Te extraño tanto.

No dije que le regalé a Jonás un cuaderno igual a éste para que tuviera un gemelo. Un cuaderno en el DF, otro en Madrid. Como los gemelos de Siracusa. Un cuaderno Ideal que compré para Jonás, iguales como dos gotas de agua, un gemelo que no conoce las andanzas del otro. Quizás si el mío se cae el otro se mancha súbitamente.

Me estoy durmiendo. Estoy acostada en la cama. Estoy más allá que acá. Estoy un poco incómoda, deja quito esta almohada. ¿Sabes? Si la doblo puedo acomodarme mejor. ¿Por qué escribo eso? Porque eso, doblar una almohada para acomodarme, es parte de la espera.

3

¿De modo que es la historia de una espera? ¿*Esperando a Godot*, esperando a Jonás? La diferencia entre Godot y Jonás es que mi amor sí regresa. ¡Qué siga la música!

Comida familiar. Vino mi tía Eva de Lisboa. Si Jonás estuviera aquí hablaríamos de esto en la cocina, le contaría que sembré un limonero en Lisboa cuando niña. Ya tienes el libro, ya tienes el árbol, te falta el hijo, me dijo mi tía, sin perder ocasión para decir que a mi edad ella ya tenía dos *alfacinhas.* ¿Por qué a los chilangos y a los *alfacinhas* se les llama así? ¿Qué tienen que ver las lechugas con Lisboa y los chilangos con esa palabra?

Cuidado: hago preguntas falsas, como plantas de tela. No busco respuestas, me gustan más las preguntas. Después de todo, me gusta esperar. Me gustan las plantas de tela como las que hay en las salas de espera. Ni se diga las flores de tela: preciosas. No, tía Eva, no voy a ningún lado, esto se parece mucho a una sala de espera, mira estas plantas y todas estas flores de tela. Tengo una pregunta para ti, ¿en qué momento se asoció la poesía con el amor y las rimas?

¿En qué momento dos ideas opuestas de la poesía —la mejor y la peor— se acostaron en la misma cama? ¿Por qué la misma palabra quiere decir dos cosas tan distintas? Cuando digo que dos palabras se acostaron en la misma palabra-cama estoy haciendo justicia a la peor poesía. Me debería entregar, sin más, a la trova.

Ah, la trova, los bares bohemios. Las cafeterías de Coyoacán, la Condesa y la Roma. Un hombre entra con su guitarra,

interrumpe la conversación, canta: “Somos dos ideas que se acuestan en la misma palabra, mi amor, bésame, quítate el vestido.” Ves los zapatos del trovador e imaginas su cuarto. Imaginas sus persianas de bambú percudido, su cenicero, sus colillas acumuladas, su vino barato en una taza de cerámica sin asa. No te conmueve.

Mientras escribo, un avión pasa. Los aviones al fondo deberían ser considerados un tipo de métrica poética. Los aviones son también un metrónomo. Y al escribir esto veo mis zapatos y veo los zapatos de un trovador. Sería justo comprarme una capa. Pásame la guitarra.

Qué milagro, empezó a llover. Además, ningún milagro, el vecino está martillando una pared. Tormenta y vecino. ¿Es el vecino una versión doméstica de la tormenta? Tormenta y vecino. Dos palabras ordenadas por estaturas, de mayor a menor.

Hoy pensé en comprar estambre y agujas para tejer y destejer mientras Jonás regresa de viaje, pero luego pensé que escribir este cuaderno tiene algo de estambre, pues las líneas de mi cuaderno son azul bebé, y las palabras, acomodadas en punto de cruz, también pueden comportarse como calcetines o como una bufanda o como una carpetita y de pronto puedo destejerlo todo y volverlo a tejer y destejer mientras Jonás regresa de viaje.

¿Me amas, Jonás? Yo sí. Ya sé que lo sabes, pero quería recordártelo como con una post-it.

Hoy en el trabajo tuve una errata y escribí alfaberto en lugar de alfabeto. Si tú y yo tenemos un hijo así le podemos poner. Como dice mi tía Eva, ya tengo el árbol en Lisboa, los libros que hacemos en el trabajo, nos falta el Alfaberto.

Por pesada que a veces caiga la tía Eva, es verdad, con ella sembré mi limonero cuando niña. No recordaba eso. Tres, cuatro veces, cuando adolescente, me envió fotos del árbol, cada vez más grande, con alguna nota escueta al reverso.

Recuerdo que una vez escribió en voz del árbol. “Mira qué grande estoy”, escribió al reverso de la fotografía, como si fuese una postal que me había enviado el mismo árbol.

Otro avión pasa.

Esta semana no vi al enano de la cuadra. Esta semana pensé que mi cuaderno se parece a un sillón y yo soy como un gato echado allí. Y esta semana se me olvidó escribir que el domingo pasado, antes de que Jonás se fuera, en el coche de camino al cine, vimos una tienda de muebles a escala. Muebles a la medida, rezaba el letrero. En el aparador había, en efecto, muebles a la medida. Una sala a escala menor. Mira, linda, como la sala de los siete enanos, dijo Jonás.

Te quiero besar ahora.

Acá van unas flores de tela: no es que Catón estuviera a favor de las causas perdidas, él mismo era una causa perdida. ¿No se parece en esto a Kafka? En ese sentido, Catón es el padre de los cuadernos. Kafka, uno de sus brillantes hijos.

A propósito de Kafka, ¿te he dicho que es uno de los autores que leo como autosuperación? Hoy subrayé esta frase que podría repetir todas las mañanas: “Quien busca no halla, pero quien no busca es hallado.” De hecho, el género llamado autoayuda me parece tautológico, leo todo como autoayuda.

Cuando íbamos en el coche de camino al aeropuerto, escuchamos una canción en el radio. Jonás subió el volumen. Qué buena es, dijo. Llegué a buscarla. La he escuchado varias veces esta semana. Ahora voy a subir el volumen. Espero que esa canción le guste a los vecinos tanto como a mí.

Mi querido amigo Tepepunk me regaló *El alienista*, de Machado de Assis. Pasé la tarde leyendo ese libro. Hay un personaje secundario que hoy parece inverosímil: el hombre de la matraca. Antes del Internet, antes de la prensa impresa, existía el hombre de la matraca: “Se contrataba a un hombre, por uno o más días, para andar por las calles del pueblo, con una matraca en la mano. De cuando en cuando, tocaba la

matraca, se reunía la gente, y él anunciaba lo que correspondía —un remedio para la fiebre, unas tierras de labranza, un soneto, un donativo eclesiástico, las mejores tijeras del pueblo, o el más bello discurso del año, etcétera."

De contratar al hombre de la matraca, le daría un poema cursi. Un poema de amor, con rimas y flores, preferentemente, del campo. Dedicado, obviamente, a Jonás.

Ah, me parezco tanto a la literatura que tanto aborrezco. Aunque tengo, sí, buenos libros, cualquier mal poema me retrata mejor.

Siete horas de diferencia y el mar de por medio me impiden dormir a su lado. Mi cuaderno ideal, que todo lo puede, me permitirá dormir a su lado en el país de los sueños. Al lado del árbol de oro que no es el que yo sembré cuando niña, aunque en algo se le parece.

Lo escribo para hacer el acto oficial. Mi cuaderno: mi guitarra.

Llevas un cuaderno idéntico a este, apuntas números, direcciones, el nombre de algún restaurante, el título de una canción. Lo sé porque, cuando no los abrimos, tu cuaderno se comunica con el mío; están unidos por un hilo como dos vasos de unicel.

¿Por qué Jonás hizo un posgrado en matemáticas? ¿Tiene algo que ver con sus padres, con sus profesiones —ella química, él físico—, con el hecho de que se conocieran en los setenta, en los recitales de piano que organizaban en el Instituto de Física de la UNAM? Tengo la impresión de que los pasos de Jonás van orgullosamente en la misma dirección que sus padres. Ahora, por ejemplo, está en Madrid, quizás caminando por donde caminaba su mamá. Yo tengo la impresión de caminar sin dirección o de que, en todo caso, he caminado en sentido contrario a mis padres. Mis padres procrearon dos hijos: no y no.

Mi hermano vive en Londres. Tiene 27 años, la edad en la que

murieron algunos rockstars. La hermana de Jonás vive con su padre. Tiene 33 años, la edad en la que murió El Rockstar. Yo estoy entre sus edades, pero *I'm with you in Rockland*.

Un cuaderno ideal debería ser impermeable, como las ediciones que los niños leen en la tina. Que no se moje el cuaderno en la regadera, al contrario de lo que le pasa a Ulises Lima, que lee mientras se baña. Que el cuaderno ideal pueda estar en el agua. Flotar como patito de hule o nadar en las profundidades como una ballena, pero que sea resistente al agua.

¿Este vaso de agua es la escala enana del mar que nos separa?

4

El enano de la cuadra tiene un traje de tres piezas, un bombín negro y un bastón. Unos zapatos negros boleados, relucientes. Podría decirse que es también el hombre más elegante de la cuadra.

El enano, el que tiene otra estatura: el que sentado en una silla no toca el piso con las suelas de sus zapatos. El que vive a otra escala. El que vive en un extraño margen. El que tiene las mismas capacidades que tú. El que camina en la misma banqueta que tú. Y sin embargo.

¿Hay animales enanos? ¿Jirafas enanas? ¿Una pantera, un hipopótamo, un pájaro? ¿Algún paisaje enano? Hay, eso sí, planetas enanos. Me lo contaste tú, Jonás. Quizás yo puedo contarte un cuento.

Había una vez siete enanos que cantaban en el bosque. Sabio, Gruñón, Feliz, Dormilón, Tímido, Mocoso y Mudito. Los siete enanos en fila, de Sabio a Mudo. Mudito pues es enanito. Como un corto silencio.

Mientras tanto, en el espeso bosque oscuro, una voz truena en lo alto del castillo: Espejito, espejito, ¿quién es la más bella de todas?

Los siete enanos llegan a casa, preguntan en coro quién está durmiendo en la alcoba. Creen que un monstruo se metió. El monstruo duerme en tres camas. Quieren matarlo antes de que despierte. Gruñón dice: “Bah, es una mujer y todas las mujeres están llenas de veneno, hay que deshacernos de ella.” Ella despierta, los siete enanos se esconden. ¿Habrán vuelto

los niños?, pregunta Blancanieves. Se espanta al ver las siete caras pequeñas. ¡Pero si son hombrecitos!, dice. “Nosotros somos los locos enlatados”, responde uno. “¿Sabes hacer puchero pacheco?”, pregunta otro. Puchero gallego, le espetan los otros seis. Sí, dice Blancanieves, pizza y pastel de piña también. ¿Pastel de piña?, dicen en coro los enanos, ¡se queda!

Más o menos como un vagabundo de teatro, con ese bailecito simpático al caminar, las telas colgando, raídas y las manchas en la cara rigurosamente maquilladas, así es la caricatura. Los siete enanos tienen gorros, barbas blancas y narices rojas. Son gordinflones, cantan en coro. El enano de la cuadra tiene un bastón, un aspecto sobrio. No lo imagino cantando. La anarquía de Gruñón consiste en no bañarse. Imagino que el enano de la cuadra ha votado por la izquierda desde que tiene uso de la credencial de elector, con la ilusión de que el rumbo cambie.

¿Y cuál es el ideal político?

En cambio, la caricatura. Cuánto daño hace.

Recuerdo que en *Esperando a Godot* hay un momento en el que los personajes intercambian sombreros una y otra vez. Más o menos como políticos.

Me pregunto. ¿Qué me pregunto?

Te extraño, Jonás. Me acostaría contigo esta noche sobre las tres camitas.

Hoy, entre otras cosas, compré un kilo de manzanas rojas en el mercado, pensando en Blanca-nieves. Me pareció ver al mismo Fernando Pessoa que hace tiempo vi en el puesto de fruta.

Jonás me contó que terminó con su ex mujer porque a ella no le gustaba que no tuviera un trabajo de oficina. Pero das clases, llevas un proyecto de investigación en la universidad, ¿no es trabajo suficiente? El tema no era la oficina en un

corporativo, más bien fue una forma velada de decirme que quería estar con otra clase de persona, respondió.

Espejito, espejito, ¿quién es la más bella de las dos?

Los primeros meses juntos me azotaba la idea de que regresaran. De que ella regresara, que él quisiera volver. No tenía fundamentos para pensar eso, simplemente no quería que se acabaran las cosas con Jonás. Me parece que es la primera vez que me entiendo así con alguien. Podría decir que, aparte del sexo, descubrí un buen amigo. No sé si una de las dos sea más importante, parece que no.

Me caes tan bien, Jonás, que si me das la primera letra de tu nombre te hago un truco de magia. Dámela, voy a encoger la primera letra de tu nombre. Mira. Una minúscula en el mundo de mayúsculas, sin embargo, sigue siendo una mayúscula. Versalita, una mayúscula del tamaño de las minúsculas, ¿una letra enana?

Son las cinco de la mañana. Vengo de casa de Tepepunk y Nina. Les dieron una residencia en Tokio, celebramos. Fuimos a una cantina antes. Estoy muy peda. Tomamos mezcal. El puto mezcal, esa maldita felicidad. Te quiero decir que te amo al oído. No me quiero dormir. Te regalo una letra. La que quieras. Dame un beso. Te amo, escoge la letra que quieras: dkrisncpolñsmciryaxnlñpqoesj.

Ya vi que el cuaderno ideal, igual que un Seven Eleven, no cierra sus puertas.

También me doy cuenta de que cuando hablo de ti las cosas que escribo parecen manualidades. Podría escribir esto con pegamento y sopa de letras. ¿Falta mucho para que vuelvas? Espero que no. Espero que la ballena te deje ir pronto, Jonás, porque te extraño. Te lo digo con diamantina azul.

Jonás y yo somos más o menos de la misma estatura. Nuestros cuadernos son del mismo tamaño. Eso facilita el sexo entre cuadernos.

Gente alta que necesita ropa a la medida. Gente gorda que necesita asientos dobles. Gente acomplejada que necesita puestos de poder. Gente idiota que necesita alguien más idiota a su lado. Gente insegura que necesita la aprobación de los desconocidos. Gente leal entre desleales. Gente que no encaja, gente que vive a otra escala.

¿Entonces cuál es la escala normal? En la vida, ¿cuál es la media, cuál es el promedio, cuál es la escala 1:1?

Un puesto, un departamento hipotecado, un coche a plazos, una familia, dos cajas de cereal (una de fibra para papá y mamá, otra de chocolate para los niños). Un perro requiere de mucho cuidado, es mejor un gatito y si lo atropellan no importa, gordo, porque nos tenemos el uno al otro, anda, ve a acostar a los enanos porque mañana tienen escuela.

De modo que tener 31 años, esperar a Jonás mientras regresa de viaje, un gato, algunas plantas, algunos libros y un departamento no son la media.

Mejor abro las líneas. El cuaderno ideal es inclusivo, también con usted. En este su concurso “Cien mexicanos dijeron” aquí, en mi cuaderno ideal. Buenas noches, le preguntamos a cien mexicanos si prefieren leer o una despensa que incluye: dos botellas de aceite, latas de atún, arroz, frijoles, bolsas de sopa, un rico surtido de galletas, cuatro botellas de vino de mesa, un delicioso pastel y nada más, nada menos, que La membresía de Oro, un año de despensa gratis.

Si eres uno de los cien encuestados que no figuran en la respuesta más popular, me comentan que hay galletas al final de las presentaciones de libros.

Las galletas. ¿Con que a todos nos gustan las galletas? Las galletas son nuestro hilo conductor. Esta es la hermandad de la galleta.

Aquí en el DF hay una cosa que se llama la Estela de Luz. La Suavicrema, se le apodó porque parece una galleta. La galleta elevada a monumento, una que costó 1,575 millones de

pesos. No es necesario hacer cálculos, la galleta resume la casa: los millones se reparten entre algunos mientras la serpiente se devora la cola por modestas sumas de dinero.

¿Y la educación, compadre?

No lo oigo, compadre, la música está muy fuerte.

¿Y la educación pública?

¿Qué? No lo escucho, hable más fuerte, la música está buenísima. Qué bruto, ¿qué canción es esta, compadre?

Wild is the Wind. Un país con la forma de una hoja, a punto de caer del árbol.

Me desvié. Eso pasa cuando dejo las ventanas abiertas. Pero no me he desviado lo suficiente. Uno siempre puede ir más lejos. Caerse de la cama, caerse de la Tierra, caer al espacio, a una maqueta planetaria, a una escala menor, a un Plutón hecho de unicel. Porque Plutón es un planeta enano. ¿Qué es un planeta enano, Jonás?: "Los planetas enanos tienen otras peculiaridades, una de las diferencias es que no orbitan como los otros planetas porque su gravedad es distinta. Plutón era considerado planeta, pero ya no lo es. Se reescribe entonces, ahora se considera un planeta enano. Así ha sido siempre la ciencia, se reescribe constantemente."

No tener la misma gravedad, no ser parte de la media. ¿Eso es comedia o tragedia? ¿Se pueden reescribir los géneros? ¿La tragedia se puede reescribir como comedia?

¿Por qué la afanosa búsqueda de ser parte de la norma? ¿Cómo alejarse? ¿Cuál es el punto más lejano? ¿A dónde puedo llegar con este viento, con este vuelo? Ah, el viento, cómo me gusta. Cómo me despeina, cuán lejos me puede llevar. Pero ¿me estoy alejando o me estoy acercando? ¿A dónde voy?

¿Estas escaleras suben o bajan?

Quisiera ir lejos, al lado de Jonás. Al escribir trato de alejarme de aquí. Pero Jonás no es el punto más lejano. Tampoco el pasado. Tampoco ir a la fundación de la Nueva España me lleva lejos. La imaginación es lo único que nos lleva lejos, mejor entre menos piezas del rompecabezas haya. Lo más lejos que puedo ir ahora es a la mente del gato. El gato dormido, una pantera enana, aquí a mi lado. Es encantador el gato cuando duerme. Por cada batalla emprendida por Telémaco, el gato bosteza.

Una vez escuché a un novelista criticando a los que escriben escuchando los ronroneos de su gato mientras en el norte se escuchan balazos. Nuestro gato, que ocasionalmente muerde libros, se pregunta, ¿no tienen los libros estaturas parecidas?

¿No tiene la literatura algo desencajado con respecto a las noticias? ¿No es la novela como un enano en comparación con el periódico? Una cuestión de estaturas, una novela al lado de un periódico impreso: una pequeña, el otro grande. Entonces, ¿escribir y leer no es vivir a otra escala sin importar dónde se escriba, con muebles hechos a la medida, con ropa hecha a la medida, mientras algunos de los verbos más usados en los titulares son abusan-torturan-matan?

La literatura en este país: un enanito panzón, con la nariz roja, con su gorrito rojo. Chiquito, el libro comparado con el horror. Listo para decorar el jardín, la literatura en este país. Tan elegante el enano de la cuadra y tan jodido su contexto.

5

Estaba de buenas hasta que leí mi horóscopo: “Ya te has dado cuenta de que no eres indispensable para nadie”.

Jonás es libra, yo soy géminis. Mi ascendente es libra. Me lo dijo una mujer con los ojos delineados de azul. Libra y géminis son signos de aire, me dijo. Esa misma mujer me leyó el tarot: “En todas las cartas se ve que eres doble aire”. Doble potencia, *Wild is the Wind*. ¿A eso le adjudicamos que voy por aquí y luego por allá?

Si Jonás estuviera aquí iríamos a cenar al restaurante japonés, a unas cuadras. Una de nuestras costumbres, uno de nuestros restaurantes favoritos. Lo que nos gusta. Ah, cómo me gusta cuando lo escucho en su voz, cuando escucho ese plural que, como la cama, me queda grande ahora que está de viaje.

Por cierto, escuché otra versión de *Wild is the Wind* mientras lavaba los platos. Qué buena es. Cuán flexible es una buena canción, se pueden hacer versiones al infinito.

Me llamó Tania. Luego de un rato dijo que nuestras llamadas podrían ser como un programa de radio AM en la madrugada.

Le pregunté a Jonás por las escalas en la ciencia: “Por ejemplo, la escala nanométrica hace que las cosas sean más reactivas que en su escala normal, pues los átomos expuestos se aprovechan más. La nanotecnología es prometedora porque ofrece propiedades más atractivas que las propiedades conocidas.” En otras palabras, hoy me comí una manzana roja, pero a escala nanométrica esa manzana sabría mejor. Le hice algunas preguntas al respecto. Más tarde, me llegó este

mensaje de texto: “Olvídalo, linda, no podrías tener un planeta girando alrededor de ti debido a la masa. La masa atrae a la otra masa, recuerda la segunda ley de Newton. Olvida el ejemplo que te di del pitufo girando alrededor de Gargamel.”

De modo que lo que está a otra escala tiene particularidades distintas. Su gravedad cambia. Esto aplica tanto para el enano de la cuadra como para la literatura.

Lo ideal es siempre más grande o más chico que la realidad. Lo ideal está a una escala distinta.

Ejemplo: Jesucristo es el cuaderno, Dios el ideal. Porque Jesucristo bajó entre los hombres, pero concebimos a Dios como idea.

¿Soy la idea que tengo de mí?

Una de las ventajas del cuaderno ideal es que puede venir conmigo en el taxi. Esta es una de sus particularidades nanométricas. El taxista, un anciano con un aparato auditivo, debe pensar que anoto algo de trabajo, algún pendiente, algo que quiero recordar en el aeropuerto. Me ve por el retrovisor. Pero no, señor, no es así. Me cayó muy bien, eso es lo que anoto. Me gustaría decírselo. Como no me atrevo a platicar con usted, le diré aquí que la estación de boleros que escucha es la misma que escuchaba mi abuelo. Es posible que el gusto musical les hubiera dado tema de conversación. No me atrevo a interrumpirlo ahora que canta en voz baja, pero me gustaría decirle que me alegra que cante, me cae bien su mirada en el retrovisor a través de sus dioptrías y que maneje con las dos manos al volante; además, ha hecho que me guste más esa canción. La ciencia acierta, los cuadernos de menores dimensiones ofrecen propiedades más atractivas que las propiedades conocidas.

Pasamos al lado de una pastelería que se llama Esperanza. El adjetivo de mi cuaderno es mejor que el de la pastelería. ¿O qué tan hondo se puede nadar en la palabra esperanza? Me

parece que esa palabra tiene un fondo visible, como el de una alberca.

En la sala de espera, frente a mí, una mujer gorda vestida en pants rosas saca de su bolsa una cartera igualmente gorda, rosa. Pareciera que si convirtieran a esa mujer en un objeto sería esa cartera gorda, rosa.

Desde la ventana del avión veo el caer de la noche, tan parecido al alba. De la misma forma en la que un anciano toma las actitudes de un niño.

Entonces, ¿las escaleras suben o bajan?

La Ciudad de México desde las alturas. Clarice Lispector dice que el espejo es el único material inventado que es natural. Yo nací en México, en esa palabra entre los espejos naturales: en México, en la Ciudad de México, en el Hospital de México, mis jóvenes padres vivían en un departamento en la calle México. Voy en un avión camino, por cierto, a un encuentro entre editores y escritores mexicanos.

Los organizadores nos piden que no salgamos del hotel: “De favor, muchachos, las cosas están muy peligrosas estos días, no queremos que les pase nada, todas las actividades del encuentro serán en el salón de fiestas, en la planta baja, al lado del lobby. Desayunos, comidas y cenas serán en el buffet, no lo olviden”.

Tomamos cervezas en el balcón del cuarto 401. Mientras estamos medio borrachos, una chica toma refresco de toronja sin hielos, habla sobre la tesis que escribe, menciona a Alberich. Me acerco, como no queriendo, y escucho esto: “Un capítulo sobre Alberich el enano, el que guarda en el agua el tesoro de los Nibelungos.”

Esta mañana, en el restaurante del hotel, una mesera tarareaba esa canción de Shakira, la que considero una especie de post-it. Ese recordatorio, siempre tan oportuno. Me puso de buenas escucharla.

Toda la tarde en el encuentro, tengo tres tristes postales. Un poeta de raya en medio, con las pestañas lacias, pestañea lento, engola la voz para leer su poema reciente. Un narrador que carece de gracia, se le ven las costuras —esa afanosa búsqueda de aceptación— en todo lo que dice. El síndrome de Robin: el que busca estar siempre al lado de Batman (el escritor consagrado o el organizador de la feria o el editor estrella).

Le pregunté a Jonás por teléfono si creía que en todas las lenguas los poetas cambian la entonación al leer sus poemas en voz alta. No lo sé, me dijo, pero me recordaste ese poema que me enseñaste una vez, el de una poeta que hacía líneas, zigzags, ondas. Hay poemas que no se pueden leer en voz alta, linda, esos son los que más se parecen a algunas conclusiones de la física. Esos puntos en los que se tocan. Sabes que la ciencia a veces llega a conclusiones dadaístas. La poesía y la ciencia en esos puntos gemelos no se pueden leer en voz alta.

En la entrada del hotel hay una serie de letreros. Ente ellos, uno prohíbe la entrada con globos. No fumar, no entrar con mascotas, no entrar con globos inflados. Un amigo, desconcertado, me señala el letrero. No es lo que creen, dice uno de los organizadores, aquí si se poncha un globo nos tiramos todos al piso pensando que ya empezó la balacera.

En el mismo balcón tomando cervezas, con buena noticia de que alguien consiguió mezcal y vasitos de plástico. Coincidimos en una lectura pésima, un mal libro. Alguien saca el libro. Otro lee fragmentos, imitando la voz del autor. Celebramos las metáforas sexuales que surgen a borbotones. Parece la fuente de la mala poesía, un banquete, algo.

Jonás fue con su hermana a Lisboa, su padre se quedó en España con un primo de la madre. Esta mañana recibí un mensaje al celular: “Por suerte se nos apareció tu abuelo, dice que qué pasó, que te equivocaste, que la librería que recomendaste ya no existe. Nos llevó a comer los famosos pastelitos de nata, muy buenos, por cierto.”

Ahora que lo pienso, son asombrosas las metáforas sexuales. Especialmente una metáfora mala, asombrosa como el show de la mujer barbuda. La mala poesía es asombrosa por su monstruosidad. Tiene todas las facciones conocidas y sin embargo, esa hipertricosis.

Hoy platiqué con dos poetas, uno malo y uno bueno. Quizá hay compañía que es mejor para interiores y compañía que es mejor para exteriores. Un mal poeta puede ser buena compañía en la calle, pero en la sala se antoja una buena y larga conversación. Hay excepciones. Mi amigo Luis Felipe es buen poeta, con él se puede conversar en la calle y en la casa. De modo que la aseveración anterior debe tomarse como otra planta de tela y mi comentario sobre Luis Felipe como una flor.

Me vine al cuarto a leer un rato. Encontré esto de William Hazlitt: "Toda parte del mapa que no vemos ante nosotros está en blanco."

¿Está en blanco la parte violenta del mapa?

La Ciudad de México, vista desde la ventana del avión, es más grande que la bolita de plastilina que esta noche un niño acaba de poner sobre el mapa de México. Medimos el mundo a la medida de nuestras manos. Pero todo tiene escalas.

La violencia tiene escalas.

Cualquier dibujo, pintura, fotografía, litografía, cualquier imagen de un pájaro, de un ave, por rústica que sea la representación, ofrece la idea de libertad. Las aves son símbolo de libertad.

Un cuaderno abierto también es un símbolo de libertad.

Hay un ave en la bandera mexicana. El águila devorando a la serpiente. Me pregunto si hay pistas en la bandera.

"*Fly away with me*." Si pudiera metamorfosearme en pájaro me transformaría en una golondrina. ¿Ya viste que a las

golondrinas se les suele asociar en pareja, Jonás?

Ahora soy uno de esos aviones que escuchamos los domingos por la noche desde el departamento, ahora sobrevuelo la ciudad. Desde las alturas no parece que *Wild is the Wind*. Al contrario, tan dócil, el DF. Y tan dócil el país visto desde el mapa en la pantalla del avión.

6

Nos peleamos por teléfono.

Para mí también es difícil, Jonás. Créeme. No la conocí. Trato de acompañarte desde aquí. A través de ti, a través de tu papá y de Marina yo también la quiero. Créeme. Si pudiera hacer algo, lo haría. Créeme.

Déjame probar. A ver si este cuaderno sirve. ¿Ana? ¿Me escuchas, Ana?

Ana, Ana, querida Ana. Quiero a tu hijo. Me hubiera gustado conocerte, llamarte por teléfono, conversar. ¿En serio? A mí también. Claro, te hubiera llevado un libro. No lo dudes, estaríamos en la cocina. Jonás ya me había dicho que es el lugar que prefieres. También me gusta estar ahí, es lindo cómo entra la luz por las tardes a través de los ventanales. Allí comimos el domingo pasado. Sí, la señora Rosario tiene todo en orden. En el refrigerador es común encontrar recipientes con comida del día anterior. He aprendido algunas recetas tuyas por medio de la señora Rosario. Por cierto, muy buena la crema catalana que comimos el domingo pasado, ¿cómo la preparo? Gracias, la buscaré en el cajón. La casa está en orden. Marina, muy bien. Tranquila, bien. Sí, bien con él. Jonás, ¿Jonás? Honestamente, no lo sé. Me parece que tiene miedo al abandono. Pero ¿cómo decirle que no lo abandonaste? ¿Cómo decirle que yo no lo voy a dejar, que no quiero dejarlo?

¿Te parece que me puedo ir?

¿A dónde?

¿Me estoy acercando o me estoy alejando?

¿Estas escaleras suben o bajan?

7

Esta noche, caminando por el camellón, con los audífonos puestos, escuché la versión de *Wild is the Wind* de David Bowie y me metamorfoseé. Comencé a cantar, la voz se me debilitó de pronto. Me dio comezón en los hombros. Me empezaron a brotar plumas de los brazos, mis pies dejaron de tocar el pavimento al tiempo que mi tamaño se redujo. Me transformé en golondrina. Sobrevolé el camellón, crucé la calle. Vi los árboles, los faroles desde lo alto, las ventanas de las oficinas, los cables de luz desde arriba. Sobrevolé el parque. Vi azoteas, coches, algunos peatones desde lo alto. Pasé por encima de los árboles, crucé la copa de un árbol, vi un camión de basura estacionado, me detuve en un cable cerca de allí. ¿Y qué pasa si mañana me despierto transformada en persona? Me encanta volar. No me despeino, las plumas me vienen muy bien. Qué bien se siente volar. Ah, puedo ir tan rápido. Me gusta tanto ser golondrina.

8

Me gusta este cuaderno porque es rayado. A veces me parece que las rayas azules son como las repisas de una abarrotería que me permiten colocar las palabras que tengo desordenadas en el piso. Son las ocho de la mañana, hora de subir la cortina de metal de este local. Buenos días.

La palabra del día, de acuerdo con el diccionario Oxford en línea, es Hikikomori: *In Japan the abnormal avoidance of social contact. Japane se origin, literally "staying indoors, (social) withdrrawal"*.

Querido diccionario Oxford, Kafka quiere polemizar: "No hace falta que salgas de casa, quédate en tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, sólo espera. Ni siquiera esperes, quédate en absoluto silencio y soledad. El mundo se te ofrecerá para que lo desenmascares, no puede evitarlo; arrobado se retorcerá ante ti."

Leo esta nota en el periódico: "La policía británica se disculpó hoy después de que uno de sus agentes disparó con una pistola eléctrica a un invidente tras confundir el bastón que llevaba con una espada samurái."

Anoche vi un infomercial que me pareció gracioso, se lo describí a Jonás. Caigo en la cuenta de que la palabra infomercial no figura en la RAE, pero sí en el Oxford. No comparto el desdén de la RAE por la palabra *infomercial*. La economía española tiene el mismo problema que su diccionario: inflexible como un palo de escoba. Latinoamérica es el futuro para España, como lo fue en el pasado. Entre

otras cosas, porque tenemos la palabra *infomercial*.

¿Eligen en sotana las palabras que se integran al diccionario?

Salí del trabajo. Voy en un camión de vuelta al departamento. Una mujer dice en el radio que un obispo ha hecho más de setenta mil exorcismos en su larga trayectoria, que hay una rama en el Vaticano encargada del tema paranormal. De quince a veinte llamadas diarias recibe un obispo en México para realizar exorcismos, dice la mujer. Gran polémica en el Vaticano, dice, ¿es posible que el Papa haga un exorcismo?, se abren las líneas. Ahora un trovador canta en la radio. Qué horrible canción. Bendita la enfermera que cantó a Shakira.

Leo la esquina superior de un camión de carga: "¿No le gusta cómo manejo esta unidad? Quejas al 5286 8738" Una camioneta pasa: "Esta unidad está protegida vía satélite." En un poste verde, un letrero: "Reparo bejuco". Leo y anoto aquí algunos letreros de camino a la casa. ¿No le gusta cómo manejo este cuaderno?

Ahora estoy escribiendo mientras camino. ¿No es increíble? El cuaderno ideal da para infomercial.

¿Demasiado hikikomori? ¿Harto de estar encerrado leyendo? ¿Cansada de que la policía británica confunda su bastón con una espada samurái? ¿Ha perdido la fe en el oráculo Oxford? ¿Cansada de tanto tallar en el taller literario? ¿Escribe novelas que le parecen una mierda? ¿Una caca sus escritos? ¿Cuántas bolas de papel arroja a la basura sin conseguir una línea? Es tiempo de comprar su cuaderno ideal. Al demonio con las historias austriacas. Al diablo con novelas que ocurren en la Segunda Guerra Mundial, señor; al comino con las novelas históricas, señora. La historia da igual, la acción es asunto secundario. Es la voz. Escuche su voz, sea como sea. Ensaye en el baño. Dé unos saltitos antes. A-E-I-O-U. Ensaye en su cuaderno. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7. Hágalo de nuevo, ahora con sus palabras. Una palabra después de la otra. No necesita salir de su cocina, necesita una silla y una mesa. De hecho, sólo necesita el cuaderno. Atrévase a tomar esa pluma.

Esta tarde vi de lejos, caminando de espaldas, al enano con su minúsculo bastón. A ese bastón no lo habrían podido confundir con un sable samurái, quizás con unos chacos.

El silencio y la distancia, ¿nos acerca o nos aleja de quien amamos?

En el mercado vi a Pessoa de lejos. Me acordé de su frase: "No el amor, sino los alrededores es lo que vale la pena." La espera es su periferia, quizás por eso vale la pena.

El papá de Ernesto, mi ex novio, murió cuando vivíamos juntos. Me parece que la muerte del padre nos unió más. ¿Por qué la muerte de tu mamá nos separa, Jonás? ¿Por qué tan largo el viaje? En la casa en la que vivíamos Ernesto y yo, teníamos un hornito eléctrico donde tostábamos el pan. Alrededor de ese hornito hablamos muchas veces sobre su padre. ¿Por qué no regresas? ¿Por qué no intentas hablar sobre el tema?

Guillermo y yo salimos de la cantina a las tres de la mañana. Las sillas estaban volteadas sobre las mesas. Estábamos borrachos, fuimos los últimos en salir. Me acompañó caminando a mi casa. A la mitad de la calle comenzó a bailar algo que llamó "El baile de la diamantina". Con los dos índices apuntando hacia arriba, Guillermo cantó "este es el baile de la diamantina, ding-ding-ding-dang-dang-dang". No pude seguir su baile porque me dio mucha risa. Nos empezó a dar risa a los dos, sin saber bien de qué nos reíamos. Llegó un punto en el que me reía de su risa. Con la luz apagada, acostada, me acordé y me volví a reír. Esta mañana me mandó un mensaje: "Estoy crudo, llévame al mercado por unos tacos, ding-ding."

Es domingo por la tarde. He platicado con Tania, Julia y Carolina. Mis amigas se conocen, se saludan, hablan poco, pero no se llevan entre sí. Las veo por separado. Vi a Carolina esta mañana. No toma café desde que está embarazada, me acompañó con un jugo. Comí con Julia, me llamó Tania hace rato. Las tres son mis amigas desde la adolescencia. No

fuimos a la misma escuela, las conocí en distintas situaciones. Tania es artista. Julia dirige un festival de cine y toca la guitarra bastante bien, aunque es un poco tímida al respecto. Carolina estudió literatura, escribe y tiene una editorial. No voy al psicólogo, pero si tengo una especie de historial, podría decir que está en sus manos.

La primera historia que escribí en la primaria trataba sobre un gigante. Ahora escribo sobre un enano. De niña tenía la letra grande. Los dos renglones para escribir eran como el piso y el techo; mi letra era como una Alicia apretada, incómoda entre la pauta. Mi letra se ha encogido con el tiempo. Como si, cada tanto, tomara un poco de la pócima azul. Quizás por eso me siento más afín al enano que al gigante.

Trataba sobre un gigante lo primero que escribí porque la primera lectura que me hechizó trataba sobre un gigante. Tenía siete años cuando leí esa historia de Oscar Wilde. Unos niños juegan en el jardín del gigante. Así pasa el tiempo hasta que envejece el gigante, se debilita y ya no puede jugar con los niños. Permanece en un sillón gigante viendo a los niños jugar, admirando su jardín, observando. En mi versión, como el gigante de Wilde me caía muy bien, el gigante estaba en el patio trasero de mi casa. Terminaba por caerle bien a mis padres y a los vecinos, así que envejecía en el patio de la casa. Ocasionalmente el gigante me acompañaba al mercado.

Un sillón gigante. Los muebles a la medida del enano. La silla de madera de tamaño medio en la que estoy sentada. El gigante que juega, el enano con su elegante bastón. ¿Cuál es la media? ¿La media es un lugar entre los extremos? ¿Hay un centro justo? ¿El presente es una suerte de media? ¿Soy todos los tamaños de letra que he tenido? ¿Mi letra y su tamaño diminuto resumen mi letra infantil grande?

¿Esta historia contiene todas las historias que soy?

Es domingo. Voy a ir al cine con Guillermo. Pero antes de salir voy a decirte algo, Jonás. Te amo, te extraño mucho.

La primera novela de Emmanuel Bove se titula *Mis amigos*. Se publicó en 1924, cuando Bove tenía veintiséis años. Llevo varios años buscando ese libro. Nada. Lo único que he leído es el título. Me parece hermoso por su sencillez. Si no fuera al cine esta noche escribiría una versión de *Mis amigos*. Tania, Carolina, Julia, Guillermo, Tepepunk, Antonio y Luis Felipe serían los siete capítulos de esa novela que no voy a escribir. Jonás aparecería en todos.

Regreso del cine. Parte de la magia del cuaderno ideal es que entre un párrafo y otro pueden pasar horas, días, semanas, pero por convivir los párrafos como vecinos, parece que pasaron apenas unos minutos. Maravilloso, lo que a uno le toma años en escribir a otro le puede tomar dos horas de lectura.

El enano, Jonás y yo formamos esta historia, pero podríamos formar una banda. Música para dos cuadernos idénticos y un bastón *piccolo*.

Saliendo del cine, Guillermo me hizo notar un anuncio en la calle. ¿Quieres crecer?, rezaba, bajo una fotografía de un par de zapatos con plataforma. Le pedí que manejara más despacio para leer la letra chica. Me contó que cuando adolescente su madre lo llevó a una clínica de crecimiento. El doctor le dijo que tenía la estatura de un lacandón. La madre se preocupó, quería que su hijo fuera más alto. Guillermo se negó al procedimiento: “Somos de la misma estatura, mamá, de qué hablas.” La madre le compró unos zapatos con plataforma. “Mamá, ¡por favor!”, dijo Guillermo cuando abrió la caja.

No lo he mencionado, Jonás, pero si estuvieras aquí ten la certeza de que no estaría escribiendo.

Una pregunta. En la espera, ¿Penélope se masturbaba?

¿Crees que este viaje nos está separando o acercando? Yo también he emprendido un viaje. Este viaje. Veinte mil leguas de viaje al fondo del cuaderno. Un viaje sin destino. Una fila

sin un fin. Una sala de espera sin finalidad. No sé bien cuándo termina. No sé a dónde llegaré. O si es que llegaré. ¿A dónde voy?

Ahora que soy fosforescente veo a Jonás en el cuarto de una de sus tías en Valencia. En mi condición fosforescente puedo ver a Julia fumando antes de dormir, a Carolina acostada de lado, su panza grande y a Tania durmiendo temprano, pues dijo que tenía jetlag hoy que regresó de su exposición en Basel. Sobrevuelo en mi fosforescencia a las personas que quiero y me apago al tiempo que me acuesto.

Anoche le escribí a Jonás un correo largo. No tengo ganas de escribir ni de hablar.

Mi cuaderno es mi guitarra. Lo extraño tanto. ¿Y si todo termina cuando Jonás regrese? Tengo miedo, no quiero que se acabe, me desconcierta que no esté aquí. Tengo mucho miedo. Todas las canciones de amor se parecen por culpa de Orfeo. La maldición griega está en todas las estaciones de radio.

La tragedia es un cambio de escala. La mamá de Jonás murió de una forma trágica. La tragedia de Jonás pareciera darle otra escala con relación al resto. Se siente incomprendido. Esa sensación de incomprensión pareciera darle otro tamaño. Quizás por eso se aísla, por eso huye. Pero ¿de qué huir si no se puede huir de uno mismo?

Un jardín lleno de árboles: así era el *locus amoenus* en el medioevo. Mi *locus amoenus* es este cuaderno. Acá toco la guitarra. Sufro. Soy desagradablemente sentimental. Ah, mi cuadernito que fue arbusto en su vida pasada.

Se puede vencer al aire fácilmente. Cerrando una ventana, subiendo el cierre de la sudadera. Pero el mar es invencible. En ese sentido, Poseidón es una ficción. Por eso me parece el más encantador de los dioses griegos. En *La Ilíada* le entregan el mar. Toma, aquí está. Las olas del mar: las líneas azules de tu cuaderno. Si el viento está a tu favor, quizás estas líneas te

acerquen a la costa.

Un tenedor es el tridente enano de Poseidón. Puedes agitar las aguas del vaso para comprobarlo.

Si la guapa Helena de Troya hubiera tenido nariz aguileña otro habría sido el rumbo de la Historia. Si hubiera comprado helado de vainilla en lugar de nieve de mango, quizás no nos habríamos mudado juntos al poco tiempo de conocernos. ¿Cómo saberlo? Algo mínimo puede cambiar el rumbo de cualquier historia.

Ya no estoy triste. Una de las ventajas de haber nacido bajo el signo zodiacal *Wild is the Wind* es que uno puede moverse con facilidad de un lugar a otro, como me dijo la mujer con los ojos delineados de azul.

Cambiar. Es más importante desconocerse que conocerse.

Hoy vi de lejos a un enano que pensé que era el enano de la cuadra, pero no era. Éste no me sonrió.

Compré unas galletas muy buenas, pero algo caras. Se las recomendé a Tania. Las estaba describiendo cuando me interrumpió: “Mira, yo antes compraba Barilla. Me gastaba quince pesos y hacía pasta que me duraba tres días en el refrigerador. Desde que descubrí una marca italiana muy buena me gasto más de cien pesos en un fusilli que me dura una sentada. Imposible, ya no puedo regresar a la Barilla. Es que no se puede ir atrás. A lo mejor es la maldición de lo bueno. El otro día la secretaria de un coleccionista me ofreció un cafecito, frotándose las manos, como antojándomelo. ¡Era café instantáneo! Perdóname, pero una vez que pruebas un buen café ya no puedes ir atrás. Olvídalo. Es como el buen sexo, una vez que lo descubres, no hay vuelta atrás. Así que olvídalo, no voy a probar esas galletitas que dices. Seguro son mejor que mis galletas María. Olvídalo.”

Sin noticias de Jonás.

Tepepunk y Nina llegaron hace unos días a la residencia en

Tokio. Así inicia el correo de Tepepunk: “Te escribo desde el futuro y desde aquí te puedo decir que con Jonás todo va a estar bien. También debo decirte que desde el futuro tengo sueños muy nítidos y que todas las tardes tomo té con un japonés sabio. Aprovecha, estoy en el futuro, pregúntame lo que quieras. Soy tu oráculo.”

Al gato se le atoró una pata en una silla, se lastimó, lo llevé al veterinario. No le pasó nada, por suerte. De vuelta a la casa, le llamé a Tania. Me di cuenta de que quiero mucho al gato, demasiado lo quiero, le dije a Tania: “Yo necesito una mascota, pero soy alérgica a los gatos. ¿Un perro? No. Necesitan mucha atención, no se puede tener a dos necesitados de tanta atención bajo el mismo techo. ¿Un pez? No, no me gustan, no hacen nada. ¿Te acuerdas que en los ochenta había peceras en todas partes? Qué risa. Hasta en los techos. ¿Un hurón? Ni que fuera malabarista. Aparte son como ratas-salchicha. Ya sé, me voy a comprar un canario. Un canario adentro de una jaula. ¿Sabes si hay canarios de plástico?”

Día largo de trabajo y de trámites burocráticos. Llego a la casa con ganas de escribir la ópera “Burocracia” en tres actos. El protagonista tendría un intenso soliloquio ante la fotocopiadora. Imagino al protagonista, un oficinista. Hay una mujer guapa, codiciada en la oficina. El protagonista rivalizaría, lucharía por su amor. No conseguiría conquistarla, la situación se le saldría de las manos. Habría un momento apocalíptico: las luces de la oficina empiezan a fallar, algunos focos se funden. Las fotocopias se arremolinan, vuelan. Los teléfonos suenan todos a la vez, las computadoras se prenden y se apagan. Los peluches, portarretratos, juguetes miniatura sobre las computadoras brincan, algunos caen. Un fax enloquece, la fotocopiadora se azota contra la ventana. Ha llegado el momento de la anagnórisis del protagonista: canta.

La ópera, los musicales. Dos géneros que no me gustan. Aun así, en el momento en que me dé cuenta si me acerco o me alejo creo que voy a cantar.

Esta noche salí a caminar al parque. Cerca de la explanada vi a dos niñas tomadas de la mano. Dos hermanas con uniformes distintos. Al pasar cerca de ellas, me di cuenta de que una de las dos era ciega. La más chica, de unos siete años, la llevaba de la mano, le describía lo que veía: los árboles, la fuente sin agua, un perro corriendo. ¿Y cómo crees que se llame el perrito?, le preguntó la hermana mayor. Pues se llama Perrito, contestó la menor. Una niña que conoce el mundo por medio de lo que le narra su hermana menor. Me pareció ver amor, sin más. Al final del día, ¿no está hecha la voz para que la escuche el otro? ¿Y no son las historias las que crean los lazos? ¿Intentar contar lo que el otro no puede ver no es un acto de amor?

9

Estoy en la sala de espera. Acaban de anunciar que el vuelo se retrasa. Esta situación también es el resumen más breve de esta historia.

Estoy en el aeropuerto. Un hombre con un chaleco amarillo fosforescente lleva a una anciana minúscula en una silla de ruedas. La anciana, como la Sibila de *Las metamorfosis*, se encoge cada día. O eso parece. Calculo que mide lo mismo parada que sentada. En esta sala, al fondo, hay una pareja de menonitas. Visten de colores sobrios. Pareciera que el amarillo fosforescente es un avance tecnológico al que, si acaso, llegarán en algunos siglos.

Quizás si una anciana vive las décadas suficientes terminaría midiendo lo mismo que un enano.

En la revista del avión encuentro los siguientes productos: "Bigfoot, escultura ideal para el jardín" y "Gnomos, juego de esculturas ideales para la casa".

Tengo una fascinación por lo inútil. Entre más inútil un objeto, mayor me parece su triunfo. Como si fueran cosas hechas para contar historias más que para ser de utilidad a alguien. Soy de las que compran una bebida porque la botella me parece atractiva. Aunque la bebida no me guste, admiro la botella. En otras palabras, compraría un caleidoscopio antes que una aspiradora. No compraría los gnomos de resina porque no me gustan, pero me imagino que la viejita que se encoge podría tener a Bigfoot en su jardín. En su nombre pregunto algo que quizás ella preguntaría, ¿por qué Bigfoot

no es ideal para interiores?

Imagino la conversación entre los menonitas hojeando la revista de productos inútiles del avión.

Se me aparece un holograma de Clarice Lispector en el asiento de al lado: “Yo antes quería ser los otros para conocer lo que no era yo. Entonces entendí que yo ya había sido los otros y que eso era fácil. Mi experiencia más grande sería ser el otro de los otros: el otro de los otros soy yo.”

En una revista de nota rosa veo que El artista más importante de México tendrá una retrospectiva en el Tate Modern. Me gusta su trabajo, tiene piezas que me interesan, que me parecen hondas, buenas. Pero la fama no se interesa por el trabajo. En la nota está entre dos guapas amazonas, hay una imagen del museo al lado, pero ni una fotografía de su trabajo. Ese culto por lo importante cuestiona qué es lo importante.

Sería ideal que Jonás estuviera sentado a mi lado, en este avión camino a Chicago. Posiblemente despotricaría contra la revista de nota rosa. En cambio, esa periferia me resulta atractiva, por no mencionar que además suelen tener los mejores horóscopos.

Anoche, antes de venir, hablé con Antonio: chisme puro, la nota rosa de nuestros conocidos. Mi amistad con Antonio se basa en llamadas ocasionales, conversaciones largas entre correos electrónicos y mensajes. Vive fuera, con su mujer y sus dos hijas. Me divierte mucho hablar con él. Nuestras conversaciones son un circuito cerrado de expresiones y apodos. Todos tienen un apodo, hace mucho que dejamos de llamarlos por sus nombres y apellidos. Tengo la impresión de que en cuanto veo el nombre de mi amigo Antonio, nadie escapará vivo.

Llegué a Chicago. Como la organizadora del evento no tenía mucho dinero, me ofreció quedarme en casa de una amiga suya. Estoy en casa de una chica que está de viaje, que no

conozco, pero que me cae bien a través de su departamento. Si este departamento fuera una cosa, sería una cobija tejida a mano. Parece que es una chica sentimental. Dulce, buena. Hay muchos colores aquí. Tiene fotos de familia, muñequitos de plástico en las macetas, plantas. Y una cita de Shakespeare en un imán en el refrigerador: *"A hundred thousand welcomes! I could weep, / And I could laugh; I am Light and heavy. Welcome!"*

Si tuviera que mostrar un retrato de cuerpo completo mostraría esa cita de Shakespeare. ¿Por qué una chica que no conozco, que me permitió quedarme unos días en su departamento, tiene esa cita en el refrigerador? Quizás si nos metiéramos a casa de los desconocidos y husmeáramos en los cajones nos sorprenderíamos de encontrar lo tanto que nos parecemos.

Estoy en la cocina. Escucho el zumbido del refrigerador y el agua goteando del fregadero. Los sonidos me resultan familiares, una forma rara de sentirse en casa estando en la de una completa extraña. En esta cocina hay dos planillas de lotería enmarcadas. Noto que entre las figuras no hay un enano, ni mar ni cuadernos, pero hay un pájaro. La dama y la mano están uno al lado del otro. Si tuviera que resumir la historia universal a un extraterrestre sería con esas dos imágenes de la lotería mexicana: la dama y la mano. Una buena síntesis de Helena de Troya hasta la mujer que entra a un Seven Eleven; la mano que lo ha destruido y construido todo, incluyendo ese Seven Eleven.

Hojeo una revista vieja en el baño. Leo a medias el reportaje: "La mafia de las alfombras en Pakistán". No hay fotografías. Me imagino al líder de la mafia de las alfombras. Si pudiera formar una mafia formaría "La mafia de lo inútil". Sería una mafia sin poder. Traficaríamos los mejores caleidoscopios del mercado.

Halloween es una buena temporada en Estados Unidos. Hay disfraces, fiestas en todas partes. Yo podría aprovechar esta época para disfrazarme de golondrina. O de Proust. O

disfrazarme de Proust para convertirme en golondrina a la mitad de una conversación. Soltar, de la nada, la cerveza: aletear en medio de la fiesta. Salir por la ventana.

Sé que la mamá de la chica en cuyo departamento me estoy quedando murió y sé que ahora está en la boda de su padre con una segunda mujer. Muy joven, de la misma edad que la hija, me dijo la organizadora del evento. Mientras tanto, Jonás, Marina y su padre, viajan por España. No creo que el padre de Jonás se case por segunda vez. No parece importarle que exista esa posibilidad. Cuando habla de su mujer parece que ella fue la primera, será la última y la única mujer de su vida.

Observar con detalle un departamento ajeno es una forma de ponerse los zapatos de otro. Aquí la pérdida es evidente en todos los rincones. Vive sola. Hay un imán de un hospital en el refrigerador, fotos de la madre a distintas edades en la sala. En el cuarto hay un pésame amoroso, con tachuelas de colores, en un corcho. Al lado del clóset hay una pequeña fotografía en blanco y negro de la madre. Jonás tiene una foto de su mamá en el estudio que compartimos. Una foto grande, en blanco y negro, de la madre de joven, en los setenta, cuando estudiaba química en la UNAM. Jonás quería ponerla en el cuarto, yo le sugerí que la pusiéramos en el estudio. Ayúdame a escogerle un lugar en el estudio, me dijo Jonás. Me pregunto si debimos haber puesto la foto de su madre en el cuarto.

De pronto me da miedo de que mi mamá muera. Es un miedo que tengo desde niña. No cambia, lo siento igual que a los siete años. De cualquier forma, a los treinta años ese miedo se movió de lugar. El año pasado, cuando las dos enfermeras abrieron la puerta del cuarto y lo primero que vi fue la expresión de alivio de mi madre, supe que la historia tenía que ser al revés. En otras palabras: así va la historia, un hijo no desea causar un dolor de esa magnitud a un padre. Llegado el momento, un hijo debe enterrar a sus padres, no al revés. Es el orden deseable.

¿Lo deseable y lo ideal cuánto se parecen?

Mi mamá desaparecía en las primeras pesadillas que recuerdo. No eran sueños en los que mi papá desaparecía, no. Mi padre pasaba el tiempo en el trabajo, pasaba poco tiempo en la casa, de modo que su ausencia era cosa normal. Que mi madre estuviera ausente tenía otro peso. En las pesadillas, seguía la voz de mi mamá —corría en un bosque, bajaba escaleras interminables, buscaba en una plaza—; seguía su voz, pero se iba desvaneciendo hasta que dejaba de escucharla. Llamando a mi mamá me desperté varias veces. Abría la puerta del cuarto de mis padres para asegurarme de que ella estuviera ahí. Si no estaba, le hacía preguntas a mi papá hasta que él conseguía tranquilizarme. Aparte del pájaro favorito, la otra cosa que comparto con Proust es la dependencia con la madre. Una mamá tan amorosa como la mía, tan guapa, con tan buenas puntadas. Creo que acabo de hacer mi disfraz de Proust.

Un día después del accidente, es decir, una vez que abrí los ojos y restaba la recuperación, a mi madre le dio un golpe diabético. Algo así como el oficinista estresado que se permite una gripe el día que empiezan sus vacaciones. Mi padre entró a tranquilizarme: “El doctor dice que es normal, que se debe al shock, pero que no es grave, hija, se va a estabilizar pronto, ya verás”.

Con que el viaje al fondo del cuaderno también consiste en el viaje al fondo de la pérdida. Estar aquí me hace ver la pérdida de Jonás de otro modo. Estar en este departamento me ha cambiado de punto de vista, como si me hubiera movido apenas unos centímetros para observar la pérdida de Jonás desde otro lugar. La tercera persona a veces es un lugar al que hay que viajar.

Cuando niña mi mamá tomaba clases de ballet. Era flaca, tenía pecas en la cara y en los hombros y tenía un tutú. Tengo esa fotografía en el estudio, cerca de la fotografía de la mamá de Jonás. Cuando Jonás me cuenta algo de Ana, o las veces que el padre y Marina me han contado algo acerca de ella,

esa es la imagen que me viene a la mente. He visto otras fotografías, pero esa es la imagen que veo diario y la que suelo multiplicar y animar, como improvisando una película en la que no importa en qué momento ocurra la acción: Ana tiene veintitrés años y es una sonriente estudiante universitaria. Mi madre no se parece en nada a la de tutú. Tiene un carácter fuerte, está orgullosa de sus canas y de su edad, tiene una intuición aguda y un buen sentido del humor. Como si de la franqueza española y la melancolía portuguesa resultara una suma y no la resta pesimista que resulta en algunas ocasiones. Me parece que la madre de Jonás y la mía se habrían llevado bien. Me las imagino tomando café en la cocina de la casa. Es decir, en nuestro departamento.

Uno tiene que viajar lejos para acercarse a la persona con la que duerme. Y quizás he tenido que llegar hasta aquí para acercarme a mí también.

Soñé con mi ma, un sueño desconcertante que me ha dado vueltas todo el día, linda, te llamo al rato, decía el mensaje de texto de Jonás.

Anoche, saliendo de un bar, un desconocido me regaló unas paletas. La única idea que tuve en todo el día fue que las paletas zombie —cabezas de caramelo macizo— podrían tener el cerebro de gomita. Así uno se sentiría como un zombie comiendo la paleta de zombie. Un meta-zombie.

Mi amigo Luis Felipe escribió un poema sobre zombies, aludiendo a la cantidad obscena de muertes violentas en México. Le voy a guardar una paleta, como un souvenir de su propio poema.

En esta cafetería veo una fotografía enmarcada. No sé si esa persona está viva o muerta. La incertidumbre de las fotografías enmarcadas. Los marcos son como los nombres: las personas pueden estar vivas o muertas, pero en ese momento están en la fotografía, ese gerundio. Ese nombre que se distiende, ese presente continuo, ese marco, esas letras estáticas que son nuestro nombre. Desconcertantemente

inmortal.

Anoche compré discos. Una práctica poco común en la actualidad, podría decirse que se trata de una actividad excéntrica. Pocos compran discos. Sé que son estorbosos, poco prácticos, que la música hoy es gratis. Pero me gusta comprar discos. Entre otros, compré *Station to Station* de David Bowie, donde viene *Wild is the Wind*.

En busca del tiempo perdido. Cuando compro discos, cuando miro las vueltas de la ropa en la lavadora, cuando paso tiempo de sobra en la regadera, cuando me voy por el camino largo del trabajo a la casa, cuando miro al gato dormido, cuando deliberadamente pierdo el tiempo en la computadora me parece que el título de Proust es un minúsculo monumento.

En esta cafetería, a mi lado derecho, hay un globo terráqueo de latón. Un globo antiguo. Veo la distancia entre Estados Unidos, España y México. Veo un triángulo caprichoso. Jonás, el gato negro en el departamento y yo.

Anoche, tomando cervezas en la cocina con los del evento, algo me hizo recordar el tiempo que vivimos en Estados Unidos. Mis padres desempacando cajas, hablando en la cocina, fumando y tomando cervezas con los vecinos, mientras mi hermano y yo platicábamos en el jardín. Algo en esa familiaridad instantánea. Pero esta vez me sentí más lejos. Sé que es una observación simple, pero el sacapuntas eléctrico —esa distancia que me parecía ver entre la vida adulta y la infancia— parece un invento reciente, algo que escribí hace poco. Como si ese tiempo que vivimos en San Francisco, esa noche que recuerdo con los vecinos en la casa, fuera algo que inventé. Qué lejana e incierta la infancia. Pareciera que la infancia es el origen de la ficción: contar cualquier evento pasado para notar cómo se aleja uno de la realidad.

Me invitan a una fiesta. No sé si quedarme a leer. Me gusta tanto lo que estoy leyendo que si Proust fuera madalena me

disfrazaría de taza de té. La verdad es que si Proust viviera y estuviera en Chicago, lo invitaría a la fiesta. Seguro sería divertido salir de fiesta con él. Me parece que abriría pista.

Supongo que para estas alturas mi Proust parece más una piñata que alguien que existió. Lejos, siempre lejos de la realidad nos llevan las palabras.

En la fiesta le conté sobre mi cuaderno ideal a una de las invitadas al evento. ¿Cómo?, me preguntó, ¿no pasa nada?, ¿una sala de espera? El trabajo en proceso, la historia que no empieza ni termina, lo inútil, le faltó decir. Estudiar comunicación, comprar libros y discos. Ver películas. Ir a la Lagunilla, ir a un mercado de pulgas, ir a una venta de garage. Comprar un florero y unas flores de tela. Comprar un cenicero para poner las llaves de la casa. Inutilizarlo. Quitarle las manecillas al reloj, traerlo de pulsera para inutilizarlo. Escribir, leer. Todo esto he hecho. A todo esto más o menos dedico mis días.

¿Me estoy acercando o me estoy alejando?

Ah, tengo tantas preguntas. Todas inservibles. Prefiero las preguntas que las respuestas. El trayecto es mejor, uno puede abrir las ventanas y el viento despeina. Me gusta tanto despeinarme. Podría abrir una venta de garage con todas las preguntas que he acumulado aquí, tengo tantos de estos cacharros. También tengo las manos heladas. Estoy en un parque. Hay mucho viento, hace frío.

Ayer la organizadora hizo una despedida. Estuvimos tomando hasta tarde. Llevaba en la mochila el disco que compré de Bowie. Para mi feliz sorpresa, los invitados conocían bien la canción y, no sólo eso, cantamos *Wild is the Wind*. Muy buena despedida. Recordé ese musical, *Chicago. Wild is the Windy City*.

En el mostrador de American Airlines me atendió una mujer de unos sesenta años disfrazada de bruja. Dónde está tu escoba, le pregunté. Las brujas modernas nos movemos en

Thunderbirds, así que cuando veas un Thunderbird, ten cuidado: ahí va una bruja como yo, me advirtió al tiempo que me regresó mi pasaporte.

En el avión, percibo un intenso olor a sobaco de la mujer que está a dos asientos de mí. Me gustaría abrir la ventana. Acabamos de pasar turbulencias. El piloto da vueltas, eso parece. Las curvas, las turbulencias, son el horror. Recuerdo a ese personaje de Bolaño, el piloto que escribe poemas en el aire.

Escala en Dallas. En el mostrador de la aerolínea confundí el disfraz del hombre que me atendió. Pensé que era un conejo negro, pero estaba disfrazado de murciélago. Un hombre de cincuenta años, calculo. Permíteme enseñarte lo que realmente soy, dijo y salió del mostrador, extendió los brazos para enseñarme sus alas de satín morado. Aleteó varias veces.

Ahora voy a escribir algo importante: los murciélagos tienen las orejas más chicas que los conejos. Y Halloween permite a Estados Unidos un respiro infantil, un juego. No me sorprendería ver al presidente de Estados Unidos disfrazado de calabaza en plena junta de Estado.

En México, a pesar de La Catrina y las calaveras de azúcar, la muerte es un tema delicado. Los hechos no permiten ligereza. Es decir, si el presidente mexicano se disfrazara de lo que fuera, lo sacan con los pies por delante de la puerta.

No comprendo a quien le da miedo volar. La inestabilidad del avión es atractiva. No hablo de turbulencias, hablo del acto de viajar tranquilo, pensando que si todo se acaba, uno podría estar en el aire, en una sala de cine o acostado en la cama. Acostada en la cama, como me pasó. Y ahora pienso que estuvo bien que pasara, pues para viajar más ligero, para perder miedo, no se tiene que salir de casa. ¿Miedo a qué, por qué o para qué? De un instante a otro todo puede cambiar. Hay que viajar tranquilamente en avión, la vulnerabilidad está en todas partes porque la vulnerabilidad somos nosotros. Aparte es agradable ver las nubes desde lo alto. Ah, ese falso

omnisciente. La verdad me encanta ver las nubes en movimiento. Una película de nubes en movimiento es una buena forma de perder el tiempo. Mejora si escucho a José José cantando: “Hasta la golondrina emigró, presagiando el final.”

10

Jonás decidió postergar su regreso para ir a Trévago y a visitar a una pareja de amigos en París que acaba de tener un hijo, aprovechando que Marcos lo puede suplir en el trabajo. Su padre y su hermana regresaron el viernes. Marina llamó para decir que Jonás me mandó unas cosas, que cuando quiera puedo ir a cenar a la casa con ellos. Aparte mi papá y yo te trajimos algo, dijo.

Tania al teléfono: "¿Cómo descansar? Por ejemplo, la gente que no lee cree que leer es un descanso. Pero si tú lees, tomas café, das vueltas alrededor de tu escritorio y eso es parte de tu trabajo, ¿cómo descansas un fin de semana? ¿Caminar en pantuflas en tu departamento desde que empieza hasta que termina el fin de semana? No, querida, ¡eso es trabajar!"

Alguien en el trabajo me leyó una noticia y de pronto escribir me pareció como hacer una sopa aguada. Y a mí no me gusta la sopa aguada. Quizás esto, una anécdota que me gusta de John Cage, le dé sazón a la sopa: "Una noche, cuando yo todavía vivía en Grand Street y Monroe, Isamu Noguchi vino a visitarme. No había nada en la estancia (ni muebles ni cuadros). El piso estaba cubierto, de pared a pared, por un tapete café. Las ventanas no tenían cortinas. Isamu Noguchi lo observó todo y dijo «Un zapato viejo se vería hermoso en este lugar»."

Quizás un zapato tuyo, en medio de la página blanca, se vea bien.

Es domingo. Me gustan los domingos en la noche y esta hora

me pone de buen humor. Es La hora nacional. La hora aeropuerto, el domingo de diez a once de la noche. Una transición al lunes, una sala de espera. Normalmente, cuando Jonás está en la casa, a esta hora vemos una película, cenamos, o vamos en el coche de regreso a la casa.

Hoy me preguntaba cuál sería mi metamorfosis. Quiero decir, cuál, de ser posible, sería mi verdadera metamorfosis. Es cierto que me gustaría transformarme en golondrina, pero me preguntaba en qué me convertiría. ¿Y si me transformara en un pato o en una piedra?

Dafne, por ejemplo, se transformó en árbol. Su metamorfosis no fue un castigo. Ella lo deseaba tanto y tan hondo que terminó ocurriendo. Sus palabras le concedieron la transformación. La metamorfosis es la continuación de la historia de un personaje: puede ser un castigo o un regalo. Me pregunto si la palabra escrita tiene el mismo poder, si las palabras nos cambian así. Si escribir o leer nos metamorfosean.

Durante las semanas de recuperación en el hospital, y luego en el departamento en el que viví una corta temporada antes de mudarme con Jonás, recuerdo que llovía. Horas, días, semanas de lluvia. Miraba la lluvia. Primero acostada, luego sentada. Quien ha estado en una situación parecida, sabe que el dolor físico obliga a un relación estrecha con el presente. Me duele aquí, me lastima esto, tengo frío, tengo hambre, voy al baño, me estoy quedando dormida, son el tipo de pensamientos que someten cada instante, cada segundo a estar ahí. El presente ahí, que se distiende cuando duele más. Cuando empieza la recuperación, cuando lentamente mejora, hay una ventana, un pequeño marco por donde es posible proyectarse a otro tiempo, al futuro. A pesar de la lluvia, durante esa temporada imaginaba lo que quería hacer cuando saliera el sol. Al final del día, las caídas están ahí para eso, para abrir esa ventana. Quizás también para otra más terrible, pues el pozo tiene un negro fondo y, por lo tanto, una luz más intensa. Pero yo pensaba mucho en hacer todo lo que no me había atrevido a hacer por miedo, y esa era mi ventana.

Cuando conocí a Jonás me aventé, con todo el peso.

11

Esta tarde escuché a un hombre, en una heladería, diciéndole a su mujer: “Podemos dejar a los enanos con tu mami, mi amor.” Me parece una expresión con una estela cruel. Niños como enanos, enanos como niños. Evidentemente una cuestión de estaturas.

Hace tiempo que no veo al enano de la cuadra. Me pregunto en qué se transformaría él. Quizás sería un lince. Si el gato se transformara en persona me parece que le gustaría ser mi novio. Sería celoso, sin juicio ni razón. Ahora mismo está sobre mí, con dos patas sobre mis piernas y las otras dos sobre un hombro, con los ojos cerrados, ronroneando. Parece, incluso, que le importo.

Soñé con Ernesto, mi ex novio, y su papá. Estábamos en un restaurante los tres, comiendo con un personaje extraño. Ese personaje no era gracioso, pero hacía toda clase de intentos por caernos bien; más bien un tipo antipático, ofensivo. El padre de Ernesto hacía gestos, ademanes y comentarios que finamente nos defendían de ese hombre. Ernesto de pronto iba al baño, no regresaba. Yo me sentía cómoda y protegida por su padre. Como cuando vivía, pensé al despertar.

Soñar con el papá de Ernesto, a quien tanto quise, me hizo sentir extrañamente protegida.

Julia me regaló un libro sobre islas pequeñas, casi imperceptibles. Eso me recordó a mi querido y elegante amigo de la cuadra. La isla con la que abre el libro:

Lonely Island (Russia)

Russian Ostrov Uyedineniya “Solitude Island”

20 km 2 | uninhabited

Loneliness lies in the centre of the Kara Sea in the northern Arctic Ocean.

Una isla tiene otra escala, otras reglas de crecimiento; el mar marca la pauta en el desarrollo de una isla. La isla de veinte kilómetros de lado a lado, que se llama Lonely Island, lleva la tautología en el nombre.

Una isla se parece a un sordo. Un espacio que se comunica con dificultades. Ser sordo, no escuchar, es un modo de ser isla. Y así, como una frase aislada, mal comunicada, sin escuchar al resto, diré que no me sé el Himno Nacional completo, pero que me sé de memoria canciones completas de Juan Gabriel. “Siempre en mi mente” podría ser el himno de este departamento.

Escribir es aislarse en una isla que mide lo que una hoja.

Pensé en ese clásico juego hipotético de la isla. La isla ideal a la que se pueden llevar libros, discos, amigos, como un ejercicio de selección.

Cuando adolescente mi padre me ayudó a cambiarle el cartucho a la impresora. Hizo una prueba. Porque pensó que debía escribir algo para probar la impresora de su hija, estudiante universitaria de comunicación, a la que le gustaba leer, mi padre escribió lo primero que le vino a la mente, en el centro de una hoja blanca: “Una palabra muy sola”. Pero esa palabra no está sola, papá. Y, además, esa frase que escribiste es una buena fotografía tuya. Tú nunca estás solo. Y sin embargo.

La letra de mi padre es difícil de leer, difícil de comprender. Se comunica con dificultades. Nunca pude imitar su firma en la secundaria. Parece un circuito cerrado, ¿un tipo de letra isla?

La palabra soledad difícilmente está sola. El nombre Lonely Island tiene un adjetivo natural, el de cualquier aislamiento.

Voy en el avión camino a la Feria del Libro de Oaxaca. En el aeropuerto del DF compré una guía de las aves comunes de la Ciudad de México. Según esta guía hay dos tipos comunes de golondrinas. Una de las dos, la golondrina tijerilla (cuicuitzcatl, en náhuatl), tiene un antifaz negro, la cara roja y el cuerpo amarillo. Un amarillo sobrio, como el cuerpo de mi pluma Bic, que, por cierto, tiene una tapa negra. Las tapas de mi cuaderno son rojas. Cuando escribo en este cuaderno y dejo mi pluma Bic entre las páginas, resultan los tres colores de la golondrina común del DF. Si mi cuaderno comenzara a silbar una canción de Juan Gabriel sería mi cuaderno ideal.

Traigo la guitarra. Mi cuaderno es mi guitarra, aunque desafina. Quizás llegando al hotel pueda hacer una canción sobre el parecido entre los pájaros y los libros abiertos.

Estoy comiendo un delicioso pollo con mole y tortillas azules hechas a mano. Me parece que la comida oaxaqueña merece una pequeña isla, con himno y bandera.

La papelería en Oaxaca donde hoy compré cuadernos Ideal se llama El águila. Está en la calle de Morelos y es atendida por una ancianita encantadora que lleva sesenta años atendiendo su local. También estaba su hija. Una atenta mujer de cuarenta y pocos años con un crucifijo colgando de una cadenita de oro. Con ella empecé a platicar. Paciente, me enseñó varios cuadernos, aunque no encontré uno idéntico al mío —el cuicuitzcatl—, compré cuatro de tapas negras, de distintos tamaños. Como no tenían el modelo que buscaba empezamos a hablar de los cuadernos. La ancianita intervino: “Es que estos cuadernos son de muy buena calidad, están cosidos, hechos a mano, como los hacían antes, en mi tiempo. Yo por eso los compro. Pero les perdí la ruta, señorita, los dueños se murieron y los hijos no siguieron el negocio. En el Estado de México, ahí está la encuadernadora y la familia que los hace. Ahora los nietos han continuado el negocio y yo les hago un pedido cada seis meses. Pero no son como otras

marcas que tienen una fábrica grande y pueden surtir los pedidos de las oficinas y las escuelas, no, señorita, no. Por ejemplo, aquí vino una gente del gobierno y me pidió unas carpetas de piel que yo le compré a un señor del Istmo. Quería cien carpetas para regalarlas a toda su oficina en Navidad. Y pues no, así no funciona. Tengo cinco carpetas porque son las cinco carpetas que puede hacer el señor: las hace a mano. Usted entiende, la gente cree que todo se consigue fácil, que todo se puede comprar, que todo se hace con máquinas modernas, que se hacen muchas piezas de lo mismo, pero todavía hay familias chicas con sus encuadernadoras o personas que hacen cinco carpetas en medio año. Pero estas libretas Ideal no son como las grandes fábricas de cuadernos. Por eso no tengo las libretas rojas que me pide, ahora sólo tengo de las negras, señorita. Le digo que les perdí la ruta, me tomó muchos años volver a contactar a los nietos, ya no diga a los hijos. Los hijos quién sabe a qué se dedicaron y por qué razón no le cogieron cariño a la encuadernadora de su papá, que era un señor muy trabajador y agradable de trato. Pero los nietos retomaron el negocio. Fíjese nada más, eso me hace pensar que mis nietos me quieren más que mis hijos. Aunque una nunca sabe. Le voy a decir algo: los nietos así son, más maleables, son más cercanos, lo quieren más a uno, ¿a poco no? Y ellos son los que siguen haciendo los cuadernos como se hacían en mi tiempo: de la mejor calidad. Mire, están cosidos, los bordes los entintan de rojo, las hojas tienen buen gramaje. Puede escribir con pluma fuente sin que se pase al otro lado de la hoja. Pero la gente de ahora ya no se fija en eso. Ya no ven lo que compran. ¿Verdad, señorita, que sí son buenas las libretas Ideal? Mire, yo a mis clientes de toda la vida les mando a hacer un regalo navideño cada año. ¿Usted fuma? ¿Ya no? Yo nunca fumé, pero para que ponga unos dulces en la sala de su casa le voy a regalar un cenicero de barro negro que hice con el nombre de mi papelería. Espéreme tantito. Mire qué bonito, es para usted."

Luis Felipe me contó en el desayuno que hay un poeta que le dice "amada" a su mujer. Cómo, le pregunté: "Sí, en público, donde sea, así dice: Amada, ¿me pasas el azúcar? O: Amada,

la canastita de pan, por favor.”

Luis Felipe fuma mucho. Esta noche tomamos mezcal, él prendió un cigarro y se me antojó fumar. Yo fumaba mucho antes del accidente. Muchísimo. Empecé a fumar en la universidad. Al principio fumaba poco, uno o dos al día. Un día antes de alucinar que la colcha que me cubría era una planta exótica —con cuarenta grados de fiebre—, ese día fumé una cajetilla. Como casi todos los días antes de ese día, fumaba Marlboro. De pronto se me antoja fumar. Decidí dejarlo porque me pareció un modo de contar mis propias actividades cotidianas sin asociarlas con ese hilo conductor, que, como el hilo de un collar, unió mis veinte. Qué importante poderse concebir de otro modo, aunque cuando veo fumar a mi amigo y la plática se pone así de buena, me dan ganas de volver. Volvería a fumar cuando platico con Luis Felipe.

Llamada perdida de Jonás. Intentaré llamarle de vuelta.

Anoche escuché la lectura de un poeta malo. Al escuchar los soporíferos versos dedicados a su amada me pareció ver cómo un caracol avanzaba del inicio al final de una loseta. Sus palabras eran como una línea larga de baba.

Hay una iglesia en Oaxaca donde está El Santo Niño Mueve Corazones. La cantidad de globos, cartas, milagros y velas, mueve el corazón. Si no hubiera ido con mi amigo, le habría pedido de rodillas que trajera a Jonás de regreso.

Recordé al Santo Niño de las Becas. Podría tener un espacio en alguna iglesia. El Divino Niño que sostiene en su manita izquierda un papel enrollado, el pergamino con las cláusulas de la beca. El Santo Niño tiene una silla minúscula. Podría ofrecer el servicio para vestir al Santo. Ofrecer algunos artículos como un canasto, moisés o cuna. Piañas para que el Divino Niño se mantenga de pie. Capelo, urnas o vitrinas para exhibirlo en caso de obtener la beca. Flores, velas eléctricas, medallas literarias, estampas, litografías, poemarios miniatura, premios estatales, discos, maquetas. O bien,

cualquier otro accesorio manufacturado por artistas mexicanos, de entre 18 y 35 años, que deseen obtener la beca.

El altar y las piezas dedicadas al Niño Divino. Tantos libros. Cortometrajes, películas, puestas en escena. En su colorido rincón de la iglesia hay globos, cartas, piezas, discos, poemarios, fotos de los encuentros, fotos tamaño pasaporte de jóvenes creadores agradecidos. Corre el rumor de que, entre las ofrendas al Niño, hay, dentro de saquitos de terciopelo morado, mariguana y otras drogas.

Regresé de Oaxaca. Hoy tuve que hacer muchas llamadas de trabajo. Agoté mi cantidad de palabras del día. Todo lo que hice este día fue dibujar una espiral al reverso de un ticket mientras hablaba por teléfono no me acuerdo con quién. Nuestra Señora del Silencio me cubre esta noche con su manto blanco.

Dice Jonás que le gustaría regresar pronto, que me extraña. No sé qué decirle, yo aquí estoy. Me surge la duda, ¿cómo regresa? ¿Ha cambiado algo en él? ¿Sigue buscando algo sobre su madre que no ha encontrado? ¿Encontrará eso que busca? Por eso el viaje es largo, no encuentra sosiego. ¿Y qué si regresa a la desolación que originó su viaje? Su vida se ha detenido. La pérdida, la despedida, la muerte de su mamá, son sus temas. También de forma indirecta: todo lo que hace, todo a lo que ahora teme, está relacionado con lo mismo. ¿Qué puedo hacer yo? Nada, claro. Pero me gusta pensar que puedo hacer algo por él. Tenerle confianza, estar con él, acompañarlo. Me gustaría darle lo que necesita del modo en el que lo necesita. Es por eso que aquí estoy.

A veces me da miedo. Me pregunto qué va a pasar cuando Jonás regrese de viaje. A veces temo que cuando regrese esto se termine, pero yo le tengo miedo a los finales en general. Es una secuela del accidente. A veces me da miedo que se acabe el día y a veces creo que cuando regrese de viaje iniciará una nueva y buena etapa entre nosotros. Igual yo estoy aquí, con todo el peso me aventé y no hay vuelta atrás. Como en *Wild is*

the Wind, voy contigo a donde sea.

Me gustaría ser golondrina para ir a visitar al enano, platicar con él. En realidad, me gustaría poder tocar la puerta de ese hombre que me intriga, tomar unos tragos, conversar largamente sin ver el reloj. Estoy segura de que tendríamos una buena charla. ¿Qué opinaría el enano de mi espera?

El nido de una golondrina tiene la forma de una taza, leo en Internet. Voy por mi taza de café para seguir leyendo ese texto: "La canción de la golondrina es un gorjeo alegre que a menudo termina en un *su-seer* en el que la segunda nota es más alta que la primera. Los llamados incluyen un *witt* o un *witt-witt* o un fuerte *splee-plink* cuando están exaltados o cuando intentan ahuyentar depredadores de las cercanías de su nido."

Cuando regrese Jonás, no sé si cantará un *wittwitt* o un fuerte *splee-plink*. Depende lo tanto que peligre su idea del nido. Y ahí está el meollo: el nido según Jonás está con su madre, por ahora. O con la idea de la madre. No aquí, conmigo, en este departamento que es también suyo. Por eso está de viaje.

Sigue: "La golondrina común fue descrita por Carlos Linneo en 1758 en la décima edición de su obra *Systema naturae* con el nombre científico de *Hirundo rustica*. *Hirundo* significa golondrina en latín; *rustĭcus*, del campo." Yo te amo, Jonás, soy campestre. La golondrina es un ave chica, migratoria. Si quieres quedarte en España, puedo ir. Si quieres que estemos separados más tiempo, también puede ser. Pero quiero que sepas que me encantas.

Leo que las golondrinas cantan individualmente y en coro. Las golondrinas comunes se reproducen generalmente entre mayo y agosto, pero podemos hacer una excepción ahora que es diciembre, Jonás. Y mira esto: "El éxito reproductivo está relacionado con la longitud de la cola del macho." A mí me gusta cuando Jonás toca el piano de cola en casa de su familia.

“La golondrina simboliza la llegada de la primavera y el amor en *Pervigilium veneris*.” Ah, cómo me gusta la Wikipedia. Lamento mucho que en mis tiempos de estudiante me tocara hacer tareas en la biblioteca, entre fotocopias, libros, fichas y marcadores fosforescentes. El tipo de datos que me gustan ahí están, todos los colores a la vez. Internet es como una máquina de chicles y me acaba de salir uno azul, mi color favorito: “La golondrina común es el ave nacional de Estonia.”

Si este departamento donde vivimos es del tamaño de una isla pequeña, podemos tener un ave regional. Leo que las golondrinas son un símbolo de lealtad, que eligen una pareja de por vida.

12

Llamada larga con Jonás. Es viernes por la noche, estoy en pantuflas, recién regué las plantas. Me echo en el sillón. El gato está aquí echado, ronroneando, con su minúscula alma también en pantuflas. Ah, cómo me gusta pasar un viernes en la noche así. Me gustaría poner música, pero el gato acaba de quedarse dormido. No me atrevo a despertarlo. El gato dormido, esa dictadura doméstica.

Me pregunto si Jonás se habrá acostado con alguien. ¿O será que mientras escribo una francesa se quita la liga del pelo y la deja al lado del reloj de Jonás? ¿Una española prende un cigarro después de acostarse con él? Mejor me detengo, me produce una terrible ansiedad. Me gustan las preguntas, pero no todas.

El reloj antiguo, el reloj de cuerda que su padre le regaló. El reloj que perteneció al abuelo, el padre de su padre. Jonás se lo quita todas las noches antes de dormir. Echo de menos la presencia de ese reloj en el buró al lado de la cama.

Vi a Carolina, cada vez con la panza más grande. Julia llamó desde Canadá, fue a un festival de cine. Está contenta porque después de una junta se compró una guitarra nueva. Tania llamó, dijo que los libros con la letra muy chica la hacen sentir como en una caminadora, en pants, con la sensación de no avanzar en la lectura: “Es terrible, nomás no avanzas”. Julia dijo que le urgía regresar, tomar algo, platicar. Carolina dijo que Lila estuvo muy inquieta durante la tarde, pero a mí no me tocó sentir sus patadas.

Comí con Philippe y Luis Felipe. Me di cuenta de que Philippe

es el culpable de que Vila-Matas haya llegado a Emmanuel Bove, y, por lo tanto, de que yo haya pasado mucho tiempo buscando un ejemplar de *Mis amigos*, mencionado en su libro dedicado a Robert Walser, uno de mis escritores consentidos. Ah, qué bueno es cuando un libro te lleva a otro. Una novela que he buscado durante mucho tiempo, con ánimos de detective salvaje. En la Biblioteca Central de la UNAM había una copia de otro título de Bove. Es su última novela, pero a mí me gusta más *Mes amies*, la primera, dijo Philippe. Tengo la última novela de Bove fotocopiada en el librero, una especie de adopción entre sus hermanos salidos de imprenta.

Si yo escribiera sobre mis amigos, le dedicaría un capítulo a Tania, Julia, Carolina, Guillermo, Tepepunk, Antonio y Luis Felipe. Jonás aparecería también. Me gustaría escribir una novela que se titulara *Mis amigos*. El capítulo dedicado a Luis Felipe podría ser una larga conversación sentimental entre mezcales y cigarros, con los versos y fragmentos que vienen a la plática en forma de autoayuda. El capítulo podría terminar en la madrugada, en un karaoke, los dos abrazados, cantando pop. En el capítulo dedicado a Tepepunk, podría elegir cinco, seis correos en los que cuenta sobre sus días en Tokio, la ciudad tal como la va descubriendo con Nina. Las constantes comparaciones con el DF desde su punto de vista. Alternaría el texto con las fotografías que me envía de sus paseos. Podría incluir la que me envió hace poco, con esta nota: "¿Puedes creer que me robé estos lentes 3D de un museo sin darme cuenta? Me salí con los lentes puestos, como si nada, muy campante". En el capítulo dedicado a Guillermo, podría elegir una noche larga en una cantina, su sentido del humor sería el imán de las historias que serían como limaduras de hierro, una larga plática que terminaría antes de que saliera el sol. Caminaríamos por un parque, Guillermo platicaría con un barrendero, abrazaría al barrendero al final del capítulo. Me parece que las hijas de Antonio podrían hacer un buen retrato de su padre. Podría ser un diálogo entre sus hijas. La novela sobre mis amigos sería una carta de amor. Haría un perfil del carácter de cada uno. Ahora que lo pienso, no sé bien cómo hablaría de Jonás si una de las cosas que descubrí con él fue justamente lo que me separa de mis amigos. Y lo que me hace

más cercana a él que a cualquier otra persona.

No es que las cosas no hayan funcionado con Ernesto. Fueron años buenos para los dos. Vivir juntos fue una de las mejores cosas que me ha pasado. Yo siempre lo voy a querer. La pérdida de su padre fue mía también. Pero creo que uno está orillado a tomar el mejor lado de la desdicha. El accidente fue poco tiempo después de nuestra separación, al poco tiempo conocí a Jonás. Para entonces había un antes y después. Un ecuador, una especie de línea fantasma. Quizás después, en el pozo, encontré una potencia, una fuerza. Y la forma de relacionarnos con todo, especialmente en el amor, cambia después de haber tocado fondo.

Si este cuaderno tuviera un final ideal terminaría con un viaje a la playa con Jonás. En las últimas líneas me transformaría en golondrina, lo que he escrito se transformaría en una canción y este cuaderno emprendería su vuelo propio. A Jonás comenzarían a brotarle plumas de los brazos, sus pies dejarían de tocar la arena y comenzaría a volar. Alcanzaríamos a ver nuestras sombras en el agua y juntos sostendríamos un listón en el aire que rezaría FIN.

Pero no, aún no es el final. Y todo esto es demasiado largo para convertirse en una canción. Jonás no ha vuelto, esta es una espera y yo soy Penélope. Tejo, destejo, vuelvo a tejer para luego destejer. ¿Algún día se deja de esperar? ¿Hay alguien que no espere nada?

Todos esperamos algo.

No hay nada como escribir un sábado a mediodía en pantuflas. Es un estado cercano a la felicidad. Sería completamente feliz si estuviera tomando café y fumando. Es necesario que unos pasos nos separen de la felicidad. Lo efímero del estado, la euforia insostenible. La felicidad tiene un tono agudo. Más o menos como la voz de una mujer que habla agudo, escandalosamente. Qué bueno que dejé de fumar, mis pantuflas me confortan. Mis pantuflas son mi estado de ánimo, la materialización de mi alma

Soñé que me acostaba con un desconocido. Me desperté sin comprender por qué carajos me había ido con él. Como si mi vida onírica fuera un adolescente que se escapa de la casa. ¿Quién es ese con el que me acosté? Que lo sepa aquí, prefiero a Jonás.

Hago algunas preguntas sobre el futuro, Tepe-punk me responde desde Tokio: “En el futuro hay un cuervo color chapopote que anticipa el alba con gran alharaca desde un poste de luz. Su poste de luz. Por fin el otoño ha llegado con sus ráfagas color ocre. La verdad que es muy lindo ver cómo se van tostando las hojas conforme la temperatura desciende, y poco a poco una alfombra crujiente cubre las grandes avenidas. No quiero sonar cursi, pero en estos momentos reflexiono sobre el sentido de las estaciones, la relevancia de los tiempos. El cambio, las etapas y movimientos. También me hace pensar en la repetición y los ciclos. Las cosas nunca han de ser las mismas y, sin embargo ese eterno retorno, tan estereotipado, marca un ritmo en las variaciones que dan orden a nuestra experiencia de vivir. Aquí las estaciones son evidentes; indicios de lo que se fue y de lo que viene. Pero no son sólo paisajes hermosos, el presente es, justo como su nombre lo indica, un regalo. No implica pérdida o añoranza. Es simplemente un presente, un regalo, un tiempo sin ataduras y que es totalmente nuestro para disponer de él y hacer con él lo que nos plazca. Hay días en los que me siento desconcertado por el futuro y su sinfín de luces y estridencias. Las tiendas son los mejores museos, las mejores galerías y los vestidos de Miyake o Yamamoto son verdaderas piezas de arte. Por si fuera poco, todas las tiendas que visito tienen la misma música que escuchamos en casa. ¿Será que somos viejos? ¿Adultos contemporáneos? ¿O simplemente quiere decir que tenemos gustos comerciales? Quizás cuando seamos viejos escuchemos la misma música que hay en las salas de espera en cualquier lugar del mundo.”

Mi cuaderno es mi sala de espera. Escribo con música de fondo. Quizás debería hacer una selección musical imperceptible como papel tapiz, hacer de todo esto una auténtica sala de espera. Quizá poner en este párrafo unas

cuantas revistas de sociales, con las páginas tiesas, onduladas. Una revista de negocios sin portada, una de chismes de hace algunos años. Tantas personas han hojeado estas revistas. Quizás la vida se parece más a la sala de espera que al consultorio del médico.

La otra vez lo platicamos, Jonás. Si las palabras tienen el comportamiento de los animales, las historias se pueden dividir en distintos reinos. Quizá los cuadernos algo tienen de mariposas disecadas. Recuerdo que en la sala de espera del dentista al que iba cuando niña había un cuadro con mariposas disecadas. Un marco, un cristal, que protegía mariposas de distintos tamaños y colores. La sala de espera concentra todo lo inútil. Todo lo que hacemos para perder el tiempo. La parafernalia de lo inútil, el tiempo perdido.

¿Se puede perder el tiempo?

Un promedio de 41 muertes diarias en México. En los días más rojos, 69 muertes. 69 nombres. 69 historias. ¿Cuántos huérfanos, cuántas parejas, cuántos familiares? Los amigos de cada uno de ellos. El luto de cada uno. Las implicaciones de la pérdida en su vida diaria. Los efectos, los temores que desata. 69 historias diarias que van, corriendo en estampida, levantando nubes de polvo, al reino rojo. Mientras tanto, un político le cuenta a sus hijos —mientras cenan cereal en la cocina— que tuvo un día de trabajo arduo. La historia de ese político, una de esas historias pertenecientes al reino de los insectos.

Este es un país que espera. Espera tranquilidad en la calle, tranquilidad en el trabajo, tranquilidad a la hora de dormir. Aquí se espera seguridad, ¿es mucho pedir?

¿Esperar? ¿Esperar qué, compadre?

¿Qué esperamos, compadre?

¿Qué, compadre?

Le pregunto que qué esperamos.

Pero si eso es lo que yo le pregunté, compadre.

No se haga, eso se lo pregunté yo, compadre.

Esperaba salir de ahí lo antes posible. En la primera etapa de la recuperación un tubo me impedía hablar. Escribía en una libretita para comunicar cosas sencillas como: “Cuéntame tu día, anda”. Durante un par de semanas no pude hablar. Una de mis pocas decisiones fue prohibir que encendieran la televisión. No quería ver noticias, series, nada de eso. Quería saber cómo estaban, qué habían hecho las personas que pasaban tiempo conmigo. Así que todo lo que podía hacer era escuchar, pensar y escribir escuetas notas que querían interactuar. Físicamente no podía leer, tampoco quería, ni me interesaba leer. A la mierda con todo eso. Durante esos días me parecía que, a pesar de haber leído y escrito, pasaba por la experiencia de lenguaje más hermosa. Una relación que volvía a comenzar. Cumplir treinta años, nunca cuestionarlo, y de pronto, ahí, de frente: las palabras en el esplendor de su cotidianidad, que sirven para cantar una canción de Shakira, que son para que alguien te cuente su día. Las palabras ahí, para escuchar, cantar y contar. Escuchar, ese lazo que me ataba a ellos y a todo. Contar, ese lazo que nos ata.

Te cuento que hoy fui al súper, Jonás. Descontinuaron la granola que tanto te gusta. Así es, me lo confirmó el gerente. Aproveché para probar un producto nuevo. Compré una granola local, con un empaque llamativo. Se ve muy sabrosa.

Esta noche Guillermo vino con una caja de zapatos a leerme un fragmento de una novela que escribe en fichas. Tomamos cervezas y hablamos de un escritor que se autopromociona cada vez que tiene oportunidad. Llega a niveles muy cómicos. Nos divertimos comentando algunas de sus recientes anécdotas. Acordamos que lo único que le falta es autoentrevistarse y abrazarse al final.

Son las 8:30 am. Leí el empaque de la granola nueva. Es terrible, Jonás, una mujer narra su historia, en primera persona, de por qué empezó a hacerla en su casa. Lleva el

nombre de su hijo desaparecido en esta llamada Guerra inútil. Una madre busca recaudar fondos, haciendo granola casera, para financiar una investigación privada. Me sentí impotente, se me quitó el hambre. ¿Qué mierda pasa aquí?

Son las 11:00 am y Guillermo me envía un correo titulado "Vamos a ponerle nombre al hipopótamo enano", seguido de esta nota: "El zoológico Lowry Park ha organizado un concurso para ponerle nombre a un ejemplar de un hipopótamo pigmeo y que como su nombre lo indica es mucho menor que el hipopótamo común. Pesa 4.5 kilogramos y mide 50 centímetros. Se calcula que sólo quedan unos tres mil ejemplares salvajes en todo el mundo. Por el momento, el zoológico baraja nombres para este hipopótamo pigmeo, aunque ahora el que más éxito tiene es Bolita de grasa."

Juan José Arreola dice que los hipopótamos son como jubilados. Siempre tranquilos, en el pantano, masticando, con la cámara colgando del cuello, en bermudas. Guillermo propone ponerle Roberto al jubilado pigmeo.

¿Por qué la inclinación de la naturaleza de hacer lo mismo a distintas escalas? Si hay una media, sus variaciones, las escalas altas, bajas, todas distintas entre sí. Entre más lejanas de la norma, más desajustadas.

Lo enano. Lo pequeño. Lo chico en relación a la norma. Lo insignificante. Lo que tiene otras dimensiones. Curiosamente, las historias que más me gustan están compuestas por pequeñeces. Detalles. Nimiedades. En estos tiempos se mira lo grande. Los grandes temas, las ventas gordas, el éxito. Las luces, las entrevistas, los flashes. Lo célebre. La importancia según la fama. Quizás lo subversivo es lo pequeño. Lo que vive a una modesta escala de la norma. Quizás el héroe de nuestro tiempo es el enano.

En ese viaje corto al norte, conversé con la chica que preparaba un capítulo de su tesis sobre Alberich. En la mitología nórdica los enanos eran los creadores de los artificios. El origen del arte, nada más y nada menos, dijo

sonriente.

Lo pequeño como bastión de lo grande. Quizás así se puede cambiar algo. Sobre todo, en este país.

Me gustaría ir al mar. Me gustaría que las rayas azules de este cuaderno rompieran, de pronto, como olas. Poder escuchar las olas al abrir el cuaderno, como si fuera una caja musical.

13

Esta mañana pasé al lado de una cafetería. Imaginé que Pessoa podría pedir cinco bebidas distintas para cada uno de sus heterónimos. La señorita apuntaría con un plumón los distintos nombres y especificaciones en cada vaso. Eso pensé hoy. Supongo que hay quienes hicieron cosas de mayor provecho en esa misma cafetería. Gente con sus computadoras, gente conversando. Cerrando ediciones, haciendo tarea, hablando de trabajo. Una mujer con el pelo mojado mandando mensajes por celular, moviendo, seguramente, los hilos de una oficina.

Lo útil. El trabajo útil, los pensamientos útiles, las frases útiles. Las historias en las que todo pasa. Una sociedad que se hinca ante los verbos. La célebre utilidad. La búsqueda de lo útil. El viejo cuento de separar el trigo de la paja. Si todo se divide en dos, yo soy del bando de la paja. Ah, huele tan bien.

Escribo esto a mano, pero me pregunto si las tipografías son inclinaciones del carácter. Si la Times New Roman dice algo de quien la usa, si la Comic Sans habla de quien la eligió. De pronto me parece que muchas cosas entran en esos campos semánticos que son las tipografías y que las elegimos porque en algo se parecen a nosotros.

Jonás escribe con Georgia, a mí me gusta la Garamond. Sin razones de fondo, me parecen tipografías afines, como la música que escuchamos. Estar en la casa eso tiene de bueno, nos gustan más o menos las mismas cosas. Para preparar algo de comer voy a escuchar música tipo Georgia.

Escuchar música tiene el poder de disolver la tensión. Me

pregunto si esto aplica también en la política, si la música puede disolver todo tipo de tensión.

La desdicha, las dificultades, los obstáculos tienen un valor. Los tiempos difíciles obligan a ver adentro. A escuchar, a observar. La adversidad se puede transformar en fuerza. Me pregunto si esto aplica también en la política, si el desastre se puede transformar en fuerza social.

Fui cenar al restaurante japonés con Carolina. Vi a una enana comiendo con un hombre. Le sonreí.

Esta noche caminé por el parque con Luis Felipe. Es tan bueno hablar con él. En su opinión, Jonás se empeña en ser "el buen hijo", luego de la muerte de su madre.

Desearía haber conocido a Jonás en otro momento. El duelo tiene un protagonista y muchos personajes secundarios. El protagonista es el que sufre, como Jonás. En el fondo se cree incomprendido. Algo comparte con su hermana, algo comparte con su padre, pero algo, que no sabe cómo expresar, lo aparta de todos. Es protagonista, soy secundaria. Por eso su vuelta se posterga.

A veces me pregunto si estar conmigo es para Jonás una suerte de traición a su madre. En un nivel básico, quizás no es descabellado pensar así. Si esto es verdad, eso explica por qué posterga su vuelta. No lo sé. Igual aquí estoy, Jonás, y quizás pienso todo esto como un gato que se enreda con un estambre.

En lugar del estambre, mejor tomaré una pelota. La consistencia de lo que rebota: una de mis historias favoritas es la del primer escrito. En *Las metamorfosis* de Ovidio está la primera escritora y el primer escrito. lo es la hija del río Inaco. Juno convierte a lo en una hermosa vaca blanca. Cuando se quiere quejar con Argos —quien la vigila con sus cien ojos—, apenas muge. Se aterroriza de su propia voz: un mugido. Se da cuenta de que no puede hablar. No puede comunicarse con su padre, el río Inaco. En vez de palabras

explica con letras, que su pie traza en la arena, la transformación de su cuerpo. El padre descubre que se trata de su hija y se lamenta.

Lo primero que se escribe es un lamento. La primera escritora escribe el lamento de su transformación. Lo primero se escribe en la arena, al lado de un río; palabras que se desdibujan, que no quedan fijadas. Ío, una mujer transformada en vaca, escribe su desdicha. lo es también, como en italiano, "yo". La primera persona. La primera persona escribió una desdicha. Con un quejido femenino, así es como comienza la escritura.

Antes que Cervantes, la primera novela la escribió una mujer en Japón en el siglo X. Un quejido en japonés cuando el chino era el idioma alto, eso hizo Murasaki. *La historia de Genji* es la primera novela. El amor en tiempos de Genji puede transformar el amor hoy. Sor Juana también escribió en esa extraña y recién estrenada lengua de la Nueva España. lo escribió por primera vez en la arena. Tres mujeres transformaron la palabra.

Si tuviera un programa de radio en AM, hablaría más de ellas. Si tuviera un programa por la madrugada, leería algo de ellas. Tania dijo que podríamos tener un programa de radio, en esa amplitud modulada que hace que no se transmitan nítidamente las palabras, presentaríamos algunas canciones, haríamos largas llamadas al aire. Poca música, pero sólo canciones de amor, como la que tarareo ahora, amigas.

Estoy tan a gusto que voy por un libro. Ya regresé, nada menos que con Pequeña Flor, la mujer más pequeña del mundo, en el cuento de Clarice Lispector: "En el Congo Central descubrió realmente a los pigmeos más pequeños del mundo. Y —como una caja dentro de una caja dentro de una caja— entre los menores pigmeos del mundo estaba el menor de los menores pigmeos del mundo, obedeciendo tal vez la necesidad que a veces tiene la naturaleza de excederse a sí misma."

Hoy vi a la misma enana caminando en la calle, la vi entrar a una farmacia. La misma que el otro día comía en el restaurante japonés. Me llamó la atención su vestido floreado. Un aire muy femenino. Un escote discreto, pero que dejaba ver el cuello, el inicio de sus pechos. El corte la contorneaba bien, se veía muy guapa. Un vestido de mujer pero de un tamaño chico, ¿infantil?

De niña nunca quise un perro, me gustaban los gatos. Recuerdo que esperé mucho tiempo antes de que me dejaran tener un gato en la casa. Tuve que esperar a que se pusieran de acuerdo, a que mi hermano aceptara, a que nos permitieran adoptar uno en la veterinaria. Pasó tanto tiempo antes de eso que, para cuando llegó, ya tenía una lista de los nombres. Mi primer gato tuvo tres nombres.

Parece que siempre esperamos algo. Por chico que sea, por nimio que parezca. Una espera siempre. Esa zanahoria que está adelante. Y los nombres listos por si llega. Si es que llega.

Mientras espero, quizás Jonás, como el enano, ha dejado de parecerse a Jonás. Quizás ahora es una idea. Un ideal. Lo que ellos son para mí, como lo que todo esto es para mí.

La espera. Nunca empieza, nunca termina. Nunca se llega. Se llega a un lugar, se llega a Lisboa, pero no a una conclusión o se llega, en todo caso, a este verso: “Todo es verdad y camino”.

Todo comienza cuando algo más ya comenzó. Mi nombre y mi historia no empiezan con mi nacimiento. Una historia no se acaba con la muerte ni con la despedida. Quedan los otros, los de antes, los que siguen, los de ahora. Como Jonás, como yo, que nos encontramos en el camino, al final de una cosa, al inicio de otra.

Como yo ahora que espero a que Jonás regrese de viaje. Aún así, aunque regrese, quizás siga de viaje. Es claro que Caronte no se lleva sólo al elegido, por cada viaje al Hades varios aviones despegan en el aeropuerto. Ese viaje para ir en busca

de alguien, de algo que ya no está. O ese viaje sin volar. Como este de aquí, en la silla.

Me pregunto cómo serán los planetitas a los que viaja el gato mientras duerme. Como una caja dentro de una caja dentro de una caja, ¿a dónde viaja el gato?

Viviría contigo en cualquiera de esos nueve planetitas, Jonás. El gato negro podría ser el emperador del planetita. En ese planetita, habría un jardín de cuarzos de distintos tamaños, de distintos tonos de verde, con un pequeño lago congelado azul pálido, al que nos gustaría ir. El emperador Gato se enteraría de que nos gusta caminar entre los enormes cuarzos —ese gato negro que nos vigila desde su trono—, se lamería una pata y la flexionaría para ordenar su cierre. Es mío, diría a sus súbitos. Nadie más se paseará entre mis cuarzos, les ordenaría. Acataríamos las órdenes en su reino, como las acatamos en la casa. Buscaríamos otro lugar que no tendría cuarzos de distintos tamaños, de distintos tonos de verde, con un pequeño lago congelado azul pálido, pero sería un lugar al que nos gustaría ir en el planetita al que quizás viaja el gato mientras duerme.

Quizás podría decirse de otra forma, pero si no hay persona ideal tampoco hay palabras ideales. De modo que no hay historia ideal.

14

Ernesto me escribió, me invita a comer. Nada extraño, aunque nos vemos poco. Lo único verdaderamente extraño que pasó hoy fue que mi dona se movió del plato. No sé qué efecto, qué trampa óptica o qué ley física lo permitió, pero eso pasó: la dona se deslizó en el plato. Me pregunto si en uno de los planetitas a los que viaja el gato cuando duerme ocurren este tipo de cosas, algo así como un planetita en el que las cosas se mueven por voluntad propia. En las leyes de ese planetita, este cuaderno levitaría ahora. En uno de esos planetitas los objetos tendrían voluntad propia. Los objetos tendrían voz.

Llamada larga con mi hermano. Dijo que le gustaría tener un gato, como no puede porque su novia es alérgica, se fue por la lateral: "Y si tuvieras siete vidas, ¿qué escogerías ser? Quiero que sepas que si tuviera siete vidas las repartiría en siete meses, un mes para cada personaje. Primero sería un chamán chiapaneco, ¿te imaginas? También sería un vendedor de sombreros, un cantante *country* en Kansas —tengo una camisa de franela de cuadros que me serviría mucho—, un adolescente en Tokio —tendría muchos amigos, hermana, no sabes, sería un *crack* en la patineta—, también un niño en alguna playa de Michoacán —preferentemente con un coco con popote, sobre una mesa de plástico—, un mago de fiesta infantil en Buenos Aires, un viejo escocés al que nadie entendería del todo al hablar y un vendedor de café en el mercado de Oaxaca. ¿Has olido el café recién molido en ese mercado? ¿No sería increíble? No creas, hermana, quiero ir pronto a México. ¿Te diste cuenta de que escogí varios personajes en México?"

El gato en este momento tiene una lucha épica contra el

alambrito del pan. Me parece que, adaptando a Kafka para gatos, en el combate entre el alambrito y el gato, hay que ponerse del lado del alambrito.

Las últimas entradas las he escrito acostada en la cama. Me pregunto si esta posición propicia frases distintas a las que se escriben en una silla o de pie o en un taxi o en un autobús o caminando. En cualquier caso, me falta escribir sonámbula.

Proust escribía acostado. El gato negro rara vez está en otra posición. Quizás los planetitas a los que viaja el gato cuando duerme están dentro de la Galaxia Proust.

Ocurrió algo en la calle. Al mediodía caminaba por la banqueta. En el semáforo, un taxista insultó a una mujer que le impedía dar una vuelta prohibida. Hija de tu puta madre, le gritó el taxista a la mujer. La mujer apagó el motor de su camioneta, miró al taxista, bajó furiosa. Le dijo al hombre: "Para tu información, mi madre murió hace poco y fue muy triste para mí y para mis hermanos, así que te exijo respeto. Además, a una mujer no le hablas así. Tal vez no tuviste una madre, porque en la casa es donde te enseñan buenos modales. ¿Por qué me insultaste?, ¿para dar una vuelta que está prohibida? ¿No tienes esposa? ¿Hijas? Seguramente no tratas con mujeres, porque tendrías educación." Cuando terminó de hablar, dos o tres le aplaudieron a destiempo. Para entonces, varios curiosos estábamos cerca, entre ellos, un policía regordete de una farmacia, que fue el primero en aplaudir. La mujer volvió a su camioneta, un hombre le preguntó si quería que golpeara al taxista que la ofendió, ella cerró la puerta, como despidiéndose del público. Un conductor tocó el claxon como ovacionando a la mujer.

No todos somos padres, pero todos somos hijos. Quizás esa obviedad animó la empatía general con la mujer. Quizás también por su coraje y elocuencia. Y qué pasaría si cada vez que alguien ofende a una mujer, respondiera más o menos como ella.

Me pregunto si el lugar en el que estamos con relación a

nuestros padres marca nuestro carácter. Si esa mujer, si ese taxista, o si Jonás o yo somos lo que somos, por el punto en el que estamos con relación a nuestros padres. Como si los miembros de una familia formáramos una figura, una forma simple, como un rectángulo, una cruz o un círculo. Y formamos esa figura sólo porque estamos en relación a otros. También me pregunto si los insultos del taxista, su intento por dar la vuelta prohibida, son muestra de algo más grande en este país. Como si una enorme ballena nadara en las profundidades del mar, mientras en la superficie apenas revienta una burbuja, como esa escena en la calle.

El problema de este lugar. ¿Cuál es el problema en este lugar? No hay un verbo que lo pueda resumir. Son muchos. Varios de esos verbos copan la prensa a diario. Aunque no les corresponda, insisten, los verbos, en iniciar el titular. Incluso se contorsionan los verbos, como en un circo, sobre una cuerda floja, para protagonizar el titular en el periódico.

¿No es interesante el papel de los verbos? Los verbos que marcan la acción, lo que pasa aquí y ahora. Los verbos tienen la función de las manecillas del reloj, son la hora exacta en las frases. En cambio, esperar, como el reloj en el consultorio del dentista, podría tener el minutero detenido o el segundero tartamudo. La espera inutiliza los verbos. Sin verbos las frases, como cortarle los hilos al títere. Nada se mueve. Al contrario. En la espera algo se detiene: los verbos son como objetos decorativos. Y el verbo esperar en mucho se parece a un sofá. Ah, tan pachones sus cojines grandes.

Compré un limpiapisos que se llama Poet. Hoy limpié la cocina con Poet. El departamento huele bien, aunque demasiado dulce. Me parece un buen concepto de la poesía cuando se trata de limpiar, pero si el detergente y el poeta comparten la misma idea, algo está jodido. Mi madre, por ejemplo, no compraría un limpiador que se llame Poet, es probable que un producto llamado Acción le parezca más atractivo. La palabra Poet le debe parecer estorbosa, como un mueble heredado que, de ser por ella, habría tirado a la basura hace mucho tiempo por inservible. Mi madre se habría

desecho de la poesía como cada verano se deshacía de las cosas que le parecían inservibles en el clóset que compartíamos mi hermano y yo. La elección de productos de limpieza muestra lo que nos diferencia. Yo compré Poet, olor a flores del campo, porque me pareció encontrar la síntesis de lo que más detesto de la poesía.

Larga plática del limpiapisos Poet con Luis Felipe. Me leyó algunos versos que, en su opinión, avivan el género del limpiapisos. Este tipo es como un testigo de Jehová de la rima, dijo. Llegamos al punto en el que su risa empezó a darme risa. Antes de colgar, le dije que lo quiero.

Me parece que las llamadas telefónicas con mis amigos las termino con un toque de Poet.

Insomnio. Para frenar las vueltas fui por el cuaderno. No fue fácil encontrarlo. No sé cómo se movió de la mesa en la que creí dejarlo. ¿Lo habrá movido el gato desde uno de los planetitas a los que viaja cuando duerme? ¿Habrá ganado el mismo poder que la dona que se deslizó en el plato? Estaba en el borde del sillón, adentro, donde también encontré un calcetín de Jonás. Y quizás con el efecto del cráneo de Hamlet, con el calcetín en la mano pensé que Jonás, aunque regrese de viaje, no va a regresar. A veces me canso de esperar. ¿Qué espero? ¿Espero a que Jonás regrese a la casa o espero a que Jonás me comparta lo que le pasa? Su viaje a España me ha llevado a otro viaje. Veinte mil leguas al fondo del cuaderno, este viaje que hago sentada mientras Jonás está de viaje.

Esta noche no me caes bien, Jonás. Mejor que hoy no estés aquí en la casa. Si estuvieras aquí, me dormiría en el sofá. Me peleo contigo aunque no estés. Es más, me quedo en el sofá.

¿Dije ya que mi cuaderno es, entre otras cosas, ideal porque me sirve de posavasos? Mientras escribo esto tuve que poner mi taza mañanera de café en la mesa. Como es de madera se marcan unos círculos opacos. Hay varios círculos como fantasmas de otras veces, de otras tazas.

Si cierro el cuaderno y le pongo mi taza caliente cumplirá con uno de sus múltiples trabajos. El cuaderno en algo se parece al *freelance*. Así que dejaré de escribir, idealmente este cuaderno hará gala de todas sus funciones.

Esta tarde, después de una comida familiar, fui a caminar. Entre la calle de Londres y Lisboa —esa misteriosa intersección en la que me pareció encontrar a mi abuelo y a mi hermano— está el Museo de Cera. Esa coordenada da como resultado un lugar desconcertante, un museo que no tiene nada de museo, que es más bien un culto a la celebridad. Entre las célebres figuras de cera, encontré a Blancanieves y los siete enanos. Los enanos me llegaban a la altura de la rodilla. Me desilusionaron, parecen demasiado enanos. En la sala de arte me saqué una foto con Lautrec. De la misma estatura que el enano de la cuadra, pero menos elegante.

Tania me habló de Catalina, una coleccionista italiana de arte que vive en la Condesa. Llegó al DF en los setenta, aparentemente tiene un castillo en Italia, un departamento en Nueva York y otras propiedades, pero la casona de la Condesa es su base. Se casó con un artista mexicano que murió en los ochenta. Decidió quedarse en México. Tiene, sobre todo, dijo Tania, mucho dinero y una colección ecléctica, con una línea que apoya a los jóvenes. Se rumora que es de estatura baja, en parte porque se encogió con la edad y en parte porque es producto del incesto entre dos aristócratas italianos: “Pero yo creo que ese rasgo le da personalidad. Aparte es una cabrona, está sentada en su sillón tipo Luis XV —los pies no le llegan al piso—, de pronto da un salto a la mitad de una frase, toca una campanita, llega una sirvienta que te abre la puerta. Ya me hartaste, te dice en la cara, y la sirvienta te encamina a la puerta. Tiene el espíritu de Alejandro Magno, ¿me entiendes?” Tengo ganas de conocer a Catalina.

Me quedó un tic psicológico. De pronto me da miedo la muerte. De pronto me da miedo acostarme, dormir y que todo acabe. Me da miedo el final. De pronto me da miedo la oscuridad. Así, sin canciones de Shakira que me despierten.

Me gusta tanto estar aquí que no quiero que se acabe. Llegará el momento, pero me gusta estar aquí. Aquí quiero estar. Más que eso, me encanta. No quiero saber cuándo llega el final y tampoco quiero saber qué sigue mañana porque me encanta estar aquí, ahora. Es curioso, cuando lo veo así de claro es cuando pierdo miedo, porque es esto, esto de aquí, este instante, esto que ocurre ahora, y que se empieza a desvanecer al escribir cualquier cosa, y que por suerte sigue esto, y luego esto, y luego este otro momento tan lleno de vida como este.

A veces canto mientras lavo los platos. A veces bailo mientras cocino o en la sala bailo mientras barro. Si pongo música fácilmente me pongo a cantar en la sala. Momento de subirle a esta canción, es buenísima.

En la calle vi a un niño con una camiseta de Pinocho. Me acordé de la vez que hablamos del origen de nuestros nombres en el restaurante japonés. Me contaste que viste *Pinocho* con Marina y tu mamá en un cine que ya no existe —el que tenía fachada de castillo, al que también nos llevaban a mi hermano y a mí, ese que demolieron para construir un centro comercial—. Y me acuerdo que me contaste que a tu mamá le gustaba la historia bíblica de tu nombre. Pero qué horror, dijiste, quedar atrapado adentro de un gran pez.

¿El duelo es como estar atrapado dentro de un gran pez?

Leamos la Biblia como si fuera el horóscopo de los nombres. Veamos, veamos. Yahvé le habla a Jonás, le pide que vaya a Nínive, una gran ciudad, para anunciar la destrucción. Jonás no quiere ir. Huye, en cambio. Quiere ir a Tarsis en lugar de ir a Nínive para huir de Yahvé. Se sube a un barco para ir lejos. Tarsis está lejos, es el confín del mundo. Jonás, en el barco, quiere huir lo más lejos posible, Tarsis le parece un buen lugar para escapar. Pero Yahvé desencadena una tempestad en el mar, tan violenta que el barco amenaza con hundirse. Jonás duerme profundamente, los marineros están asustados. Entre la tormenta y el balanceo del barco, deducen que Jonás huye de Yahvé y lo culpan de la tempestad. Lo

despiertan. ¿Qué pueden hacer para que el mar calme su furia? Jonás les pide a los marineros que lo arrojen al mar: lo echan y el mar se calma. Yahvé hace que un pez grande se trague a Jonás. Adentro de la panza del pez, Jonás se da cuenta de que no puede huir. Jonás pasa tres días y tres noches en el vientre del pez. Desde el corazón del mar, le habla a Yahvé. El abismo me envolvía, las algas enredaban mi cabeza, la tierra se cerró para siempre sobre mí, dice Jonás desde el vientre del gran pez. Jonás se arrepiente y Yahvé le ordena al pez que arroje a Jonás.

¿Sabes nadar?

15

Anoche fui a una fiesta en una casa. El artista más importante de México llegó en un diminuto coche color cocacola. El chofer, cada tanto, entraba con botellas, con comida, con alguna cosa que dejaba, decorosamente, en la mesa. Platicaba con una mujer con un vestido de lentejuelas de latón, el chofer le dio una cajetilla de cigarros y algo que, desde donde estábamos, parecía una esponja de baño amarilla. Guillermo, con un mezcal en la mano, les inventó un diálogo en el que el artista convencía a la mujer de lo útil y oportuno que era tener una esponja en la fiesta.

¿Y si las tres noches que Jonás pasa adentro del pez grande equivalen a tres años? Ojalá que no, ojalá que regrese pronto. El departamento me queda grande sin ti, igual que los días.

Luego de nuestra llamada, me parece que podrías pasarla mejor. Sin tanta culpa, sin tanta angustia, sin tanto miedo. Ojalá estés más tranquilo, te quiero oír mejor. Antes de irme a bañar, puedo decirte que me hubiera gustado que vinieras anoche a esa fiesta con Guillermo y conmigo, pero ya no sé qué más decirte. A veces me encierras en esos callejones, no sé cómo salir de ahí.

Esta tarde me compré unos aretes. Dos golondrinas. Traigo puestos los aretes, una golondrina de cada lado.

Estoy escuchando el final del Himno Nacional, de La hora nacional, que es mi hora favorita del domingo. Aunque no suelo oír el programa y desconozco estas estrofas, no le cambio. Como en la vieja concepción plana del mundo, en la que los barcos caían a la nada, pareciera que no hay nada

luego de las estrofas finales del Himno Nacional un domingo por la noche. Mi hermano usa una expresión cuando olvida algo: ¡Los mapas! Refiriéndose a ese momento, el domingo en la noche cuando recordaba que tenía que comprar unos mapas, unas cartulinas o algo en la papelería.

Hay un verbo extraño en el Himno Nacional. Acá bajo el microscopio: osare. Ese futuro del subjuntivo, ese tiempo verbal extinto, como el pájaro dodo. Esas contorsiones verbales que antes existían y que ahora sólo existen disecadas en esos museos que son las canciones de otros tiempos. A la vez hay tantos tipos de música, tantas canciones nacen por hora, que quizás en el mundo nueve palabras nacen al día.

No me preguntes cómo llegué a esto, no sé cómo llegué hasta aquí, pero cuando premiaron la película *Blancanieves* no le dieron una estatuilla, sino siete miniaturas: una para cada enano. Ah, cómo me gusta esta hora limbo el domingo por la noche. Los siete días que se alejan, como en fila india, silbando la misma canción.

Me gusta escuchar la radio, especialmente los domingos. Como en las calles, hay menos tráfico, menos ruido. Hoy pusieron una canción de Los Beatles que no conocía, una que escuché con mi mamá, en la sala de la casa. Ahora me acuerdo de que a Ana también le gustaban Los Beatles. Me pregunto si mi mamá y Ana se habrán formado en la misma cola en la Biblioteca Central, si se habrán cruzado, si habrán intercambiado frases casuales, saludos o alguna mirada en sus tiempos universitarios.

Durante la recuperación, una noche hablamos de la música que escuchaba en su juventud. Con unos cuatro, cinco grupos, quizás algunos éxitos aislados, mi madre podría tener lo necesario para contar a su juventud. La recuerdo cantando en la cocina, preparando café, fumando un cigarro mentolado. La recuerdo desafinando de pronto, cantando contenta.

Le pregunté si le gustaba esa canción que pasaron en el radio. La empujé un poco más, aunque Los Beatles es uno de esos

botones que encienden fácilmente su pasado: "Uy, mi amor, esa es una de las canciones más mediocres de Los Beatles. No, no me gusta nada. Como ya te he contado, teníamos un tocadiscos portátil porque mi papá no nos dejaba usar el suyo, el que estaba en la sala. Yo tenía cinco o seis años y recuerdo que mientras mis hermanos ponían un vinil de Los Beatles yo brincaba en los sillones —te estoy hablando de 1964, mi amor—, cuando mi hermano le subió el volumen me quité los zapatos, aventé los cojines, bailé hasta que mi mamá bajó a poner orden. Recuerdo a mis papás hablando en la mesa sobre esos "greñudos" que venían a poner el desorden con sus "ruidos". Mi papá los llamaba Las Beatles, así, con el artículo femenino, porque usaban el pelo largo y en ese tiempo era algo muy extravagante. Imagínate, por favor. Y así, mientras mi papá los seguía criticando en la cocina de la casa, Los Beatles se fueron haciendo más exitosos. Cada vez era más frecuente oírlos en el radio. Yo crecí escuchando esa música. Cuando iba en la secundaria, ellos estaban en un momento muy hippie, te hablo del principio de los setenta, cuando grabaron un famoso disco, *Bangladesh*. Era un álbum muy caro. Mira, te voy a contar. Una vez que me fui de pinta con mis amigos, fuimos a una tienda que se llamaba Hip 70 donde vendían discos importados —uy, el DF era otra cosa, no te imaginas lo que era La Telaraña, esa tienda de ropa, boutique, como se llamaban entonces, nuestro menú oficial de molletes y café en el VIPS de Altavista, o el boliche al que íbamos, donde ahora hay un súper—, pues en esa tienda estaba el preciado disco que escondimos en un morral, uno que me había comprado mi amigo Hugo en Oaxaca y que tanta vergüenza le daba a mi mamá. Nos salimos de la tienda como si nada, con el vinil en el morral. Íbamos seis, nos doblábamos de la risa por haber salido con el disco sin que nadie se diera cuenta y así nos fuimos caminando a casa de Hugo a escuchar ¿nuestra nueva adquisición? Sí, mi amor, nos lo robamos. Pero *Michelle* y *With a Little Help from my Friends* son mis canciones favoritas porque cuando comencé a ir a fiestas a los catorce, quince años, con mis hermanas, la única oportunidad de que se acercara el chico que te gustaba era si te invitaba a bailar "de cachetito" alguna de las canciones calmaditas. Y a mí *Michelle* se me hacía muy tierna

cuando tenía esa edad. Pero mi adolescencia, como sabes, estuvo teñida de mucha intensidad y mucha confrontación con mis padres. Mucha inconformidad, sabes que no toleraban todo lo que a mí me gustaba. Eran otros tiempos, mi amor, todos esos exiliados católicos que veían por las buenas costumbres de sus familias numerosas. Recibí muchos golpes y tuve muchas discusiones, con mi mamá sobre todo, aparte súmale la incomprensión típica de su generación. Recuerdo perfectamente una tarde en la que me sentí tan comprendida y amada cantando *With a Little Help from my Friends* con esos seis amigos, a los dieciséis años, en la sala de casa de mi amigo Hugo. Así que, como puedes ver, esa canción se la sacaron de la manga para lucrar con el nombre del grupo que fue como una bandera para mi generación. Nada como las clásicas que cantábamos a los dieciséis años."

Recuerdo cuando Jonás me describió una de las últimas tardes con su madre. Ella le pidió que sacara una canción de Los Beatles al piano. Jonás no es bueno sacando música de oído. Me contó que la pasaron escuchando una y otra vez la misma canción hasta que logró sacar el inicio: "Anocheció. Se fue la luz, fue un momento muy extraño. Como si el hecho de que se fuera la luz nos adelantara que mi ma se iba pronto. Sí, caray. No la veía, pero la escuchaba. Ella prendía velas en la cocina, tarareaba lo que seguía, la parte que no lograba sacar al piano, como ayudándome."

Poco después de mudarnos juntos, un sábado Jonás salió a correr al parque. Lo tomó por sorpresa, escuchó la canción que intentó sacar esa tarde al piano. Se quitó los audífonos, se puso a llorar en el parque. La primera vez que lloró luego de la muerte de Ana. Llegó a la casa. Después de un rato, recargado en el refrigerador, me contó lo que había pasado: "¿Puedes creerlo? Hasta ahora me cayó el veinte de que mi mamá ya no está. ¿Te das cuenta, linda? Ya no está. Mi mamá ya se fue." Me contó esa tarde con detalle, una de las últimas tardes con su madre. Terminamos llorando juntos.

Mi mamá, para no llorar, para disipar ese recuerdo, para salirse del momento en que se sintió querida a los dieciséis

años, habló del shock cuando, recién casada, escuchó, en el radio del vocho color crema que tenían mis padres, la noticia del asesinato de John Lennon.

16

Me quedó una cicatriz. Me parece que contar es un modo de verbalizar una cicatriz. Como no todos los golpes ni todas las caídas dejan marcas, ahí están las palabras, listas para combinarse de distintos modos, en cualquier lugar, en cualquier momento, ante cualquier caída, por grave o leve que sea.

17

No tenemos televisión, pero tenemos un vecino que se encarga de compartir las noticias a buen volumen. A través de la pared, me entero de que el noventa y cinco por ciento de los casos de asesinatos a reporteros no ha sido resuelto.

¿Nos estamos acercando o nos estamos alejando?

Cené con Julia. Tranquilamente, comiendo ensalada, dijo que solemos desear una cosa, creemos dirigirnos ahí, mientras que caminamos en sentido opuesto. Una declaración fuerte, me parece. ¿Será que a este país le pasa eso? ¿Será que eso me pasa?

¿Me estoy acercando o me estoy alejando?

Olvidé decir que este cuaderno ayer fue útil para apagar la luz. Estiré la mano, no alcanzaba el interruptor, pero gracias a la solidaridad del cuaderno lo logramos, en franca unión bilateral. Como puedes ver, el cuaderno, multiplicado y bien repartido, podría servir de discurso político. Y lanzado en el momento justo sería un gesto anarquista.

Mi padre es hermético, me cuesta hablar con él. Es difícil acercarse, le cuesta abrirse. Su hermano menor está grave, aparentemente tiene pocas expectativas de seguir. Una mala sorpresa. Me llamó mi hermano para decir que mi primo le llamó para contarle. Me mandó, como cuando niños, a tocar la puerta. Le llamé por teléfono hace rato. Cómo estás, le pregunté. Después de formular varias veces la misma pregunta, respondió: “Bueno, muy bien, hija, trabajando

como siempre y sin novedades aparte de que mi hermano Ricardo no anda bien, así que mejor cuéntame qué hiciste hoy." Hablar con él me recordó su ilegible letra.

Tania tiene problemas en su relación: "Es terrible. ¿Sabes? el frío no ayuda. Creo que es un final inminente. Es más, estoy segura de que el clima tiene mucho que ver. Siempre, en todo. Estoy segura de que si estuviéramos en la playa no nos pelearíamos tan seguido. Es más, de estar en la playa, en lugar de pelearnos habríamos preparado un ceviche o tal vez habríamos jugado cartas afuera de la casa. ¿Has visto eso? ¿No se antoja? Una pareja en chanclas, platicando en sillas de plástico en la entrada de su casa, el foco de cien watts, la bolsa de agua colgando por ahí para espantar las moscas. Así sería mi vida si viviera en la playa. Hoy le hubiera dicho ayúdame a cambiar la hamaca de lugar en vez de colgarle el teléfono. No me acuerdo dónde escuché que durante el invierno hay una propensión a los finales. Estadísticas, porcentajes que comprueban que es más frecuente que algo se acabe en invierno que en el verano. Luego piensas que no, pero eres parte de las estadísticas. Aunque nadie quiere ser parte de las estadísticas."

Quizás el invierno, el frío, las hojas en el piso, se relacionan con el final. *Like a leaf clings to the tree*. Pero que no se acabe todo, Jonás. *With your kiss my life begins*.

El doctor dijo que tenía que caminar para que me diera el sol. Como viejito, dar la vuelta a la cuadra, le pregunté. Sonrió el doctor de setenta y tantos años: "Las plantas, como tú y como todos, tomamos fuerzas de la luz solar. Nomás que tú tienes mejor aspecto que una planta, así que aprovecha para salir a la calle, si estuvieras fea te pediría que nomás salieras de noche para que no asustes a la gente, pero me parece que sí, puedes salir de día. Te vas a recuperar rápido, ya verás. Ese día te compras una nieve y se acabó, sales a correr al siguiente día."

Recién me había mudado con Jonás. Fuimos a una fiesta con sus amigos. Nos estábamos besando. La música era horrible,

como la de una boda hundiéndose. Cuando digo que nos estábamos besando me refiero a que de ahí nos fuimos a la casa, a que no había pudor y que si cualquiera de sus amigos nos hubiera visto en la casa habría visto lo mismo que en la fiesta.

Antes no era así, me parecía que estar entre amigos, entre más gente, cambiaba la situación. Con Jonás empezó algo distinto. Algo cambió. Viviendo juntos fue mejorando la confianza. El escenario no importa. El viaje, la distancia, no afecta eso. No me parece que haya recato ni pudor, pero, ahora que lo pienso, quizás el silencio es una forma de pudor. Es extraño, en la casa nunca me pareció que hubiera recato o pudor entre nosotros.

La primera vez que cociné para Jonás en el departamento que pronto empezamos a compartir, él estaba inquieto, quería ayudar. Le pedí que no lo hiciera, que me dejara cocinar para él, que me platicara algo mientras yo cocinaba. Finalmente se puso a picar a mi lado. Es difícil que Jonás no me ayude en la cocina. Parece una tontería, pero ese pequeño gesto lo define en muchas cosas, a mayor escala, y es, en parte, lo que me enamoró de él. Jonás no puede estar en el mismo lugar sin ayudar, sin apoyar. Le gusta hacer equipo, como cuando trae crucigramas a la casa para que resolvamos alguno. Precisamente lo que me enamoró de él es lo que me separa de él. Él ahora está del lado de su madre. ¿Cómo traerlo de vuelta?

De pronto resolvemos crucigramas. Él los ha traído a la casa, yo nunca he comprado una de esas publicaciones. Un domingo, de visita en casa del padre y la hermana, comprendí algo. A mí no me gustan, dijo Marina en la sala de su casa mientras Jonás y su padre sacaban cosas de la cajuela del coche. A Ana le gustaba resolver crucigramas, Jonás solía ayudarla desde niño. Yo nunca compartí eso con ellos, los crucigramas me parecen aburridísimos, dijo Marina.

Parece que el sol mejora, que el calor ayuda. El verano en el DF no es una línea estable. El mismo día va del calor a la

tormenta. La mañana siguiente puede ir en reversa o girar en otra dirección. El mismo día puede atar los dos extremos de la cuerda. Nací en verano, y si tuviera que escoger un horóscopo estático, un único dictamen, escogería esta descripción de Shakespeare sobre el verano en el DF: *"Welcome. A hundred thousand welcomes! I could weep, and I could laugh; I am light, and heavy. Welcome!"* De un extremo a otro, todo puede cambiar de un instante a otro. Así también ocurre un accidente, así también conocí a Jonás. Un día estás acá, otro día allá. Porque, ah, *Wild is the Wind*.

¿Será que el día y la noche son una maqueta enana del invierno y el verano? Me parece más factible que una relación termine de noche que al mediodía. Me imagino que es más fácil trabarse en una discusión a la mitad de la noche. Que la hoja, que cuelga del árbol, caiga con el frío. Tal vez la muerte algo tiene del invierno. Parece que se avecina un invierno familiar, pero tengo la impresión de que mi padre va a mantenerse de pie. Si se rompe como rama me gustaría que se apoyara en nosotros, en mi hermano y en mí, pero para eso tendría que abrirse, algo que parece impensable. A veces me pregunto si los sentimientos masculinos son como una caja cerrada, lejana, tan ajena que la distancia es su lugar. Me pregunto si son ilegibles. Pero si el invierno no se puede impedir, ¿se puede retrasar el siguiente verano? O, dime, Jonás, ¿cuándo sale el sol?

Fui a comer con Ernesto. Me dio gusto verlo. En algún momento dijo que los hombres más violentos suelen ser chaparros: "Tiene lógica, tal vez en defensa se convierten en los hijos de puta que someten a los demás. Ahí tienes a Napoleón, del tamaño de este salero. ¿Te acuerdas del jefe de mi hermano? Ahí tienes a otro tirano desde la primaria. O qué me dices del miembro del cartel que capturaron ayer, ¿lo viste en las noticias? Un tapón el hombre. O el diminuto presidente, al que suelen caricaturizar con un traje que le queda tres tallas grande. Lo contrario a los que son demasiado altos. Esa era una de las teorías de mi papá, decía que las personas demasiado altas compartían la torpeza de los perros grandes."

Ayer me di cuenta de que este cuaderno ideal está por acabarse y fui en busca de más. Por supuesto, no encontré más. En una papelería vieja en la Escandón encontré un cuaderno más o menos de la misma época que se llama Atlántida. Tiene la figura de Atlante y el lema "garantía y calidad", esas palabras, en una tipografía redonda, forman un mundo que el personaje carga en la espalda. Algo bueno del cuaderno Ideal es que no tiene lemas. Lo ideal es ideal según quien lo lea, es como una palabra espejo, una palabra natural en la que nos reflejamos. En otra papelería más vieja que esa, encontré unos cuadernos similares a los Ideal. Compré dos. Me pregunto cuál de los dos cuadernos es la imitación del otro.

Tomé mezcal con Philippe y Luis Felipe. Llegó Mario, iba a otra mesa, pero se sentó un rato con nosotros. Según él, los cuadernos similares son más antiguos que los Ideal. ¿Cómo sabes? Porque me lo dijo un señor que atiende una papelería en la Roma, respondió. Le conté la conversación con la anciana en la papelería en Oaxaca. Tuvimos un intercambio de historias que nos han contado los dependientes de las papelerías. Le regalé uno de los dos cuadernos que traía en la mochila.

También compré una pluma vieja de punto fino. Me siento más cómoda con esta pluma que con la anterior. Como un par de zapatos hechos a la medida. Puedo correr, mira. Escribir más rápido, mira qué bien lo hago a esta velocidad. Corro. Uy, mira, me estoy despeinando. Y puedo escribir de un tirón lo que sea porque este es el punto que se ajusta al tamaño de mi letra.

Ah, qué maravilla, encontré mi pluma ideal.

18

Es domingo por la noche, justo mi hora favorita en el radio, pero lo voy a apagar. El vecino está escuchando música bastante buena y a buen volumen, así que dejaré la programación en sus manos. Vengo de visitar al padre y a la hermana de Jonás, me invitaron a cenar a su casa. Entre bromas, trataron de justificarlo, como pidiendo que le tuviera paciencia. La verdad es que ha dejado de importar cuánto tiempo pasa. Este sillón es cada vez más cómodo y es mejor ahora que la música del vecino es tan buena.

Al fin y al cabo, los dos estamos de viaje. Pero yo prefiero viajar en sillón. Aunque también podría pelear desde aquí, a mí no me gusta pelear, prefiero los viajes que puedo hacer sentada.

Ah, esos dos grandes temas, los poemas que nos engendraron: el poema de viaje y el poema bélico. *La Iliada* y *La Odisea*. Quizás todo se puede dividir así, los que pertenecen al bando de *La Iliada* y los que pertenecen al bando de *La Odisea. La Iliada* se llama así por una ciudad, *La Odisea* se llama así por un personaje. El poema horizontal como la postal de una ciudad, el poema vertical como un retrato de cuerpo completo. A mí me gusta más *La Odisea*. Los dos nos parecemos más a nuestra madre, *La Odisea*. Yo a Penélope, tú a Ulises.

Ulises, el de las muchas vueltas. Penélope, la de las muchas vueltas sin moverse del sillón. Tejiendo el cuaderno de día y destejiendo de noche. Nuestro Telémaco es el gato negro estirándose en el piso. No parece tener intenciones de ir en busca de Jonás. Nuestro Telémaco bosteza, con los ojos

cerrados se lame una pata y le tiene sin cuidado si Jonás regresa o si yo me voy. Ojalá que alguien, como el de la voz resonante, le dijera al gato que a nosotros sí nos importa, que nosotros lo queremos.

El vecino acaba de repetir esa canción que tanto me gusta. Por su buen gusto y su tendencia a la repetición, le ofrezco unas preguntas que pretenden ser galletas: ¿y qué hubiera pasado si Ulises hubiera sido enano, habría cambiado *La Odisea*, el rumbo de Occidente?

¿Nuestra estatura determina nuestro destino? ¿Las escalas determinan la historia?

Si nuestra escala determina el papel que tenemos en la historia, que Jonás y yo seamos de la misma estatura dice algo. De frente, en iguales condiciones, es más fácil la interacción. En momentos parecidos, como si lo que nos ha tocado vivir se correspondiera. Después de todo, su viaje por España y mi viaje desde el sillón son paralelos.

A veces me gustaría conocer esta historia de principio a fin, pero no conozco nada de principio a fin. Incluso mi letra, esta que tengo enfrente, parece una película a la que entré cuando ya había empezado la función. Antes era grande, ahora es más chica, pero aún así ese no es el principio. ¿Se parece a la de mi padre, a la de mi madre, a la de mis abuelos? Una de las ventajas de las narraciones en pasado es que se puede sintetizar, seleccionar, puesto que se conoce la historia de principio a fin. Si esto estuviera escrito en pasado, si un narrador divino hablara, como el de la voz resonante, nosotros podríamos tener epítetos como en *La Odisea*. Sería más fácil. Las cualidades, los defectos, serían evidentes, habría pistas. Como yo no tengo pistas, como esto es presente y se parece más a un margen anotado, puedo ofrecer algunos epítetos que apenas retratan un instante. Yo, la de la letra minúscula. Julia la que toca tímidamente la guitarra, Tania la que marca al teléfono fijo, Carolina la de zapatos dorados. O algunos adjetivos obvios. Guillermo el inteligente, Tepepunk el alto, Antonio el ácido, Luis Felipe el divino.

Se dice que nos parecemos a uno o a otro, que predominan los rasgos maternos o paternos. Yo me parezco más a mi madre, mi hermano se parece más a mi padre. Jonás se parece a su madre y Marina a su padre. Ana era una mujer atractiva, de pelo negro, ojos claros y cejas negras, abundantes. Esos rasgos predominantes en Jonás me atrajeron el día que lo conocí. Tengo una inclinación hacia *La Odisea* y quizás el tipo de literatura que más me gusta tiene sus rasgos.

Me responden, están de acuerdo. A Proust, Wilde, Pessoa, Borges y Lispector les encanta *La Odisea*. Juan Rulfo, Jorge Ibargüengoitia y Josefina Vicens dicen que también, que esa es la buena. Ah, el cuaderno ouija.

Hace rato dije que esto es un margen. De hecho, eso es lo que hago y lo que he hecho todo este tiempo. Anoto los márgenes de los libros. Es difícil anotar cuando los márgenes son angostos o demasiado esbeltos: es por eso que compro cuadernos. Este cuaderno también es un largo margen de todo lo que me gusta leer.

¿Y no es echarse en el sillón un modo de leer la vida?

Cuando adolescente no colgaba posters en mi cuarto. Algo me distancia de ese culto a lo célebre. En todo caso, rindo culto al margen, a lo secundario, a lo inútil. En tiempos en los que una mascota puede convertirse en una celebridad, en tiempos de historias épicas, de anécdotas que deben ser grandilocuentes para captar la atención de un niño, en tiempos en los que se da preferencia a la rapidez y a la utilidad, ¿cuál es una buena razón para ondear esa bandera?

Kafka, ven: “No hace falta que salgas de casa, quédate en tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, sólo espera. Ni siquiera esperes, quédate en absoluto silencio y soledad. El mundo se te ofrecerá para que lo desenmascares, no puede evitarlo; arrobado se retorcerá ante ti.”

El otro día hablé con Antonio. Tiene nuevos apodos para una persona que aborrecemos. Qué risa. Me puso de buenas y salí

a comprar algo de cenar, me encontré a Luis Felipe en el camino. Fuimos a cenar a una taquería cerca del parque.

¿Qué sería de una persona sin amigos?

Me duele el cuello. Si mi cuaderno tuviera una página desprendible que sirviera de parche térmico sería ideal.

Espera. Esa canción me encanta. Qué buen gusto tiene el vecino. Es verdad, escribir se parece más a destejer que a tejer. Destejer implica haber tejido y siempre hay mucho que destejer. Pero no voy a quitar lo del vecino. Qué gran selección. Estoy cantando.

La Odisea tiene un final feliz. Pero me pregunto qué sigue aquí, aquí entre nosotros qué sigue. Ven de vuelta, que todo siga felizmente. Retomemos nuestra vida doméstica. Como descontinuaron la granola que te gusta, veamos cuál nos gusta ahora.

Leo, en un ensayo, que Flann O'Brian publicó en una de sus columnas del *Irish Times*, un curioso servicio a los lectores de libros que no se han abierto: "Por cierta suma se manipularían los libros; se subrayarían pasajes, se dañarían los lomos o se escribirían en los márgenes palabras como «Basura», «Sí, pero cf Homero, Od. Iii, 51» o «Recuerdo que el pobre de Joyce me decía lo mismo», o se harían inscripciones en la primera página del tipo de «De su devoto amigo y admirador K. Marx»."

El trabajo marginal e inútil. De hecho, la inutilidad me parece atractiva en sí porque tiene un aura de ficción. Un trabajo, un objeto, entre más ridículo por su inutilidad, más fascinante me parece. Todos esos objetos, todos esos servicios inservibles me parecen el triunfo de la ficción. Cómo me gustaría ofrecer el servicio del subrayado de libros, escribir en los márgenes, hacer falsas dedicatorias, tomar café, dejar huellas de la taza de café en alguna portada.

Entre más inútil una cosa, más subversiva.

Voy a destejer eso.

Entre más inútil una cosa, mayor su independencia con la realidad.

Es la música. Es la música del vecino, el camión que pasa, el avión a lo lejos, un perro ladra por acá, un claxon suena por allá. Me gustaría ser sonido para contribuir con la noche. Si fuera un sonido podría independizarme de la realidad. Si fuera música iría más lejos.

No te conté algo ahora que recién hablamos. El otro día fui a comer con Carolina y unas amigas suyas. Una de ellas sacó un cuaderno de la bolsa, lo dejó sobre la mesa. Un cuaderno Ideal. Yo las llamo las Moleskine mexicanas, me dijo. Lo tomé, lo observé. Era un poco más chico que los que compré en Oaxaca. Le pregunté dónde había comprado el cuaderno. Me dio las coordenadas de una papelería en el centro en cuya vitrina —según me dijo— hay una libreta Ideal verde: "Pero no te emociones, yo pensé que existían cuadernos verdes, mi color favorito, pero no, está deslavada por el sol, en realidad sólo venden libretas Ideal azul marino, pero como el hombre que atiende siempre está de mal humor no te la va a enseñar. Si miras el lomo podrás ver que fue azul en el pasado remoto." Pensé en ese cuaderno Ideal verde como en una especie de momia padre, el Tutankamón de los cuadernos. Una deidad azteca, quizás. La deidad azteca del cuaderno en el centro histórico, donde están algunas de las piedras que nos dieron patria: Cuadernotl, verde jade. Verde como el penacho de Moctezuma, verde bandera, verde que te quiero verde. Verde como la copa del árbol que es el penacho de la deidad del papel. Ese único ejemplar, el dios prehispánico de todo lo chico.

No hablamos de eso, pero no voy a poner árbol de Navidad. En tu casa sí, hablaron de eso. Marina va a comprar el árbol, tu papá limpiará las esferas que tu mamá guardaba en el clóset. Están en el que era tu cuarto, en el tercer cajón de arriba abajo, le dijo Marina a tu papá. Aunque el año pasado no pusimos árbol, esta vez te preguntaría, quizás te gustaría

que pusiéramos uno. ¿Te digo algo? La otra tarde, desde la banqueta, vi a una mujer poniendo un árbol de Navidad en la sala de su casa. Desde el ventanal, la veía de pies a cabeza. Una mujer sola, poniendo esferas de colores en un pino de plástico. Sentí deseos de vivir esa vida, deseos de ser ella. ¿Por qué? Imaginé que su marido había salido por la mañana, y que por la noche, cuando volviera, un árbol iluminaría la sala. Imaginé a dos personas contándose su día, los foquitos de colores prendiéndose, apagándose, una y otra vez. Tan lejos de nuestra realidad. Como un cuento en el que me hubiera gustado estar contigo hoy.

Acaba de irse la luz. Prendí las velas que compraste la última vez que se fue la luz. Seis velas chicas en la mesa. Esperemos que regrese pronto porque esto parece la sesión espiritista del cuaderno, nada más que sin los efectos paranormales.

19

Anoche conocí a un joven idéntico a Marcel Proust en un bar. Idéntico. No encontré un buen pretexto para tomarle una foto, pero platiqué con él. Tenía un ojo morado. Me contó que lo golpearon porque fue a comprar cocaína a una vecindad en la colonia Doctores. A la salida alguien quiso asaltarlo, él no le quiso entregar su cartera y su celular. Un escuincle pendejo al que no le iba a dar nada, el cabrón me madreó porque no le quise dar nada, dijo el Proust mexicano de veinticuatro años con el ojo morado. Un estudiante de sociología de la UNAM, de una familia en la que todos han leído a Marx: "Hasta mi abuela leía a Marx. Yo también, cómo no, pero eso no es lo más cabrón que he hecho en mi vida. ¿Sabes qué es lo más cabrón que he hecho en mi vida?, algo de lo que me siento bien pinche orgulloso. Pues leí los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*. Las siete madres esas, las leí completas. ¿Y sabes qué? Proust es una verga. Es bien chingón el güey. Cualquier personaje, por insignificante que sea, vuelve a aparecer más adelante. Y todos, todos esos cabrones, tienen pasado, familias y un chingo de historias. En los siete tomos hay un chingo de escenas largas, con muchos detalles sentimentales. Es muy sentimental, eso sí. Un chingo de sentimientos los de todos esos personajes. Imagínate, toda esa banda que aparece en los siete tomos no cabría en este bar, menos en una fiesta. Es que son un chingo. Y sabes qué, todos tienen un drama, un rol, un papel, no están ahí nomás porque sí. Además el güey le dedica un chingo de páginas a todo. Dedica como cincuenta páginas para describir cualquier mamada. Es un chingón ese Proust."

Platicamos en la barra. Julia se encontró a alguien, se quedó

en esa mesa. A los amigos de Proust les pareció aburrida la plática, se salieron a fumar. Cuando fui al baño, entre la ebriedad y la alucinación, me preguntaba si habrá existido otro joven así de parecido a Proust. Intercambiamos teléfonos. Me dijo que pensaba hacer un asado en su terraza el fin de semana siguiente, que vive con dos amigas —una tatuadora y una poeta chiapaneca—, y que estaba seguro de que me iban a caer bien, que quería invitarme al asado para seguir platicando porque ellos, sus amigos, querían irse a una fiesta en la Narvarte. Guardé su número y su nombre: Proust, 24 años.

En Suecia, en Japón, en Holanda, ¿habrá una joven idéntica a Clarice Lispector? ¿Una joven idéntica a Virginia Woolf en Palermo, en Buenos Aires, o un joven Jorge Luis Borges en el metro de Londres? ¿Algún adolescente en patineta, escuchando reggae, parecido a Ibsen?

Probablemente.

Me encontré a tu amigo Marcos. Hablamos de ti, de tu papá y de Marina. Me contó que tu mamá los llevaba a andar en bicicleta en el parque cuando niños. Le conté que he renunciado a contar los días, tan parecidos entre sí. Marcos dijo: “Para Jonás es muy bueno que estés en su vida. Es un caballero, nunca me cuenta los detalles de su relación, pero, aunque esté de viaje y tú a la espera, puedo decirte que él es mejor persona ahora. Es mejor que estés a que no estés. Ojalá que no lo dejes.”

Quizás no hay otro Proust de veinticuatro años, con un ojo morado, en un bar. Quizás no hay otro Oscar Wilde formado en la fila del supermercado. Quizás no hay otro Fernando Pessoa tomando un pedazo de naranja con chile que el vendedor del mercado, bajo el toldo de plástico rosa, le ofrece con la punta de un cuchillo. Ojalá que haya un adolescente en patineta, escuchando reggae, parecido a Ibsen.

En la primaria, un profesor nos leyó un cuento de Oscar

Wilde. Llegué a mi casa a leerlo otra vez. El cuento sobre el gigante me atrapó. Esa noche empezó algo. En mi cumpleaños catorce, mi tío, el esposo de la tía Eva, me mandó por correo postal un poemario de Fernando Pessoa. Leyendo las primeras páginas del libro, se me olvidó la fiesta. Mi abuelo me pidió que bajara al pastel. Más noche, con la luz encendida y de vuelta al libro, empezó algo. Han pasado tantas cosas desde que los leí por primera vez, estoy en desacuerdo con tantas cosas que he hecho y dicho desde entonces, pero algunos libros son como los puntos que forman una línea. Es por eso que siento amor por algunos libros. Tal vez tiene que ver con que los libros y las puertas tienen la misma forma. Proust me abrió una a los diecisiete. Una puerta grande, lo sé. Y algo, igualmente grande, pasó. A esa edad también descubrí el reggae y el hip hop. Fue esa combinación y mi novio que andaba en patineta quienes me enseñaron el cosmos.

Es momento de decirlo, siento amor por mis pantuflas. Especialmente un viernes en la noche, como ahora. Me parece que en pantuflas se puede hacer todo: abrir puertas, descubrir planetas, viajar por la vía láctea. El sillón y las pantuflas se prestan para el viaje cósmico.

Esta mañana busqué cuadernos Ideal en una papelería cerca del Parque México. No había, pero tuve una breve conversación con el español que la atiende. Escuchaba ópera, en la oreja tenía trabado un lápiz con la punta chata. Un acento madrileño deslavado, como los globos terráqueos en la vitrina deslavados por el sol. Tenía la camisa arremangada y, en el brazo derecho, una cajetilla de Camel trabada. La voz ronca, un tono paternal. Monografías empolvadas, sistemas planetarios de unicel en bolsas de plástico sucias, plumas, lápices, ábacos. Una papelería con los objetos que mi hermano y yo comprábamos hace tiempo. Los mapas. Esos mapas que recordaba que debía comprar el domingo en la noche. Todos esos objetos antes llamados útiles escolares, ahora inútiles. Me cayó bien ese hombre y su papelería renuente al paso del tiempo, como negando el presente, escuchando ópera, disfrutando su cigarro detrás del mostrador de su papelería, bajo una luz blanca que le daba

carácter al humo. Le pregunté por las libretas Ideal, me dijo que las conocía, pero que no tenía desde hace años. Como buscando en el fondo del cajón, recordó que tenía una agenda Ideal roja, una que le había sobrado de algún lote hace tiempo, que estaba en la bodega en su casa y que si me daba una vuelta en la semana me la llevaba. ¿Por ahora, te ofrezco un cigarrillo, hija?, me preguntó con una voz grave, ronca. En esa circunstancia, con ese hombre, habría sido un gran momento para volver a fumar.

¿Te das cuenta? Soy como el detective de los cuadernos. Una historia policiaca que empieza con un cuaderno en blanco, tendido en el piso, inerte. Hay que unir las pistas, resolver el misterio del cuaderno gemelo que vive, sin conocer las andanzas del otro, en otro continente. El *thriller* de lo chico. La vida diaria donde no pasa mucho: el crimen de la épica.

Hoy me di cuenta. El Parque México y el Parque España están muy cerca el uno del otro. Al caminar de un parque a otro, me pareció que me acercaba a ti. Los parques México y España están separados por cuatro, cinco minutos de distancia, unas cuadras apenas. Esa corta distancia, como las palabras que separan el español ibérico del mexicano. El mismo idioma, y sin embargo, esa corta distancia. Pero me tranquiliza saber que esta noche alguien —un hombre en bicicleta, una mujer paseando a un niño en la carriola, un adolescente en patineta— une al Parque México con el Parque España, como si esos trayectos nos unieran silenciosamente.

Cené con Guillermo. En algún momento dijo: “Ay, sí, mi amigo Proust de veinticuatro años, con el ojo morado”. Disfruté escuchar eso, como si me hubiera regalado un dulce de mantequilla. Nunca he comprado uno, pero cómo me gusta cuando me regalan uno.

Soñé que Jonás se enfermaba. Mi madre lo cuidaba. Cuando yo aparecía en escena, Jonás estaba furioso, en la cama, y mi mamá estaba ofendida, con una toalla pequeña en la mano. Quería entender qué había pasado, pero Jonás le decía algo hiriente a mi madre. Ella le respondía, me daba la toalla, salía

del cuarto. No reconocí a Jonás, había, incluso, algo raro en su voz. Mi madre no le habría respondido así nunca. Se llevan bien, mi madre quiere a Jonás. Mi familia lo quiere. Desperté con la sensación de tener la toalla en la mano. Tuve la certeza de estar lejos de la realidad. Me pareció ver la playa más lejos que antes.

¿Me estoy acercando o me estoy alejando?

Vi al enano de la cuadra entrando a la panadería. Bien vestido, como siempre, hablando por celular, tomando con la otra mano una charola y unas pinzas metálicas. El rey de lo chico, el monarca de la vida diaria, el héroe del *thriller* de los cuadernos. Tan elegante él, tan mal vestidas las grandes anécdotas.

De camino a la casa, pensé en él. El ciego aguza el oído; el sordomudo aprende un fino sistema de señas. Hay maneras de compensar las discapacidades. Los enanos no tienen discapacidades, sin embargo, esos centímetros que los separan de la norma deben compensarse. De ser alto, ¿vestiría elegante el enano? Quizás el detalle de su forma de vestir es una suerte de pelaje. Así como el animal sin pelo encuentra un modo de protegerse, el que no puede atacar encuentra modos de camuflaje y el fuerte busca matar, lo pequeño, lo que vive a menor escala, tiene como arma el detalle. La punta de marfil del minúsculo bastón del enano de la cuadra, por ejemplo.

Los días son tan parecidos entre sí como las olas que, si no es con los detalles, ¿de qué otra forma se puede defender la vida cotidiana?

No te espantes si esto no lleva a ningún lado. No esperes teorías, datos fidedignos o conclusiones. No debes tomarte nada de esto en serio. Para eso están las universidades, las tesis, los estudios. A mí me encantan las cafeterías, los bares y las salas. Ni hablar de los cojines cómodos. Ah, tan pachones.

Me parezco tanto al gato. Ahora jugando con una pelotita con

un cascabel en el centro. Mi pelotita: ¿cuál es la relación entre la voz y el silencio? No, aún no suena el cascabel. Déjame volver a intentarlo. ¿El silencio es la ausencia de la voz? Es posible que tengan una relación familiar, es posible que el silencio sea madre de la palabra. Y que la palabra al nacer haya sido música y poesía a la vez. El día que cantaron los pájaros. Algo así como el día que nació la voz.

Hoy es Navidad. La ciudad está despejada, en el parque hay poca gente. Salí en bicicleta, di unas vueltas por el parque. La luz de invierno proyecta las copas de los árboles en el piso; las hojas moviéndose con el viento, proyectadas en el pavimento. Podría decirse que es una película en la que no pasa nada. Di algunas vueltas al parque, como mirando, una y otra vez, la película de las sombras de los árboles moviéndose en el piso.

De camino a la casa, un desconocido me sonrió alegremente. Ese gesto me alegró la tarde.

A veces extraño hablar con mi abuelo. ¿Qué diría sobre esto? ¿Me acerco o me alejo?

A veces tengo la certeza de que me estoy alejando.

Pero ¿estas escaleras suben o bajan?

La pasé muy bien en la cena. Comimos, bebimos. Platiqué con todos. Entrados en la madrugada, mi hermano y yo compramos unos boletos de avión para ir unos días a la playa. El mar, por fin. Quizás allí pueda averiguar si me acerco o me alejo.

20

Tania por teléfono: “Me siento culpable, oye. Llevo todo el día en el sillón. Leí unas páginas, vi una película y me quedé dormida. A lo mejor llevo así toda la vida.”

Hace tiempo Jonás le hizo el cuestionario Beckett a Antonio y a Olivia, una vez que vinieron a cenar a la casa. Están aquí de paso, fui a desayunar con ellos. Me regalaron tres piedras chicas que recogieron sus hijas en el mar. Una piedra blanca, una gris y una negra: “Cuando nos trajeron estas piedras que parecen lunetas, pensamos que estaban hechas para traerlas en la bolsa, para chuparlas de pronto como personaje de Beckett.”

Quedé de ver a Carolina en una cafetería para corregir un texto. La música de fondo empezó a hacerse protagónica. Al principio nos molestó, no podíamos concentrarnos. Al cabo de tres o cuatro canciones, empezó a bailar sentada, moviéndose con dificultades, cargando la panza con las manos. Levantó el brazo, se quitó los lentes, dijo: “Pero qué buena, es como el tipo de canción que estaríamos bailando a las tres de la mañana, ya marraneando”.

No sé cómo sea tener un hijo, pero si este cuaderno fuera un sistema planetario enano, el centro gravitacional de los planetas sería ese, la madre. La madre de Jonás que lo llevó lejos, mi madre a la que me he acercado, mi amiga a punto de parir y nosotros, los hijos. Incluidos nuestros padres y hermanos, Jonás.

Una estrella fugaz: una mujer volcando su ira contra un

taxista que insultó a su madre recién fallecida.

El hoyo negro: el misterio de los feminicidios y la violencia en contra de las mujeres.

Un titular en el periódico de hoy: “Decapitan a hija de periodista”.

¿Cuál es tu peor pesadilla?

En la primera pesadilla que recuerdo, la voz de mi mamá desaparecía. Se iba desvaneciendo, dejaba de escucharla. Corría en el bosque, en el supermercado o en el parque. No importaba la anécdota, al final ella no estaba. ¿Y qué escala tiene eso al lado de una hija que muere antes que su padre?

Los padres de Ernesto perdieron un hijo antes de que él naciera, una muerte de cuna. En una de las conversaciones más bonitas y hondas que tuve con su padre en la sobremesa dijo: “Una muerte natural, pero si esa es la naturaleza, entonces te preguntas por su crueldad. ¿Cómo te explicas que un hijo se muera antes? Nunca te recuperas. Esa es la peor tragedia y es algo que no debería pasarle a nadie.”

¿Nos hemos acostumbrado a la crueldad?

Cambios en el gabinete, cambio de presidente y las cifras no cambian. Me pregunto qué pasaría si cada padre, cada hijo, cada persona que ha perdido a alguien en los últimos años tomara el micrófono para contar su pérdida, más o menos como el papá de Ernesto lo hizo en la mesa de su casa o como la madrugada en la que Jonás me contó los detalles de la muerte de su madre. Todas y cada una de esas historias en voz alta.

¿Qué hacemos?

Sal ya de la panza de la ballena, no puedes huir. Ven conmigo, como en *Wild is the Wind*.

Corregimos el texto en su casa. Carolina se especializó en

literatura del siglo XVII, casi siempre tiene alguna sorpresa, algún verso, algún dato, alguna comparación que ofrece sonriente, como si diera la hora o algún cumplido. Es algo natural en ella, siempre en un tono amable. Es parte de su modo de pensar. Anoche me contó sobre la traducción que hizo Diego de Mexía de la carta que Penélope le escribió a Ulises: "Como la usé para mi tesis me sé el chisme completo. De 1608, creo que esa es la mejor traducción. El libro tiene una historia increíble. Era peruano, hizo la traducción como parte de un proyecto llamado «Parnaso Antártico», una antología para presentar en España a los mejores poetas de su tierra. Era una especie de presentación en sociedad de las letras peruanas en España. Traducir a Ovidio era símbolo de afirmación poética frente a la madre patria. Pero el chisme, como siempre, es mejor. En el prólogo, Diego de Mexía incluyó un texto titulado «Discurso en loor de la poesía», más bien malo y muy aburrido. Una mierda, de hecho. Un texto anónimo que durante mucho tiempo se pensó que había escrito una mujer. Una de las hipótesis finales sobre ese prólogo es que lo escribió Diego de Mexía fingiendo ser mujer, lo que validaba que todas las cartas allí estaban escritas por mujeres; la suya y las de las heroínas de la mitología clásica. Se sintió muy Ovidio, yo creo. En cualquier caso, la traducción es preciosa. La carta de Penélope a Ulises es una joya. Mira, está allá arriba, si te subes en el banco y alcanzas el libro, te presto una traducción reciente y la de Diego de Mexía para que compares."

Encontré un verso. Voy a ponerles alfileres a las dos traducciones, aunque la segunda mariposa es la que decorará esta sala. En la versión actual: "El amor es un asunto lleno de preocupaciones y temores." En la versión de Diego de Mexía: "Pues siempre está el amor de temor lleno."

Las cartas que las heroínas griegas escriben a los hombres que no están. Ovidio imagina lo que una mujer le diría al hombre ausente. Ovidio, *mon amour*: "Esta carta tu querida Penélope te la envía a ti, Ulises, indolente; no me interesa nada que me contestes: ¡ven en persona!"

Son las 3:52 de la mañana. Fuimos a una cantina, luego a casa de Tania. ¿Penélope se masturbaba esperando a Ulises? Porque yo me acabo de quitar la camisa.

¿Cómo saber si es el amor o su complicación lo que me atrae?

Llegó el taxi. El timbre me asustó, olvidé lo que iba a responder a la pregunta anterior.

En la librería del aeropuerto vi la portada de un libro titulado *El principio de las familias felices*. Una típica foto salida de un banco de imágenes: un hombre cargando a un niño en los hombros, una mujer llevando de la mano a una niña por la playa. Sonrientes los cuatro. Las sonrisas, claramente, a petición del fotógrafo. Es evidente que no hay lazos sanguíneos entre ellos.

Hay muchos niños en este avión. Algo hermana a sus padres, se prestan juguetes de un lugar a otro, comparten comida, conversan de una fila a otra. Quizás en otro lugar no ocurriría. Me pregunto si estas parejas jóvenes, estas familias que viajan a la playa, también anhelan un instante o una vida como la portada de ese libro. ¿Será esa su idea de la felicidad? Me gustaría saberlo.

No, la verdad no. Me acaban de dar unas galletas saladas y leo un libro muy bueno. Me entero de que San Juan de la Cruz era tan chaparro que Santa Teresa de Ávila lo llamaba medio fraile. Como Lautrec, que por su baja estatura se presentaba a sí mismo como “media botella”. El enano de la cuadra podría ser una media botella de absenta, especialmente cuando usa bombín.

Hay un luchador mexicano que tiene un acompañante, un enano con un traje colorido. Ese medio luchador remacha, graciosamente, las movidas de su compañero. Es una especie de sombra cómica. Me parece que la peor clase política de este país es una sombra cómica. Una media burocracia, una “media botella” incapaz de contener el violento mar.

21

Estamos en una playa cerca de Tulum. Caminamos durante largo rato, hace mucho que no platicaba así con mi hermano. Cuánta falta hacía. El mar, profundo y ligero a la vez, parece invitar a los extremos. El mar que hunde barcos y el mar que revuelca un pañal es el mismo. El mismo de siempre. Y, sin embargo, no hay dos combinaciones idénticas de olas ni un momento idéntico a otro. Es la repetición, como un rito de olas. Y esa vieja melodía de fondo. Ah, cómo me gusta que me despeine su chiflar.

Platicamos de Jonás, de Ana, de nuestros amigos. De su novia, de los problemas que tienen. Del trabajo, de las cosas que nos gustaría hacer. Recordamos un viaje al mar cuando niños. Hablamos de algunas cosas que yo recuerdo, otras que él recuerda, como jugando cartas. Le conté, con detalles, el accidente. Me contó, con detalles, cómo lo vivió a distancia, las llamadas por teléfono con mis padres, las cosas que pensó. Lloramos en la playa, nos reímos y fuimos a tomar cervezas a una palapa.

Cómo me gusta eso que Shakespeare escribió desde el punto de vista del mar: *"A hundred thousand welcomes! I could weep, And I could laugh; I am light, and heavy. Welcome!"*

El mar es el más musical de los paisajes.

Anoche caminando por la playa mi hermano dijo que se transformaría en pez porque le gusta nadar. Yo preferiría transformarme en pájaro para cantar mirando las olas desde arriba.

Te extraño, Jonás.
Te extraño.
Te.
Tejo.
Destejo.

¿Me estoy alejando o me estoy acercando?

Me doy cuenta de lo bueno que es llegar al fondo. Accidentalmente o voluntariamente. Ahí donde se hunde el barco, ahí donde no hay luz. Ahí donde hay frío, oscuridad y sólo hay palabras. Para luego salir, ver el pañal dando vueltas entre las olas. Un pañal revolcándose o cualquier cosa que ensucie lo grande. Un recordatorio. Una post-it de lo ordinario. Como una enfermera que le cante a otra una canción de Shakira. O la campana del camión de la basura anunciando su llegada, para hacer, rápido, un nudo a la bolsa o hacer cualquier cosa que recuerde lo bueno que es estar en la superficie. Qué bueno estar aquí.

¿Resolvemos un crucigrama o quieres jugar cartas con nosotros?

No te dije, pero una de las ventajas del cuaderno ideal es que puede grabar el sonido del mar para que lo escuches cuando vuelvas.

Ese ir y venir.

Escucha, te quiero contar algo. Había una vez un mar que era horrible de día y hermoso de noche. El viento vivía desconcertado. No comprendía por qué, si él siempre soplaba más o menos en la misma dirección, el mar podía ser horrible y hermoso el mismo día. Quizás lo que es terrible también puede ser hermoso, pensó el viento.

Quizás lo terrible también es hermoso, Jonás.

Entonces ¿en qué se puede transformar el dolor?

Quizás las mismas escaleras que bajan también suben.

22

De vuelta al trabajo, a la casa y de vuelta al lápiz. Me he dado cuenta de que algunas plumas exaltan los peores defectos de la letra, otras resaltan lo mejor. En cambio, el lápiz hace que la letra sea, sin filtro, lo que es, como iluminada por luz natural. Pero el cuaderno parece decir algo a favor del bolígrafo, como si le incomodara el lápiz, como si las líneas azules estuvieran hechas para el segundo plano. Las rayas y el lápiz tienen el mismo tono, ninguno de los dos sobresale. El cuaderno, inconforme, parece decir: “Dejad que los bolígrafos vengan a mí, porque de ellos es el reino de la permanencia”.

Así empiezan los proverbios del cuaderno.

La palabra fue engendrada cuando no existían los océanos, cuando no había manantiales cargados de agua; antes de que los montes fueran asentados, antes de la formación de las colinas, antes que el día y la noche estrellada, la palabra fue engendrada. Así, pues, cuadernos, escuchadlo, porque dichosos son los que tienen palabras.

Así es como se abren las puertas de cedro y oro de la colección de proverbios del cuaderno ideal.

Lápiz y pluma fuente se borran, el bolígrafo permanece.

Tras la tormenta desaparece la historia; el chisme permanece siempre.

El que ama leer ama pensar; el que odia los libros idiota suele ser.

Quien habla por teléfono se harta de sí, quien cuenta historias escapa de sí.

Quien habla demasiado se rechaza a sí mismo; quien escucha con atención se acepta.

El inicio de la historia teme errar y de eso se aparta, pero el final es arrogante y se confía.

La historia tropieza con sus errores, la publicación los refugia en el tiempo.

El narrador omnisciente aborrece planear y le agrada improvisar.

El hombre de traje camina al trabajo, pero el narrador omnisciente lo relata.

La cólera del narrador omnisciente es presagio de muerte, pero el personaje secundario puede apaciguarlo.

La búsqueda de fama literaria precede a la ruina, los textos son sus flamas.

La fama literaria disminuye; una palabra tras otra, en cambio, prospera.

Las canas del escritor son la corona que se obtiene en el camino de las lecturas; la alopecia del escritor también, pero la halitosis nada la justifica.

El amigo ama en toda ocasión, pero algunas frases nacen para las adversidades.

Persigues palabras, pero no hay; dejas de buscarlas y llegan.

El mal escritor dice “hay un crítico allá afuera y en medio de la calle me golpeará” porque cree merecer atención.

“¡Malo, malo!”, dice el crítico joven, y luego se abraza a sí mismo.

Mejor es vivir en el desierto que con un escritor becado.

La primera persona aborrece lo pesado, pues tiene que cargar todas las páginas; en cambio, al narrador omnisciente le fascinan las historias largas porque hacen gala de su fuerza.

El desorden es la naturaleza de las historias, pero el orden de estantería es el honor de los libreros.

El personaje secundario piensa que su conducta es notable, pero el narrador omnisciente apenas menciona su nombre.

Todas las historias son mar profundo y charco a la vez.

23

Así que la palabra contiene por igual lo real y lo imaginario. La palabra lleva al fondo y también deja nadar a gusto en la superficie. La palabra puede ser mar y charco. Pueden contener las frases cualquier cosa, como estas ricas galletas de coco que me estoy comiendo.

Mientras remojo una galleta de coco en el café, veo que Ulises está desesperado porque no puede salir: “Tras cruzar de confín a confín este abismo marino, no se muestra a mis ojos salida del mar espumante.”

De modo que seguimos sin saber cómo nadar en diagonal.

¿Te dije que nunca tuve un sacapuntas eléctrico? De niña era como un icono de la vida adulta. En el escritorio de mi padre y en el escritorio de la maestra había uno. Uno de esos objetos emblemáticos del mundo al que no pertenecía, las cosas demasiado filosas, demasiado pesadas o demasiado altas. Como la bandera de otro país, con otros objetos, otro idioma, otro sistema. Esa vida adulta extranjera. Mío era el mundo de las cosas chatas, las cosas de plástico que no se rompían, el de las cosas baratas como ese sacapuntas. Manejable a mi escala, ahora lejana en el tiempo. Nunca tuve un sacapuntas eléctrico, pero como un marinero que se tatúa un ancla, yo podría tatuarme un sacapuntas de plástico en el brazo. El ancla a ese pasado que ahora parece un invento.

¿Te das cuenta de que el sacapuntas se parece a un pañal que pierdes de vista entre las olas y de pronto vuelve a aparecer en otro lugar?

Andamos marinos, por eso Bartolomé de las Casas entra en escena, toma el micrófono, le da unos golpecitos y dice quién era el piloto estrella del pasado: “Juan de la Cosa, vizcaíno, que por entonces era el mejor piloto que por aquellos mares había.”

Poseidón estaba en contra de Ulises. Cortaba su camino, enfurecía al mar, lo hacía naufragar una y otra vez. Podría considerarse un navegante mediocre porque tardó diez años en volver. En cambio, Juan de la Cosa viajó con Cristóbal Colón. Al regresar a Cádiz, Juan de la Cosa elaboró un mapamundi para los Reyes Católicos, el mapa más antiguo en el que aparece el continente americano. Tiene una inscripción al margen: “Juan de la Cosa la fizo en el puerto de Sma en el año de 1500.”

Juan de la Cosa puso a Latinoamérica en el mapa por primera vez.

Tania al teléfono: “Espérate, lo chingón es que no se entiende cuál es el mar y cuál es la tierra en el mapa de Juan de la Cosa.”

El mar y la tierra se confunden. Juan de la Cosa hizo un final inconcluso, entregó su mapa a la doble lectura: el mar se confunde con la tierra y no sabemos si continúa el continente. La puta ambivalencia que nos parió.

Cuba es claramente una isla. Cristóbal Colón describió su llegada a Cuba. Severo Sarduy dice en una entrevista que Cristóbal Colón comenzó la literatura cubana al describir el canto de los pájaros antes que otra cosa. Así es como explica Sarduy la musicalidad del habla, la poesía cubana. En otras palabras, la historia literaria en Latinoamérica no comienza con un texto sino con el canto de los pájaros.

Ah, cómo me gusta que Juan de la Cosa tenga la palabra “cosa” en su nombre. Es como un regalo que no quiero abrir. ¿De qué cosa se trata? ¿La Cosa es algo así como el padre de todas las cosas? El hombre que puso al continente americano

en el mapa se apellidaba De la Cosa.

Tania al teléfono: “Oye, Juan de la Cosa podría ser el santo de los artistas”.

La música hace llevadera la ambivalencia. No saber si es tierra o si es el mar. No saber si sigue o si termina. No saber si nado hacia delante o si me estoy alejando. Pero qué buena la música.

¿Te conté que vi a un mesero con una golondrina tatuada en el brazo? Le pregunté por qué se había tatuado eso, dijo que buscó “tatuajes” en Internet y ese fue uno de los primeros dibujos que vio en el buscador de imágenes. Guillermo, haciendo círculos con el dedo alrededor de la boca del vaso de whiskey, dijo cuando el mesero se fue: “Una vez leí que los marineros se tatuaban pájaros porque era una señal de que estaban cerca de la tierra”.

¿Juan de la Cosa tenía tatuajes?

Miguel de Cervantes puso la novela en español en el mapa. Sor Juana Inés de la Cruz puso a la Nueva España en el mapa. Cervantes y Sor Juana pusieron al idioma en el mapa. Ese mapa al que Borges le dio tantos nombres. Pero no hay que santificar el mapa, hay que ensuciarlo, echar un pañal, una botella de refresco, una bolsa de plástico. El mapa del idioma es amplio y contempla la mesa de novedades, las terribles noticias del día y los infomerciales. Las palabras conviven por igual en ese mapa.

La Palabra contiene por igual lo real y lo imaginario. La Cosa puede ser real o imaginaria. La palabra y la cosa son ambivalentes, como la tierra y el mar en el mapa de 1500.

Penélope tiene algo de Ulises. Ulises tiene algo de Penélope. Los papeles en una relación suelen ir y venir, se suelen intercambiar. La cama, el lugar de la ambivalencia doméstica.

¿Me estoy acercando o me estoy alejando?

Mensaje de texto, Carolina recién parió.

Esta mañana hablamos sobre el texto que editamos. En algún momento dijo que extraña fumar, que asocia las correcciones con eso: “Y pensar que antes salíamos a comprar tabaco a la hora que fuera, ¿crees que tu sobrina Lila vaya a sonsacar a alguien como yo te sonsacaba a ti para ir a la tiendita?”

¿Sabes, Lila? Me parece que hace falta otro mapa que trace los negocios familiares, las papelerías, las peluquerías, las fondas, los comercios independientes en esta ciudad. Te regalaría ese mapa. Podría hacer una falsa biografía de Juan de la Cosa Inútil. Sus logros serían tan inútiles y extravagantes como su sombrero. Juan de la Cosa Inútil te mostraría el mapa que trazó de las tienditas familiares, papelerías y peluquerías, y todos esos lugares, algunos comercios informales, hechizos, improvisados, que son la vida cotidiana de esta ciudad, para darte la bienvenida.

24

Jonás regresa pronto.

Encontré un cuaderno Ideal tamaño carta en el centro. Este cuaderno está por acabarse. Es posible que no use el nuevo porque está muy grande y porque Jonás regresa pronto. Me pareció relevante decir que sigo sin encontrar un cuaderno igual, el trillizo de los nuestros.

Así como todas las canciones de amor se parecen, todas las revistas del corazón se parecen, del mismo modo las salas de espera son parecidas entre sí. La espera no nos hace únicos, sino ordinarios. Y una espera amorosa es la más ordinaria de las esperas. Quizás ese es su encanto.

Vi al enano de la cuadra en el supermercado. Vestía un traje azul marino de tres piezas y llevaba de la mano a su hija, una niña pequeña. Estaban en la fila de al lado, en la fila de menos de quince cosas. Llevaba un litro de leche en una mano, con la otra tomaba la mano de la niña. Ella vestía una pijama rosa, un suéter rojo y unos zapatos blancos. Me acordé, pensé que un misterio se resolvía. Una vez que nos peleamos, antes de que te fueras de viaje, vi en la calle al enano con un bastón, me sentí como él, necesitada de un bastón. No sé por qué lo imaginé solitario, pero el enano de la cuadra tiene una bella hija diminuta que lo acompaña a hacer las compras en pijama. La niña le pidió que le comprara un chocolate, él asintió cariñosamente soltándole la mano para tomar un conejito de chocolate envuelto en aluminio dorado. En ese acto me pareció ver algo desconocido, un lado que no había imaginado, una escena que parecía aterrizarlo aquí. El elegante, solemne, como salido de otra época, el hombre que

hace tiempo me sonrió en la calle con una aura como ficticia, era el mismo que le pasaba un conejito de chocolate a su hija.

El traje azul marino del enano, del mismo color que el suéter que tenía en la era del sacapuntas de plástico. Un suéter con la cara de un guardia inglés, el clásico sombrero cubriéndole más de la mitad de la cara, mostrando sólo su boca. Mi padre al volante del vocho color beige. Las luces blancas, rojas, amarillas de las calles. Puntos de colores nítidos en el alto, líneas de luz a velocidad. La música que él tarareaba, como si cantar fuera demasiada exposición. Compré un conejito de chocolate para mi padre.

La salud de mi tío, el hermano de mi padre, empeora velozmente. Me lo dijo en la llamada que acabo de hacerle para invitarlo a cenar.

Jonás suele usar camisas y camisetas lisas, de algodón. Tiene camisetas azul marino, blancas, grises, algunas rayadas. Desde que se fue de viaje uso sus camisetas de pijama. Aunque somos más o menos del mismo tamaño, a él no le queda mi ropa. Ha sido una espera larga para quitártela. Cómo se me antoja uno de esos sábados de salir de la cama a la una de la tarde, comer en el japonés y volver a la casa. Ah, el olor de la cama un sábado en la noche.

Tengo tres palabras, tres piedras diminutas para chuparlas: ya ven, Jonás.

Con esa súplica termina la carta de Penélope a Ulises que Ovidio imaginó. Pero yo sigo aquí, en esta sala de espera. ¿Te dije que me gustan las plantas de tela? Quizás debería comprar una para la casa, como un souvenir de este viaje, un recordatorio, una post-it. Aún no me voy y algo bueno acaba de pasar, acabo de encontrar en una revista con el horóscopo de hace tres años.

Tal vez no se trata de nadar en diagonal, sino de flotar, peinarme de lado, cambiar el fleco de lado, ahora al otro lado, peinarme para atrás, fingir que avanzo, regresar. Si estar

aquí es tan agradable, ¿para qué llegar?

Me estoy haciendo otro peinado con el pelo mojado. Y subo el hombro izquierdo, lo bajo. Subo el hombro derecho, lo bajo. Estiro el brazo, estiro el otro. Uno, dos, tres. Subo y bajo los brazos, un, dos, tres, un, dos, tres. Parece que estoy bailando.

Qué soso es el Mago de Oz detrás de la cortina de baño. Un chasco. En cambio, ¿no es el camino amarillo lo que vale la pena? ¿Serán las líneas azules del cuaderno como las losetas del camino azul? Si es así, ya sabes qué canción podría cantar David Bowie al final de esta película en la que espero tu regreso.

Así que, como dice Simone Weil, el agua del mar puede ser vital para los peces y mortífera para los hombres. Esa ambivalencia hace que el camino azul me parezca más atractivo.

Ah, cómo me gusta estar aquí. No estoy avanzando, estoy flotando. Y qué diferente es flotar después de haber perdido el miedo a ahogarse. Desdichados los que se quedan en los lamentos, tan bueno el ahora. Aunque ¿sabes?, podría irme ahora, Jonás. Pero, mira, aquí estoy. Es más fácil peinarme con el pelo mojado. Me voy a hacer una raya en medio para darte la bienvenida, escucha: *"A hundred thousand welcomes! I could weep, and I could laugh; I am light, and heavy. Welcome!"*

De pronto pienso en esa canción de Shakira. Tan buen recordatorio del aquí y el ahora.

Voy del trabajo a la casa, del estudio a la cocina, de la cocina a la mesa, de la silla al sillón, estas son más o menos mis rutas y mi rutina. Sin embargo, parece que no estoy en el estudio, mientras el gato duerme en el sillón, sino en otro lado.

Del lado derecho de pronto,

y del lado izquierdo de repente.

Aquí en esta hoja. Pero también aquí, sin saber qué sigue y sin que importe qué sigue.

A veces me acuerdo de lo que era. Me parece que antes del accidente era otra persona, que podría ser como dos personas que se saludan de la mano al presentarse. Hice tanto y dije tantas cosas en nombre del miedo. Miedo a que algo cambiara. Como si no quisiera que nada cambiara, como si hubiera querido que el horóscopo siguiera vigente un mes, un año y una vida después. Que el lunes fuera parecido al martes, el jueves al siguiente jueves y que las frases, como los días, se repitieran.

Ah, querer retener. Ah, lo anal. El ano domina imperios. Como el miedo. Miedo a perder. Miedo de amar y ser amado. Miedo a escuchar y ser escuchado. Mejor ven, Ovidio: “Pues siempre está el amor de temor lleno”.

Qué bueno dejar atrás para estar aquí. Aquí y ahora. En este instante.

Cambiar. Desconocerse es más importante que conocerse.

Toca el timbre mi padre. Hora de salir a cenar con él. Le daré el conejito de chocolate que compré para él.

Soñé que estaba dormida. En el cuarto, sola, de mi lado de la cama, que es el mismo lado en el que he dormido desde que Jonás se fue a España. La luz de la luna entraba por la ventana grande igual que antes de dormirme. Una presencia, una mirada me despertaba. Parte del sueño, claro. Un enano al pie de la cama me miraba. No era el enano de la cuadra. Era un desconocido que no parecía querer hacerme daño, sin embargo, me espantaba. Con un gesto le preguntaba qué hacía ahí. Ven, me dijo, no te asustes, con una voz amable, vengo a enseñarte tu futuro. Me levantaba de la cama, me pedía que abriera la cortina de la ventana chica, que recordé haber cerrado antes de dormir. Descorría la cortina. Veía a un niño gateando, de espaldas, yendo hacia un árbol. Antes de verle la cara, como antes de que el niño volteara, justo antes

de que me dijera mamá, me desperté.

No lo había contemplado, pero ¿y si le tengo miedo al futuro?, le pregunté a Julia por teléfono. Ahora me parece que no, en el sueño no temía abrir la cortina. Y, como en el sueño, tampoco estoy interesada en verle la cara al porvenir. Yo aquí estoy, Jonás. Suena la campana del camión de la basura y urge sacarla.

25

Tepepunk y Nina volvieron de Japón. Estuvimos platicando hasta tarde. Resulta que Catalina, la coleccionista de arte de la que me habló Tania hace tiempo, compró una pieza de Tepepunk. El viernes ofrecerá una cena en su casa para conocerlos. Me invitaron.

Tepepunk tiró la cuerda de la campana. Un hombre de jeans y camiseta blanca abrió la puerta; nos acompañó por el jardín hasta una pequeña estancia. Catalina estaba sentada en un sillón entre dos adolescentes guapos, altos, más o menos de quince y diecisiete años, de pelo chino. Los hijos de mi amigo Vico, dijo Catalina. Sin moverse del sillón, se presentó como Caterina, mirando a Tepepunk, como ignorando la presencia de Nina y la mía.

Catalina, de unos setenta y tantos años, de pelo totalmente blanco, corto, ondulado, peinado de lado con una peineta de carey. Unos aretes de perlas y un vestido negro corto, ajustado, de mangas largas. Se levantó a tomar una campana. De pie, me llegaba a la altura de los hombros, una mujer de estatura baja. Diminuta, en realidad. Un cuerpo bien proporcionado, una cara hermosa. Me pareció atractiva, elegante. Nos pidió que nos sentáramos. Alternando frases entre italiano y español, se dirigió principalmente a los hijos de su amigo y a Tepepunk. Le hizo algunas preguntas sobre su llegada a México, sobre la residencia en Tokio, le pidió que entrara en detalles una vez que llegara su amigo Vico, quien hace tiempo fue agregado cultural en Japón.

¿Y tú eres mexicana?, me preguntó Catalina, señalándome con una cáscara de naranja cristalizada que acababa de tomar

de un platito. Una pregunta que parecía no importar si respondía, como si señalarme con la cáscara de naranja fuera el reconocimiento de mi presencia en la sala. Lo mismo le preguntó a Nina, señalándola con la cáscara recién mordida.

Contrario a su actitud, la estancia era acogedora. Había piezas reconocibles, un Doctor Atl, un Baldessari, un Ruelas, un boceto de Frida Kahlo. Algunas fotografías antiguas coloreadas a mano. Los sillones blancos, una pesada mesa de madera al centro. Un medio piano y algunos objetos antiguos sobre una mesita entre Nina y yo. Un radio de madera, un reloj de péndulo, un metrónomo, unos binoculares y un rinoceronte de bronce. La música de fondo hacía más cómoda nuestra exclusión.

Los objetos parecían estar ahí para narrar algún viaje, alguna hazaña familiar, alguna anécdota. Quizás como la historia de un pariente italiano que sobrevivió a un incendio: ese rinoceronte de bronce, una de las pocas cosas que encontraron entre los escombros. Un tío tocando ese piano, al compás de ese metrónomo, en las primeras funciones silentes en algún cine romano. Una prima en la Toscana que tarareaba las canciones de amor que escuchaba en ese radio ahora descompuesto. Todo allí parecía tener la única función de dar pie a que Catalina hablara de su pasado.

El baño, como casi en todas partes, está al fondo a la izquierda, me respondió, sin mirarme, ofreciendo cáscaras de naranja a los jóvenes, que parecían cómodos felinos, como si hubieran crecido cerca de la pantera. De camino al baño vi, a oscuras, dos estancias con estilos distintos. Un cuarto tipo persa, otro afrancesado. El baño, bastante grande, con muebles antiguos. Un biombo pintado a mano cubría el escusado. Incluso el jabón con el que me lavé las manos parecía tener una historia, tenía un olor de otra época, como si una familia le hiciera los jabones a Catalina tal como los hacían en su infancia en Italia.

Nina me hizo un gesto como diciendo qué hacemos aquí. Catalina se dirigía a los hijos de su amigo y a Tepepunk, a

nosotras seguía esquivándonos. Una mujer intolerante a la presencia de otras mujeres, parecía mostrar su actitud.

Pero a la vez parecía hablarles a ellos como si quisiera que nosotras la conociéramos, como desplegando las plumas: “Es una lástima que a ustedes, niños, no les haya tocado el Nueva York que a nosotros nos tocó. Eso sí era vida nocturna, no como ahora. Ahí está el departamento de Nueva York, pueden ir con su padre cuando quieran, pero ya no queda nada de lo que era la verdadera vida nocturna. En mis tiempos, en Nueva York nadie se despertaba antes del mediodía. Lo interesante comenzaba a las dos de la mañana.”

Veía sus manos chicas, bien cuidadas, los dedos delgados, un anillo de oro, discreto cuando comenzó a hilar nombres y anécdotas, dirigiéndose a Tepepunk. Federico Fellini, Coco Chanel, Picasso: “Como esa magnífica paella que Buñuel hacía en su casa de la Del Valle, ni hablar de la pasta que mi querido Federico me enseñó a hacer aquel verano en Roma. No es muy sabido, pero Federico era excelente cocinero, pondría en su lugar a cualquier chef de esta ciudad. Y mira que su fuerte era hacer cine.”

Vico, el padre de los jóvenes, entró con una bolsa de papel marrón. No vas a creer el vino que encontré, querida, le dijo algo en italiano mientras se limpiaba las suelas de los zapatos en el tapete en la entrada de la estancia. Los demás nos dirigimos al comedor. Los tres nos miramos, acordamos en voz baja ir a tomar algo al salir de allí.

Entró Catalina con una copa de vino tinto. Vico nos sirvió vino, Catalina se fue al fondo del comedor a poner música. Había renunciado a la interacción con ella, observaba un dibujo cuando pasó a mi lado y dijo en voz baja: “Picasso era bueno en la cama, pero ese dibujo que hizo en cinco minutos rebasa cualquier anécdota que pueda yo contarte”. Se siguió de largo, se sentó en la cabecera y con una campanita llamó a la cocinera.

26

Tania al teléfono: “No, cuál Picasso, ¿quieres chismes? En la fiesta de ayer, El artista más importante de México desvarió seriamente. Mar-celito rompió el lavabo del baño de lo borracho que estaba, imagínate. Natalia se acostó con Manuel. Fue mala idea, según dijo. ¿Cómo crees? Me contó ella, me la encontré hace rato comprando un café. No tiene pudor, si te la encuentras desayunando jala una silla y te cuenta los detalles de la noche anterior. Tengo la impresión de que si hubiera visto una película, me habría citado algunos diálogos. Creo que su forma de ser es congruente con su trabajo, eso me cae bien de ella.”

Pasé un rato esta tarde con Carolina y Lila. Quería contarle de la visita a casa de Catalina, especialmente la conversación que tuvimos después de cenar. Me encantaría conocerla, dijo Carolina al tiempo que le ponía un gorro a la niña. La cantidad de chismes que tiene esa mujer debe ser una de las mejores antologías del chisme del siglo XX, dijo dando pecho, mientras la niña se quedaba dormida: “Creo que hay otra mujer, una inglesa que también fue amiga de Duchamp, que también vive en el DF. Sé que Catalina y él fueron amigos hacia el final. El año pasado edité un libro, me enteré de algo. Parece que entre los proyectos de Catalina está rescatar un cuarto de vecindad en Buenos Aires en el que Duchamp vivió durante nueve meses. Hay una etapa en la vida de Duchamp en la que se rapó por completo. Encontré que ese año en el que Duchamp estuvo rapado se debió a esa estancia. En ese cuarto de vecindad se llenó de piojos y eso le produjo una infección que demoró en curarse. El chisme se pone bueno, ¿sabes que usaba pelucas? Su afición a usar pelucas y la

invención de su pseudónimo femenino Rrose Sélavy —que en francés, fonéticamente, puede significar una frase increíble, *rosa es la vida*— y que supuso, también, un cambio de sexo ficticio, surgió por esa estancia en Buenos Aires. Su peinado de galán, a la Gardel, fue siempre emblemático de Duchamp, así que su etapa pelona no es algo que se pueda pasar por alto. Sé también que durante esa estancia en Argentina, Duchamp se unió a un club de ajedrez. Pasaba las noches leyendo libros sobre ajedrez, estudiando técnicas. No te imaginas lo serio que se tomaba el ajedrez. Pareciera una de sus obras: se tomaba el juego con mucha seriedad, mientras que el arte parecía ser el juego. Pues uno de esos juegos surgió en Buenos Aires. Catalina debe saber mucho más al respecto. Precisamente ella quiere hacer algo con ese espacio, pero no me enteré si lo compró o no. Me encantaría conocerla, pero tiene fama de ser una auténtica hija de puta, además ¿es verdad que no pierde ocasión para hacer referencia a sus antepasados aristócratas?"

Olvidé mencionar esto. El mismo hombre que nos abrió, nos dirigió a la puerta trasera que daba a otra calle. Antes de salir, vi uno de los coches de Catalina. Un vocho color crema. Cuando niña me gustaba dormir en el asiento de atrás porque el motor estaba en la parte trasera del coche, el asiento se calentaba y aparte de lo cómodo, ir en el coche era buena excusa para platicar con mi papá hasta quedarme dormida. Mis padres no conservan ese coche. Catalina tiene el mismo modelo, el mismo color. Desde niña no veía ese coche, con los mismos interiores, la misma combinación de colores. Qué extraño ver algo que parecía un recuerdo infantil. Tuve la sensación de que ese coche pudo haber pertenecido a mis padres o como si el coche de la era del sacapuntas azul y el coche de Catalina fueran dos puntos unidos por una línea ilegible para mí o como si ese vocho fuera una señal incoherente o una pieza del jodido rompecabezas que cada vez entiendo menos.

27

Después de cenar, Catalina nos hizo pasar a otra sala. Un retablo barroco, unas máscaras prehispánicas sobre una mesa de madera y algunas piezas de artistas jóvenes. El más joven de los adolescentes se sentó en una silla de cuarzo con la forma de una mano. Catalina le dijo que eso, a su edad, le venía muy bien: “Se te van a alinear los chacras, mi cielo, quédate ahí un rato.” La cocinera entró con un juego de porcelana, un platito con cáscaras de naranja, una azucarera y unas minúsculas pinzas con las que Catalina repartió terrones. Le dije que no quería, pero me volvió a ofrecer, como si más que azúcar quisiera conversar. ¿Conmigo?

Ven, acompáñame a poner música. Caminó delante de mí, me llevó al fondo de la estancia hasta un armario de madera. Me pidió que abriera las puertas con cuidado porque le tenía cariño a ese armario. Viniendo de ella, la madera pudo haber salido de las primeras guillotinas, pensé. ¿Qué tipo de música escuchas?, me preguntó. No le gustó mi respuesta vaga, pero más que compartirle gustos, quería tentar el lago congelado que daba la impresión de poderse romper al siguiente paso. Esperaba una respuesta consistente de tu parte, dijo, al tiempo que sacaba un disco de la caja. Catalina escogió un bolero. Para entonces estaba de espaldas, mirando el retablo, moviendo un hombro al ritmo de la música, cantando en voz baja, moviendo, en círculos, el otro hombro. Cantando, moviendo el hombro izquierdo, luego el derecho. Tarareaba, movía una mano, como siguiendo la música, movía la otra, a ritmo, cuando me preguntó:

—¿Conoces esta canción?

—Sí.

—¿Le has puesto atención?

—Es una canción de amor.

—Te equivocas. Yo soy viuda, para mí el amor no es lo mismo que para un joven. Esta canción se trata de alguien a quien se le murió *el* amor. Una pérdida para ustedes es diferente, los jóvenes suelen terminar una relación por cualquier estupidez. No lo comprendes, eres joven. De ser cantada por un adolescente, esto mismo sonaría hueco. Seguramente tú misma crees que no hay otro igual, como dice la canción. ¿Tienes novio, estás casada?

—Tengo novio, vivimos juntos.

—¿Por qué no lo trajiste?

—Salió de viaje, está en España, pero regresa este domingo, pasado mañana.

—¿Qué fue a hacer a España?

—Murió su madre, fue con su familia, decidió extender el viaje.

—Con que en busca de la madre. Es posible que regrese a buscar a su madre en ti. Mientras no lo lleven a la cama, podrán estar juntos.

—¿Cómo?

—Eso, cuando vuelva cuida no tomar un papel que no te toca. Si quieres tener hijos, ya los tendrás, pero que no sea, ¿cómo se llama?

—Jonás.

—Mi Ricardo perdió a su madre cuando éramos novios. Siempre fue carismático, extrovertido, una campanita, pero en el fondo se endureció después de eso. Ese evento marcó su trabajo, lo cambió radicalmente. Por ese tiempo tuvimos a Antonella, otra campanita, social como su padre. Ricardo era muy apegado a *la mamma*. Nació en la calle de Alfonso Reyes, quiso que compráramos una casa cerca de donde nació. ¿Me entiendes? El problema es cuando llevan eso a la cama. Dime, ¿qué hace?

—Es matemático, lleva un proyecto de investigación. También le gusta tocar el piano.

—Sensible, inteligente, todo eso debe ero-tizarte mucho. Pero, cuidado, no lo vas a salvar.

—No busco salvarlo.

—¿Estás segura? Yo lo único de lo que estoy segura es de

que el tiempo te trae más preguntas que respuestas. A veces tomas muchos años para formularte una pregunta sencilla y crucial. Este chico perdió a la madre. Yo perdí a la mía a los ocho años, me pasó distinto que a mi Ricardo, pero uno siempre busca acercarse a *la mamma*, no importa cuántos años tengas. Eso no cambia, la seguirá buscando aunque regrese. Es fundamental que veas esto. Hay que ver, sobre todo, lo que no se muestra. Te voy a prestar un libro, te va a servir en este momento, ya verás. Yo prefiero darle la espalda a la calle, como puedes ver. Prefiero ver cualquiera de estas piezas antes que la calle, pero si no es para ver la realidad de otro modo, ¿de qué nos sirve el arte? Ya sabes dónde vivo, tráemelo después de que regrese ese tal Jonás.

28

Mi madre me escribió este correo: “Hijita, no sabes cuánto te quiero y lo mucho que pienso en ti. Ayer fui a la clínica a una revisión, estuve platicando con el doctor y le di las gracias por el trato que dio. Pero en silencio, mi amor, también di gracias porque saliste bien y no sólo eso, sino que te veo mejor ahora. Hoy que es viernes en la noche, estoy tranquila y contenta, quería decirte que te amo como nunca me imaginé que podía amar, que es muy intenso lo que te despierta un hijo o una hija, y más cuando no dejan de llenarte como me llenan ustedes dos. También quería decirte, mi amor, que las dos enfermeras que te cuidaron en la clínica me preguntaron por ti, te mandan cariño. El doctor me pidió que lo fueras a visitar porque dice que tiene un nuevo repertorio de chistes. También dijo que Jonás debe ser un hombre muy afortunado. ¿Por qué no vienen a la casa ahora que regrese? Nos gustaría saber cómo le fue en España.”

29

Cuando estaba en casa de Carolina, me llamó Marina. Como su hermano llega mañana, me dijo que su padre quería darme algunas cosas que había comprado en el supermercado pensando en nosotros, y que ella había comprado unas plantas para su casa y nos había comprado una para el departamento. Iba en el coche, de vuelta a la casa, escuchaba el radio, cambiaba de una estación a otra, cuando escuché esto: “Soy Rosa María Hernández, tengo 35 años y soy de Chihuahua. Vengo representando a otras familias que no pudieron estar aquí y a las que están a mis espaldas. En esta reunión, yo le quiero hacer llegar unas preguntas al señor presidente, pues quiero saber cómo va a restaurar la paz en mi país. Mi hija Renata de quince años fue asesinada la madrugada del 29 de mayo del año pasado y le quiero preguntar, ¿qué haría si uno de sus hijos fuera torturado y asesinado? Dígame, ¿qué va a hacer para bajar la impunidad del sistema judicial? ¿Qué sentiría usted si al llegar al Ministerio Público, buscando justicia para su bebé, las autoridades no le hicieran caso porque las gentes están ocupadas con otras cuestiones? A mí me llamaron y me dijeron ven a reconocer a tu hija. ¿Y qué sentiría si las autoridades le dijeran cállese la boca, no grite, no llore, señora, váyase en paz porque llorando aquí no va a cambiar nada? Quisieron relacionar a mi Renata con cosas malas, pero mi esposo, sus hermanos, Dios y yo sabemos que no, que mi Renata no hizo nada malo. Mi Renata tenía quince años, iba en el bachillerato, mi niña era buena. Desde que me la mataron mi vida es un calvario, como el calvario que sufren tantas madres aquí. Yo he suplicado sola, he llorado por todos los lugares, he pedido ayuda y nunca, nunca me la dan. Fui a

pedirle ayuda al gobernador, pero no se ha dignado a abrirme la puerta y tampoco contesta mis llamadas. ¿Quién nos va a rendir cuentas? ¿Se va a quedar impune el asesinato de mi hija Renata? ¿Se van a quedar impunes las más de noventa mil muertes registradas en los últimos años? ¿Usted sí se va a dignar a contestarnos o nos va a cerrar la puerta como nos la han cerrado otros políticos? Cualquier paso que usted quiera dar, no se olvide que antes tiene que resolver los casos del pasado y no se olvide que yo no le estoy pidiendo esto sola, se lo pedimos todas y todos los que hemos perdido a nuestros hijos, se lo pedimos desde lo más hondo de nuestro corazón y con todo el dolor en el alma porque perder a un hijo es lo más doloroso que puede haber, es más dolorosa que la propia muerte porque uno preferiría estar en el lugar de ellos.”

30

El libro que me prestó Catalina se titula: *CLASSIFYING the thousand longest rivers in the world*. Boetti y su esposa, Anne Marie Sauzeau, tardaron siete años en clasificar los mil ríos más largos del mundo. Se trata de una publicación de 1977. Las tapas rojas contienen los ríos alrededor del mundo, de mayor a menor. Empieza con el Nilo-Kagera, mide 6,671 kilómetros. En medio se cruzan los ríos, como personajes, y otros, como peatones en distintas ciudades, nunca se cruzan. Termina con el río Agusan, mide 384 kilómetros. Todos los ríos desembocan en el mar.

Los ríos tienen un origen, una vida, una juventud, una vejez. Algunos corren trayectorias más largas que otros, algunos se cortan violentamente, otros siguen una pacífica trayectoria hasta el final. El libro se limita a clasificar los ríos más extensos. Una ficha parca los describe: el nombre, dónde nace, dónde desemboca y su extensión. Notas al pie de página, las fuentes consultadas con otras mediciones. De uno a otro, se puede ver la mínima diferencia que hay entre las longitudes. En otras palabras, es evidente la imposibilidad de clasificarlos con precisión. Ese anhelo de clasificarlos, como el anhelo de escribir el pasado con precisión, es ficción. Pareciera una novela silenciosa la de los ríos. Lo similar de los trayectos a pesar de estar en puntos distantes; sin embargo los ríos, ordenados de mayor a menor, están uno al lado del otro. Imposiblemente uno al lado del otro. Quizás no se juntan en el trayecto, sin embargo, todos los ríos son parte del mismo libro.

¿Desembocan las historias, como los ríos, en el mismo lugar?

Luego de las primeras frases de la mujer en el radio, me estacioné para escucharla con atención. Lloré. Me salí a caminar a un parque cercano, me senté al lado de un árbol. Lloré porque mi madre me dijo exactamente eso. No se me olvida cuando al abrir los ojos en la cama, después del accidente, mi madre, al caer en cuenta de mi lucha, me dijo en voz baja, quitándome el pelo de la frente: "Daría todo porque esto que te pasa, mi amor, me estuviera pasando a mí." Poco después le dio la crisis. Aunque se recuperó pronto, mi padre estuvo a mi lado unos días. Dormía en un sillón al lado. Como pedí expresamente que nadie encendiera la televisión, y a pesar de la costumbre de mi padre por ver las noticias de televisión abierta como parte de su rutina nocturna, en vez de eso, me leía noticias. Las noticias terminaban por desviarnos, como si fueran los pretextos que necesitaba para hablarme de cómo estaba él, de cosas que había hecho, de algunas anécdotas de juventud que hasta el momento no me había contado. Extrañamente, las noticias le permitían tomar desviaciones que terminaban por mostrarme más de él, por revelarme cómo se sentía en ese momento que fue difícil para todos. Recuerdo una vez en especial. Leía en voz alta alguna noticia, mientras descubría el contexto, inesperadamente, comenzó a llorar. Involucraba alguna muerte, no recuerdo la noticia. Sólo recuerdo que mi padre comenzó a llorar —una de las dos veces que lo he visto llorar, el mismo llanto contenido, como escondido bajo una tos—, dijo, al recuperar el aliento, que sus hijos eran lo mejor que tenía. Esa vez dijo que se arrepentía de no haber pasado suficiente tiempo con nosotros. Se sentía culpable. No me dejó decir nada, entró al baño, se lavó la cara. Cambió de tema. Así que lloré por mis padres, lloré por los dos. Lloré al revivir el accidente y al revivir las noches que siguieron. Recordé el dolor, el olor, el sudor. Lloré por esas noches en las que parecía que todo volvía a comenzar. Lloré por la muerte de Ana. Lloré porque Jonás no estaba a mi lado. Lloré por la historia de esa mujer, por su situación, que es de todos. Lloré por la situación entera y quizás también lloré por el día en el que nací.

Me pregunto si se pueden clasificar las historias como los ríos,

de mayor a menor. También me pregunto si en ese caso las historias podrían ser parte del mismo libro. Imposiblemente un fragmento al lado del otro. Para que los fragmentos formen otra historia.

Menos mal que llegas esta noche, Jonás. El gato negro y yo queremos que caiga la noche para que llegues. Extraño nuestra vida diaria, qué bueno que llegas al rato.

Falta contar que Guillermo me regaló en la semana *Mis amigos* de Emmanuel Bove, el libro que busqué durante tanto tiempo. No es la primera vez que Guillermo me regala un libro importante para mí, me ha regalado tantos, pero este llegó en el momento justo. Lo leí en una noche. Fue una buena sorpresa. En algún momento, Victor, el personaje principal, pasa por una farmacia. Al lado de la báscula hay un hombre sentado. Es tan pequeño que su nuca se apoya en el respaldo de la silla y sus piernas cuelgan como un par de medias puestas a secar, con la punta hacia el suelo. A Victor le parece extraño, ese hombre sentado al lado de la báscula llama su atención. Una mujer le dice: "Todo el mundo le conoce en el barrio. Es un enano. Los desgraciados de verdad son valientes; no llaman la atención. Éste no es interesante: bebe." El enano de la cuadra, en cambio, es interesante desde su sonrisa casual en la calle.

En el cuaderno ideal quizás algunas historias, como los ríos tampoco se cruzan, y, sin embargo, también están entre dos tapas rojas.

Tal vez no estoy en medio del mar, nadando hacia adelante, alejándome, como había pensado. Quizás es el trayecto, ese trayecto compuesto por momentos. Lo que pasa entre un instante y otro. Lo que no pasa. Todas esas historias, las que se cruzan y las que nunca se cruzan. Todos esos momentos entre dos tapas. Estas tapas.

Este es el final de *Mis amigos* de Emmanuel Bove: "Algunos hombres fuertes no están solos en la soledad, pero yo, que soy débil, estoy solo cuando no tengo amigos." Quiero decir, sin

Carolina, Guillermo, Tania, Tepepunk, Julia, Antonio y Luis Felipe.

Todavía no me voy porque me gustaría decirte aquí, antes de que vuelvas esta noche, que es posible que no me transforme en pájaro. No es el final ideal, pero qué le hacemos. Tampoco me transformaré porque, por hondo o superficial que sea el viaje, lo que se transforma es cómo contamos. Si eso se transforma, entonces todo se transforma. El infortunio, el dolor, la tragedia, deben transformarse en otra cosa. Quizás por eso hay que mirar atrás, ir atrás para estar aquí. Mirar la tragedia para transformarla, para estar aquí. No sólo estar aquí, estar aquí bien. Aquí, en este país. Aquí, en el departamento.

Cambiar. Desconocerse es más importante que conocerse.

No, no me transformaré en pájaro. A pesar de que *Wild is the Wind*, estoy sentada en la misma silla de madera en la que empecé. Sin embargo, nadie se sienta dos veces en la misma silla. No, no me transformaré en pájaro por otra razón: no soy yo la que debe transformarse, es esta historia la que se ha transformado.

CUADERNO IDEAL

D.R. © Brenda Lozano, 2014

D.R. © De esta edición:
Santillana Ediciones Generales, SA de CV Av., 2014
Río Mixcoac 274, Col. Acacias
CP. 03240, México, D.F.

ISBN: 978-607-11-3184-3

Conversión ebook: Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución, y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

PRISA EDICIONES

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá DC
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos - Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51